

A portrait of Ricardo Monreal, a middle-aged man with grey hair and glasses, smiling and looking upwards. He is wearing a dark blue blazer over a white shirt. The background is a blurred green foliage.

Ricardo
Monreal

Una
Oportunidad
real

MAPorrúa

Una
oportunidad
real

ÍNDICE

Ricardo Monreal

Una
oportunidad
real

MA**Porrua**

MÉXICO • 2023

923. 27243
M752
Monreal Ávila, Ricardo
Una oportunidad real / por Ricardo Monreal Ávila -- 1ª ed. -- México : Miguel Ángel Porrúa,
2023.

Un recurso electrónico -- (Crónica)
ISBN 978-607-8859-52-8

1. Ricardo Monreal -- Autobiografía. 2. Política -- México.

Por características
tipográficas y de edición

Cuidado de la edición

Diseño y tipografía

Talleres

Corrección

Fotografía de portada

Administración

Apoyo administrativo

Primera edición digital, julio del año 2023

© 2023
RICARDO MONREAL ÁVILA

© 2023
MIGUEL ÁNGEL PORRÚA, librero-editor
Amargura 4, San Ángel
Álvaro Obregón
01000, Ciudad de México

Sofie Geisler

Verónica Santos

Héctor Lizárraga | Gerardo Cruz | Omar Ponce

Mónica Beltrán | Aurora Arellano

Rodolfo Valtierra Rubalcava

Aldonza Porrúa

Antonia Peralta | Teresa Santana

Derechos reservados conforme a la ley
ISBN 978-607-8859-52-8

Queda prohibida la reproducción parcial o total, directa o indirecta del contenido de la presente obra, sin contar previamente con la autorización expresa y por escrito de MAPORRÚA en términos de lo así previsto por la *Ley Federal del Derecho de Autor* y, en su caso, por los tratados internacionales aplicables.



www.maporrúa.com.mx

PRÓLOGO



Nací —como millones de personas en nuestro país— en situación de pobreza, pero mi vida se convirtió en una historia que no es nada común. Debería serlo, y para lograrlo es que sigo luchando.

De haber seguido el rumbo que parecía ser el mío, probablemente hoy viviría de cultivar la tierra y estaría buscando la forma de mejorar mis productos o de integrar nuevas tecnologías de ahorro de agua. O quizá, como tanta gente de mi estado, hubiera migrado al país vecino, Estados Unidos, en busca de oportunidades para una vida mejor. Pero no es así. Escribo estas líneas llegando a casa después de mi trabajo en el Senado de la República, en un momento de madurez personal y profesional, que me permite sentirme preparado para ser presidente de México.

Es la primera vez que comparto la historia de mi vida, más allá de las generalidades que ya se conocen. A pesar de haber publicado una treintena de libros, todos abordan temas estrictamente vinculados con mi trabajo político y legislativo y, por tanto, no incluyen reflexiones o confesiones personales. Quizá es porque nunca he considerado que mi vida privada sea de mayor relevancia que la de alguien más, y tampoco lo creo ahora.

Sin embargo, durante mis 46 años en la política, a ras de tierra y cara a cara con la sociedad, he intercambiado fragmentos de mi historia con todas las personas que, con generosidad y confianza, me compartieron la suya: sus anhelos, necesidades, ideas y preocupaciones. Y justamente gracias a ese genuino contacto con la gente, desde hace tiempo percibí un cambio importante que me motivó a escribir este libro.

Decido escribir porque las mexicanas y los mexicanos parecemos estar cada vez más alejados, distanciados y divididos entre nosotros. Resuena por el país la sensación de ser invisibles, de no ser valorados ni escuchados. Con inquietud noto que se vuelve común dejar de dialogar para, en lugar de ello, ignorar, descartar o subestimar a personas o grupos enteros. No es una tendencia que se limita a unos pocos sectores o lugares del país, sino que está afectando a cada segmento de nuestra sociedad. Todo ello forma parte de un fenómeno internacional de división y polarización que, hasta en los países más equitativos del mundo, como los nórdicos, causa preocupación y discusión.

Aunque podría decirse que siempre han existido diferencias y desigualdad, es ahora distinto: en lugar de confrontar a las autoridades y exigir cambios que generen justicia, nos enfrentamos entre nosotras y nosotros para juzgarnos y culparnos, usando como argumentos nuestro origen, tono de piel, nivel socioeconómico, género, preferencia sexual y opinión política. Así, todas y todos somos parte de un ejercicio constante para dividir a la gente en grupos opuestos, y sus vidas, en contrastes.

Piense por un momento en las últimas cinco personas (que no sean sus familiares) con quienes haya hablado. ¿A qué “bandos”

dirían que pertenecen? Quizá le sucede a usted lo que nos pasa a la mayoría. Es muy fácil meternos en cajas y ponernos etiquetas. Pero esto se convierte en justificaciones de rechazo, discriminación y desigualdad, y pone en riesgo el proyecto democrático. Mientras tanto, cada día, millones de mexicanas y mexicanos experimentan que, por más iguales que seamos en derechos, la realidad no lo refleja en hechos.

Entonces escribo. Escribo porque mi vida se ha desplegado justamente entre grupos que pudieran parecer opuestos, así como entre situaciones y aspectos contrastantes.

Pasé de vivir en una pequeña comunidad rural en el estado de Zacatecas, integrada por apenas unos miles de personas, a habitar y dirigir uno de los territorios más vivos y complejos de la Ciudad de México; de soñar con tener estudios a lograr un doctorado, y de ser un líder campesino a convertirme en diputado, senador y gobernador de mi estado. Como parte del pueblo mexicano, siempre he estado con él: convivimos en el desierto y en la selva; en la sierra y en la costa, y he construido acuerdos con un sinnúmero de sectores sociales, privados y corporativos renombrados.

He luchado para cambiar un estado y participé en la fundación del partido político que hoy trabaja para la transformación de México. El niño que fui, que padeció pobreza y condiciones de desigualdad, hoy es un hombre que ha elaborado leyes que contribuyen a erradicar las injusticias sociales. Y tras décadas de luchar por una visión de país justo, igualitario y sin corrupción, estoy construyendo grandes acuerdos políticos y legislativos para hacer de ello una realidad.

Mi vida es una historia sobre lo posible. Podría parecer un relato más acerca de un niño que padeció privaciones y logró salir

adelante con esfuerzo. Sin embargo, aunque efectivamente fui ese niño, mi historia no es heroica. Más bien, muestra cómo los grandes logros suelen ser resultado de que seamos diferentes, no iguales. Es una historia que nos recuerda que aun cuando los desacuerdos puedan parecer insalvables o “los otros” nos parezcan incomprensibles, casi siempre hay puntos de conciliación para que podamos avanzar en mayor comunión.

Como se verá, mi vida ha estado marcada por momentos transcurridos en terrenos desconocidos y por obstáculos mayores, luchando para romper con lo establecido. Y cada vez fueron los sueños colectivos y la voluntad de la gente para colaborar lo que me ayudó a llegar a esas “primeras veces históricas”, que indican que empieza una nueva era.

Este libro contiene esos instantes, pero no como anécdotas de un protagonista que confirmó sus propias habilidades, sino al contrario, como ejemplos del porqué debemos tener confianza en nuestras capacidades, como mexicanas y mexicanos, para alcanzar grandes cambios. Y sabemos que podemos lograr mucho más, ya sea como personas o como país, pero teniendo una oportunidad real.

A estas alturas de mi vida y con un profundo conocimiento de nuestro país y de su gente, tengo la certeza de que es posible crear un México en donde tengamos esa posibilidad para desarrollarnos en todo nuestro potencial. También estoy cierto de que esto no será a partir de enfrentamientos, de ganar a costa de otras personas, ignorarnos o distanciarnos. Al contrario, es momento de voltear a vernos, escucharnos, de actuar en conjunto para vencer lo que nos divide. En otras palabras, es tiempo de una reconciliación mexicana.

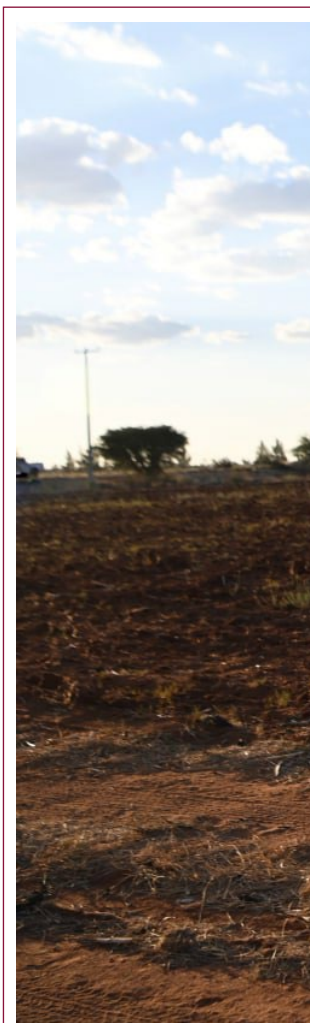
Quien lea mi historia, tendrá claro por qué justamente soy yo quien levanta la voz para hablar de reconciliación, porque he atestiguado los destellos de grandeza que surgen cada vez que se han logrado cambios que unen a las mujeres y los hombres de México en igualdad, prosperidad y justicia.

Por ello, después de que termine esta historia, también comparto mi visión de cómo construir un México reconciliado, con iniciativas y políticas públicas que podrán vencer la desigualdad y las divisiones, y permitir que, por fin, logremos desarrollar nuestro potencial.

Esa visión de país inicia entre senderos polvorosos y el susurro de las plantas del frijol que se mueven en el viento, allá, en donde me acostumbré a contemplar la inmensidad del paisaje, de mi mundo. Sentía que ese enorme espacio daba más libertad para pensar. En ese entonces, sólo medía un metro de altura y no sabía que la predilección de pensar libremente me iba a llevar a momentos extraordinarios y grandes batallas que marcaron la historia que está usted por conocer.



► Al regresar al campo
que vi de niño,
pienso en libertad.



I

TIERRA DE LOS PENSAMIENTOS LIBRES





▲ La familia hizo un gran esfuerzo para comprar el vestido de boda de mi madre. Mi papa usó la mejor ropa que tenía.



▲ Una de las pocas fotografías que existen de mis padres juntos.

▼ Al cumplir tres años, con mis primos y mi padre.





▲ Mi padre (a la derecha) como líder campesino, en una reunión en Fresnillo.



▲ Al ver la foto de mi madre, pienso en lo joven que era al tener una descendencia de 14 hijas e hijos.



En dos cumpleaños. ▲ Soy el de la derecha, cerca de mi madre. En otro, ▼ insistí en usar una corbata.

▼ Con el tío Félix y mis hermanos Ana y Rodolfo.





▲▼ Al estar rodeado de la naturaleza, entre los cultivos de frijol, maíz, ajo y chile, los problemas se ven en su justa dimensión; por ello, me gusta recorrer los caminos por donde de niño anduve.





▲ La familia continúa criando ganado.

▼ Cuando nos reunimos,
las y los hermanos somos felices.





▲ Disfruto manejar el tractor;
en mi infancia, soñaba con tener esa oportunidad.

Lo primero que se percibe es la frescura de la madrugada que envuelve el cuerpo. Luego, el olor intenso a tierra con notas de hierbas. El familiar sonido crujiente de caminar en la tierra seca y agrietada que hace escuchar cada paso con fuerza. En la oscuridad no puedo ver el polvo rojizo que se levanta a cada pisada, ni tampoco veo los corrales de los cerdos, pero sé que están ahí, a mi derecha. Todo se encuentra aún en silencio. Los cerdos suelen dormir profundamente. Cruzo el pequeño campo entre las casas de adobe de mis tíos donde más tarde voy a jugar fútbol con mis hermanos y primos. Me encarrilo al camino flanqueado de nopales que lleva a nuestros cultivos de frijol. Aquí nacen los pensamientos libres. Es el campo de mi pueblo. Es el campo donde crecí, donde aprendí a amar a la tierra y a la gente. Es donde inicia mi visión de México.

Nací en Plateros, una pequeña comunidad rural de Fresnillo, que actualmente cuenta con una población de apenas 6,000 habitantes. Se ubica al norte de la capital del estado de Zacatecas y está cerca del centro geográfico de la República. En aquel entonces, esos ejidos eran además el centro de la organización social y política,

percibido por las familias locales como la vía principal para cambiar el futuro y prosperar.

Mi familia, como las demás del pueblo, cultivaba maíz y frijol, y luego chile y ajo. Teníamos además cerdos, ganado y, por supuesto, gallinas. Nuestra vida se desplegaba en ese campo semi-desértico, que vuelve especialmente arduo e incierto el trabajo de agricultura. Durante el día, el sol se siente tan fuerte y pesado que, como se dice, “cae a plomo”. A veces caminaba hasta encontrar una palmera con su sombra fresca y protectora. ¡Cómo me gustaba descansar la espalda hacia el tronco y ver a lo lejos el horizonte, con su contraste de cerros pardos y cielo azul intenso! Así podía quedarme largo rato, solo, con mis reflexiones y sin jamás aburrirme. Confieso que traigo un anhelo persistente de mi pueblo.

La familia Monreal lleva más de 130 años en la región. Es muy grande y seguramente se conforma ya por miles de parientes. En mi rama actualmente somos más de 100 personas. Vivíamos en casas de adobe, lámina de asbesto y piso de tierra firme, separadas por unos metros. Siempre había tías, tíos, primos y hermanas a la vista. Si queríamos, podíamos estar en compañía el día entero, pero a mí me gustaba la reflexión en soledad. Cuando podía escapar del murmullo constante de mis parientes y el sinfín de novedades que compartir, salía a caminar por el campo o me sentaba atrás del ganado, donde quedaba escondido de la vista de los demás.

Formar parte de una familia tan numerosa marca para siempre el valor de la convivencia, la lealtad y la comprensión del prójimo. Además, maniobrar cotidianamente con tantas y tantos parientes, conocer sus planes, desacuerdos, problemas y encuentros, me en-

señó tolerancia, la necesidad de negociar y la capacidad de reconciliar en situaciones de distanciamiento o conflictos.

La familia sigue significando mucho para mí, y cuando estamos 40, 50 o 100 integrantes comiendo juntos, siento alegría y agradecimiento por tener tantas personas queridas y compartir con ellas la vida de campo, que es el punto de partida de mi historia.

Mi padre, Felipe Monreal, era un hombre carismático, más alto que el promedio y con el poder de la palabra. Su forma de mirar era pensativa, firme y un poco desafiante. Para nosotros, sus hijas e hijos, esa mirada se asociaba con el respeto, aunque también con cierto temor. Nos podía dar instrucciones con los ojos, sin abrir la boca. Exigía total obediencia y cuando nos pedía hacer algo, sabíamos que tendría que quedar a la perfección. Revisaba el resultado con escrutinio, mientras que vigilábamos cualquier cambio en su semblante para identificar cómo lo percibía. Cuando aprobaba lo realizado, sólo pronunciaba una breve declaración de: “está bien”, la cual nunca iba acompañada de halagos o comentarios positivos. Más bien nos dirigía una mirada directa, que cuestionaba más que reconocía.

Ahora que lo pienso, gran parte de mi infancia la pasé observando a mi padre con esa mezcla de admiración y tensión que siguió marcando mi relación con él hasta su muerte.

Era duro, no sólo con sus hijas e hijos, sino también consigo mismo. Por más pesada que fuera la jornada en el campo, no mostraba cansancio ni se le escapaba un suspiro. Él era como una fuerza que empujaba todo hacia adelante: lo que sigue; lo que sigue. Si se sentaba, no se debía a que el duro trabajo le hiciera merecer un descanso, sino porque había que planear lo que seguía.

Con frecuencia tenía la impresión de que mi padre se fijaba más en los resultados de nuestras actividades y trabajo que en nosotros como personas. Teníamos que servir para algo, teníamos que hacer una diferencia. ¿Para quiénes? Para la gente de los ejidos y las colonias agropecuarias que, por más que trabajaban, no lograban dejar atrás una vida de carencias, pues habían depositado su esperanza en la organización local y en conjunto podía salir adelante.

Por ello, para mi padre, el trabajo no terminaba con haber “tumbado” el frijol, sembrado las semillas de maíz o alimentado al ganado. Viajaba por toda la zona, de ejido a ejido, para platicar con la población, entender sus necesidades y discutir posibles soluciones.

La firmeza de mi padre, su entrega y capacidad para formular acuerdos generaron gran confianza en mucha gente. Reflejaba esa sabiduría particular que da el campo, adquirida a lo largo de centenas de años y construida por ancestros que caminaron en silencio a lo largo de espacios abiertos para ver a lo lejos, dejando los pensamientos libres.

Pero en mi padre también se manifestaba un profundo espíritu de justicia. Se convirtió en una especie de abogado popular, dedicado a los problemas y reclamos del campesinado. Hasta la fecha es recordado como un gran líder agrario, aunque para mí era y sigue siendo más bien mi guía, mi ejemplo y fuente de motivación.

Me hubiera gustado aprender tanto de mi madre Catalina, como de mi padre, pero dolorosamente ella no vivió suficiente tiempo para enseñarme todo lo que seguramente habría deseado. A mi madre todo le llegó muy temprano: se casó a los 16 años, fue madre por primera vez a los 17, y murió a la edad de 36, después de haber dado a luz a 14 hijas e hijos.

Su muerte fue consecuencia de las complicaciones del parto de mi hermano Saúl y ocurrió sólo 10 días después de su nacimiento. Cuando la gravedad de la situación era clara, entre los parientes Monreal se reunió todo el dinero posible para llevar a mi madre a una pequeña clínica privada, que era la más cercana. Mientras estaba internada, mi padre seguía buscando la manera de tener recursos suficientes para la medicina y la atención. Logró vender una vaca y yo fui con toda rapidez a la clínica para dejar la ganancia. Cuando platiqué con ella esa vez, no sospechaba que pocas horas después de despedirme, ella se despediría de esta vida. Fui la última persona que la vio.

La tristeza de las pérdidas en la vida suele ir disminuyendo con los años. Sin embargo, pienso en mi madre cada vez con más dolor. No sólo por su muerte, sino también por su vida. Su tiempo aquí estuvo marcado por abnegación y trabajo sin tregua, sin compensación o estímulo alguno. Y pese a todo, la caracterizaba la ternura y no la amargura. Todo lo duro que era mi padre, ella lo fue de cariñosa. Y mientras él nos veía con cierta insatisfacción por lo que deberíamos ser, pero no lo éramos; en la mirada de mi madre encontrábamos una aceptación absoluta. Nos hacía sentir amados e indispensables. Me imagino cuánto se debe haber esforzado para estar con 14 hijas e hijos con tanta presencia y atención, y a la vez, no haber recibido suficiente interés en su persona, en sus talentos o sueños. Nunca sabré lo que más disfrutaba, los lugares que hubiera querido conocer, qué solía pensar sobre el futuro o qué habría querido estudiar.

En aquella época no imaginaba que ese era el destino de tantas mujeres antes y después de mi madre. Tampoco sabía que la pobreza

cobra vidas a cada instante por la inexistencia, precariedad o escasez de los servicios de salud. De hecho, ante la falta de recursos y de oportunidades para acceder a servicios médicos, mi abuela Dominga, a quien quise profundamente, se desempeñaba como partera y ayudó a que nueve o diez de mis hermanas y hermanos vieran la luz por primera vez.

Años después, mi esposa, María de Jesús, me ayudó a entender aún más cómo el género influye de manera injusta en la pobreza y la injusticia, y mis hijas ampliaron ese aprendizaje.

Desde entonces tengo claro que todos los días debemos cuestionar esa disparidad y hacer cambios culturales de fondo para que las mujeres se puedan desarrollar libremente, sin la amenaza de padecer una vida con mayor pobreza, menos oportunidades, más abandono y muchos riesgos.

Actualmente, la pérdida de mi madre se mezcla con el dolor de ver el enorme costo que tiene en la vida de la gente el que no haya un México con igualdad y piso parejo.

Guardo mis recuerdos de ella con el cuidado de quien teme que se le puedan escapar para siempre. Quiero seguir evocando su clara presencia en mi memoria y no permitir que se desvanezca como fotografía que se decolora.

Hoy no se hizo nada

Con la pérdida de mi madre, mi padre se quedó solo con mis 13 hermanos, hermanas y conmigo cuando casi todos éramos aún menores de edad. Él se convirtió en la brújula de la familia: nos señalaba el camino y nos daba orientación hacia dónde fijar la mi-

rada en la vida. No era nada fácil solventar las necesidades diarias de una familia de 15 personas; trabajábamos largas jornadas en el campo, las cuales se extendían hasta la noche o la madrugada. Sabíamos la importancia de que el trabajo saliera bien para poder seguir adelante, realizábamos un gran esfuerzo. Al final de los días más pesados, mi padre hacía un movimiento con el brazo para indicar que debíamos terminar, y con su voz serena y profunda nos decía: “Ya vámonos, hijitos, pues hoy no se hizo nada. Mañana Dios dirá”.

Al escuchar esa frase, se producía en mí una sensación extraña. La mirada de mi padre mostraba que, por supuesto, sabía de mi esfuerzo y el de mis hermanas y hermanos, pero al mismo tiempo nos hacía ver que la próxima vez nos podríamos empeñar aún más. Para mí, su mensaje era clave: si quieres salir adelante y triunfar, no alcanza con esmerarse; hay que entregarse por completo.

En ese momento, ni él ni yo sabíamos que esa frase se convertiría en un principio inquebrantable en mi vida, en mi trabajo como servidor público y, por lo tanto, en mi lucha por la gente. Los años y los retos cambian continuamente, mientras que mi esfuerzo por entregarme de lleno a las tareas de cada día sigue siendo una constante. Por más largas y exigentes que sean mis jornadas, siempre mantengo la mirada fija en lo que sigue, en lo que falta, sin hacer mucho caso a mi cansancio.

Estoy consciente de que para mucha gente cerca de mí (sea de mi equipo de trabajo o parte de mi círculo personal), mi sentido de entrega y compromiso pueden ser frustrantes e incluso desgastantes. Sé que esto tiene un precio en las relaciones humanas y que implica sacrificar muchos momentos de placer y descanso. Innu-

merables veces he tratado de encontrar una manera de reducir esos costos, y tenido toda la voluntad de facilitar el trabajo y la convivencia conmigo. Sin embargo, en el momento de elegir a qué dar menor prioridad o entrega, me invade una intensa sensación de resistencia e incomodidad, y termino por abandonar el intento. Estoy donde estoy para hacer un esfuerzo extraordinario y lograr resultados, y para mí, cualquier disminución de entrega lo percibo como fallar a mi compromiso.

La gente que ha vivido situaciones similares a las mías, o que conocen bien la agricultura y la ganadería, seguramente reconocen esta forma de enfrentar la vida y el trabajo. En muchos lugares, esta manera de actuar es parte de la sabiduría que se encuentra en el campo y quienes lo habitan.

Las enseñanzas del campo y de su gente

Para la mayoría de las personas existen días de descanso o de menos trabajo. Puede ser por tener fines de semana o vacaciones, por sufrir un malestar o incluso porque el clima impide mayor actividad. En el campo, ni el cultivo ni los animales esperan. Al maíz, las plantas de frijol o las vacas no les importa si estás con o sin ánimo, si sientes que te falta fuerza o si hay condiciones desfavorables. Nada de eso cuenta. Es necesario trabajar y hacerlo como sea. De esa manera, el campo te enseña disciplina y a pensar en algo más grande que tus propias necesidades inmediatas.

Sin embargo, aun siendo constante y persistente, los resultados finales de la cosecha no sólo dependen del esfuerzo. Recuerdo los años en que las sequías borran el trabajo realizado durante

toda una temporada y nos obligaban a pasar tiempos difíciles. Me costaba mucho aceptar que no teníamos control sobre los resultados de nuestra propia labor y que podíamos perder su fruto con lo que pareciera un plumazo del cielo. Ahora, a los factores de esta difícil incertidumbre se agregan la afectación del crimen organizado en el campo y los precios volátiles de los productos que se venden, los cuales se definen por tendencias nacionales e internacionales distantes del lugar de cultivo.

Ante estos riesgos o los momentos complejos, la gente campesina ni se dobla ni se frustra, aunque esas serían reacciones comprensibles. Al contrario, actúa con audacia, esperanza y con la convicción de que las derrotas no son definitivas, lo mismo que las victorias. De esta forma, aprendí que a veces las cosechas son abundantes y a veces no, y que eso pasa en general en la vida, a veces va bien, a veces es más complicada.

Indudablemente, el campo y su gente son grandes maestros de valores, principios y resiliencia que en mi vida política han sido herramientas fundamentales e indispensables.

Sin embargo, el campo de Zacatecas, como el de todo México, también nos enseña una realidad injusta: por más que las personas trabajen, resistan y aprendan, su esfuerzo no les abre oportunidades de una vida mejor. Cuando debería ser fuente de bienestar, desarrollo y prosperidad, es lo contrario; la mayoría de la gente en las zonas rurales de México vive en situación de pobreza, sin suficiente comida, con limitado acceso a la salud y a la educación; sus ingresos son tan bajos que no puede cubrir las necesidades básicas y hay barreras casi insuperables que le impiden participar en las

dinámicas que forman nuestra sociedad. Es, en sí mismo, un sistema de discriminación severa.

Aunado a esto, la población que en nuestro país vive en situación de pobreza —sea en el campo o en las ciudades— enfrenta rechazo, maltrato y faltas de respeto, además de ser víctima de estereotipos y prejuicios que sugieren que le falta valor y capacidad. ¡Hasta la fecha, el 40 por ciento de las y los mexicanos piensa que la pobreza es causada porque no se desea trabajar! Esta forma de juzgar parece un constante intento de justificar la desigualdad en nuestro país.

En mi vida campesina olía, saboreaba y escuchaba las consecuencias de esta indiferencia y el desprecio que conforman la disparidad de México. Se acumulaban en mí las experiencias de personas que callaban ante el maltrato para no perder el trabajo que alimentaba a su familia, y veía a otras tantas que ni cuestionaban la injusticia..., porque “así es la vida”.

Quizá esto tenía un efecto mayor en mí, porque en casa mi padre hablaba de cómo podría ser, de cómo debería ser la vida. Mi padre describió la desigualdad como es, una tragedia que de ninguna manera se puede justificar y que definitivamente se tiene que erradicar. Cuando lo escuchaba, no había duda del gran valor de la gente y del hecho de que ser campesino siempre tiene que ser fuente de orgullo. Por ello, en mi transformación de niño a adolescente, no percibía mi entorno como algo ya definido, sino que lo veía con otros ojos: como algo posible de cambiar.

Al principio, eso me impulsó a adentrarme en el Comité Campesino y empezar a hablar de las injusticias en voz alta. Nunca callarlas.

Al ampliar mi conocimiento sobre México y su gente, descubrí cada vez más aspectos de la disparidad que se vive con tantas diferentes manifestaciones y expresiones: la desigualdad y la violencia que enfrentan las mujeres de cada rincón de nuestro territorio; el abandono y la relegación de las comunidades y los pueblos indígenas y afromexicanos; la lucha y falta de compensaciones de las y los obreros de la industria; el rechazo social y la negación de derechos a las personas de la comunidad LGBTQ+;¹ la falta de valoración e integración de las personas con discapacidad, y los estigmas hacia quienes enfrentan retos de salud mental.

Desde que en el campo empecé a hablar en voz alta sobre las injusticias, no he bajado el volumen de mi voz. Aunque eso tuvo grandes consecuencias en mi vida, como describiré más adelante, nunca dudé ni sentí temor de señalar con fuerza las injusticias que veo.

Mi lucha empezó en la pequeña comunidad de Plateros, en Zacatecas y alcanzó una dimensión nacional por los derechos de igualdad. Seguiré ahora la defensa de un México inclusivo, donde los derechos por fin se vivirán como hechos.

Una experiencia (más) de injusticia

Hay sucesos que se convierten en una especie de nuevo nacimiento, porque nos ayudan a descubrir lo que yo llamaría “nuestra razón de ser” en la vida. Para mí no llegó como un sueño alimentado por

¹La abreviatura LGBTQ+ refiere a lesbianas, gays y personas bisexuales, transgénero, transexuales, travestis, intersexuales y *queer*, y el signo + representa al conjunto de nuevas comunidades y disidencias.

un interés o pasatiempo, sino por un momento de desilusión y enojo.

Tenía apenas 15 años. Las pláticas de mi padre sobre las condiciones de las y los campesinos, y lo que debería ser una vida orgullosa y justa en el México rural, habían despertado en mí un gran interés por entender cómo se podría generar un cambio. Por ello, con grandes expectativas acepté la invitación para formar parte del Comité Regional Campesino del municipio de Fresnillo, organización social que agrupaba a las comunidades agrarias para defender sus intereses. Allí di lo que después resultaron ser mis primeros pasos en la política.

Inicié en el Comité como parte de la Vanguardia Juvenil Agrarista. Éramos un grupo de jóvenes que compartíamos edades similares y el sueño de poder hacer una diferencia, creando beneficios para las comunidades, los ejidos y las colonias agropecuarias de la región.

Un día iba con otros integrantes del Comité hacia la capital de Zacatecas, a comprar semillas y aperos de labranza, para después integrarnos a la peregrinación al Cerro de la Bufa a visitar a la virgen del Patrocinio, que era costumbre cada año. Además, habíamos aceptado trasladar a un grupo de danzantes en la caja del vehículo.

El ambiente en la camioneta que nos trasladaba era animado. Platicábamos con entusiasmo de los proyectos que íbamos a realizar y traíamos las ilusiones a flor de piel.

Sin embargo, la conversación terminó con gritos al sentir un fuerte golpe que nos proyectó hacia adelante. Nos había chocado un vehículo de carga. Nadie se lesionó, pero la fuerza del impacto llevó las camionetas a bloquear la carretera.

En pocos minutos llegaron al lugar dos patrullas. Recuerdo que, al ver a los cuatro oficiales dirigirse hacia nosotros, sentí una mezcla entre alivio y agradecimiento al pensar que venían a ayudarnos. La sorpresa fue mayúscula cuando nos dimos cuenta de que sus intenciones eran otras. Con actitud amenazante nos acusaron de un sinnúmero de faltas que, según ellos, nos llevarían directo a la cárcel si no “cooperábamos”. Nos llamaron con adjetivos despectivos, que ni aquí ni en ningún sitio deben ser repetidos, pero que mostraban su desprecio por nuestra apariencia de gente campesina y de pocos recursos.

Busqué defenderme y defender a los demás, como siempre había visto hacerlo a mi padre. Insistí una y otra vez que se trató de un accidente en el que no había culpables, mientras que los policías repetían que habría consecuencias insuperables si no les dábamos dinero. En el grupo de compañeros intercambiábamos miradas y era claro que estábamos dispuestos a resistir las amenazas y no dejarnos humillar de ninguna forma, además de cuidar el dinero que nos habían confiado para los materiales. Nos mantuvimos firmes ante los gritos despreciativos y las amenazas; sin embargo, terminamos detenidos en forma arbitraria.

Aunque la detención sólo duró pocas horas, ese hecho me llenó de una mezcla de desasosiego e impotencia. Todo estaba de cabeza. ¿Cómo podía pasar algo así? ¿Cómo podía ser que, en lugar de mostrar interés y apoyo, los policías nos hubieran visto con desprecio? Durante el camino de regreso al pueblo, mi desilusión se había transformado en enojo. Noté la sorpresa en la cara de mi padre cuando me vio entrar. Seguramente mis ojos transmitían la ira contenida. Estallé, y le conté todo lo sucedido, acompañado de

argumentos sobre cómo aquello formaba parte de una injusticia social totalmente inaceptable. Cuando por fin callé, mi padre me miró un instante más en silencio, siempre con esa combinación de firmeza y reflexión que lo caracterizaba, y me dijo sin titubear: “Tú deberías ser abogado”.

Esa experiencia no sólo me motivó a estudiar la licenciatura en Derecho, sino que también me permitió comprender que las luchas contra la desigualdad y la corrupción son inseparables. Me quedó claro que cuando quienes abusan de su poder como autoridad miran a la gente que enfrenta más dificultades y obstáculos en la vida, no reparan ni en su valor ni en sus derechos. Lo que ven es una oportunidad de aprovecharse de las personas que menos recursos tienen para defenderse. En esos momentos de cinismo de quitarle a esa gente lo que tiene, valiéndose de presión, amenazas y maltrato, además de estar dañando su vida, también siembran una ansiedad y vulnerabilidad con ramificaciones profundas y destructivas para nuestra cultura, nuestro país y el futuro.

Con los años fui dimensionando el daño de la corrupción, desde la gravísima acción de condicionar el acceso a servicios básicos al pago de sobornos, hasta el cambio de reglamentos oficiales a normas informales hechas para enriquecerse ilícitamente, generar desconfianza en las instituciones, impactar negativamente a las empresas, así como a la productividad e imagen del país. La corrupción nos hace víctimas a todas y todos de una sensación de desamparo e injusticia. Para mí, la lucha contra la corrupción y la impunidad se convirtió en una prioridad clave que ha determinado los 46 años que llevo desempeñando funciones públicas.

Desde mi primera posición de liderazgo, como secretario del Ayuntamiento de Fresnillo, en 1985, uno de mis actos iniciales fue exhortar públicamente a que las y los habitantes de la comunidad denunciaran cualquier irregularidad, presente o pasada, en los servicios que prestaba el municipio. Existía allí, como en tantos otros lugares de México, la convicción de que las y los funcionarios entrantes tenían que encubrir la corrupción y las irregularidades de los salientes. Ese “pacto de silencio”, que lamentablemente se sigue aplicando en nuestro país, es el sustento de la impunidad que hace posible que la corrupción continúe dictando nuestra vida y el destino de la nación.

En aquella primera oportunidad busqué romper el pacto, expresando en voz alta lo que era injusto y cómo combatirlo, al igual que lo había hecho mi padre en el campo. Enfrentando una fuerte resistencia interna, inicié el proceso de revisión y denuncia para exponer la corrupción, así como retirar a las y los funcionarios toda protección que pudiera alimentarla.

Esa medida fue seguida por una amplia serie de acciones e iniciativas para combatir la corrupción y la impunidad a lo largo de mi vida. Como líder campesino no dejaba de denunciar la corrupción de funcionarios que usaban los servicios para extorsionar a la gente del medio rural, y al frente de mis distintas responsabilidades en el gobierno construí códigos de ética e implementé audiencias públicas donde la gente ha podido denunciar la actuación deshonestas de personas funcionarias públicas, cuando ninguna de estas iniciativas era común.

También he hecho revisión abierta de las cuentas públicas y diseñado procesos para que ésta pasara por la aprobación de la

oposición. Como gobernador de Zacatecas, transparenté el uso de recursos en la gestión pública y eliminé por completo su gasto discrecional. Sustituí trámites que se prestaban a corrupción por mecanismos públicos y claros para evitar cualquier tipo de abuso, y trabajé en procesos legislativos amplios y complejos para que actualmente, por fin, exista un marco legal contra la corrupción, que permita su persecución, sanción y reparación.

Hasta la fecha, aquel primer encuentro con la corrupción en el campo, al lado de mis compañeros, sigue apareciendo en mis recuerdos cuando veo un automóvil detenido por la policía. Incluso, mientras fui gobernador en Zacatecas, acercarme cada vez que veía esa escena se convirtió en un hábito personal. En la mayoría de las ocasiones, los vehículos eran sencillos y sus tripulantes, gente de escasos recursos. Al interrumpir mis actividades y dirigirme a la escena, quería dejar claro que ningún acto de corrupción se puede ignorar, por más pequeño que sea, y que cualquier persona en México tiene que ser protegida y todos sus derechos respetados.

Cuando decidí estudiar Derecho, empecé a entender que para que nadie viviera el maltrato y el abuso de poder, que era común en nuestro país, lo difícil y complejo sería generar un cambio real, en el que habría de abatir la corrupción y sus infinitas manifestaciones, pues eran una frustración permanente en mi vida y mientras se lograban eliminar algunas de ellas, al poco tiempo aparecían otras.

Ahora comprendo estos desafíos, y después de más de cuatro décadas de combatir la corrupción y la impunidad, así como de implementar acciones e innovar en esa batalla, sé qué se requiere

para lograr resultados. Por ello no comparto la idea que ha ganado mucha aceptación respecto a que el cambio se crea principalmente con reemplazar los liderazgos para que los demás actúen acorde con el buen ejemplo. Aunque indudablemente esto es importante, la injusticia social y la corrupción como parte de ella no se enfrentan únicamente con eso y tampoco sólo por medio de leyes o decretos.

Combatir la corrupción requiere una amplia gama de mecanismos oficiales, ciudadanos y tecnológicos, para detectar, exhibir y sancionar las dinámicas y acciones que impiden lograr la sociedad que queremos, así como implementar aquellas que la favorecen. Implica además un cambio cultural que fomente la convicción social de que las y los mexicanos somos personas honradas y solidarias, que no generan beneficios propios a costa de otros. Hago énfasis en esto porque, a pesar de que la mayoría coincidimos en que la corrupción es un problema que requiere ser erradicado de manera eficiente, es frecuente observar que se sigue admirando a la gente que logra éxito y riqueza, sin importar con qué medios lo consiguió.

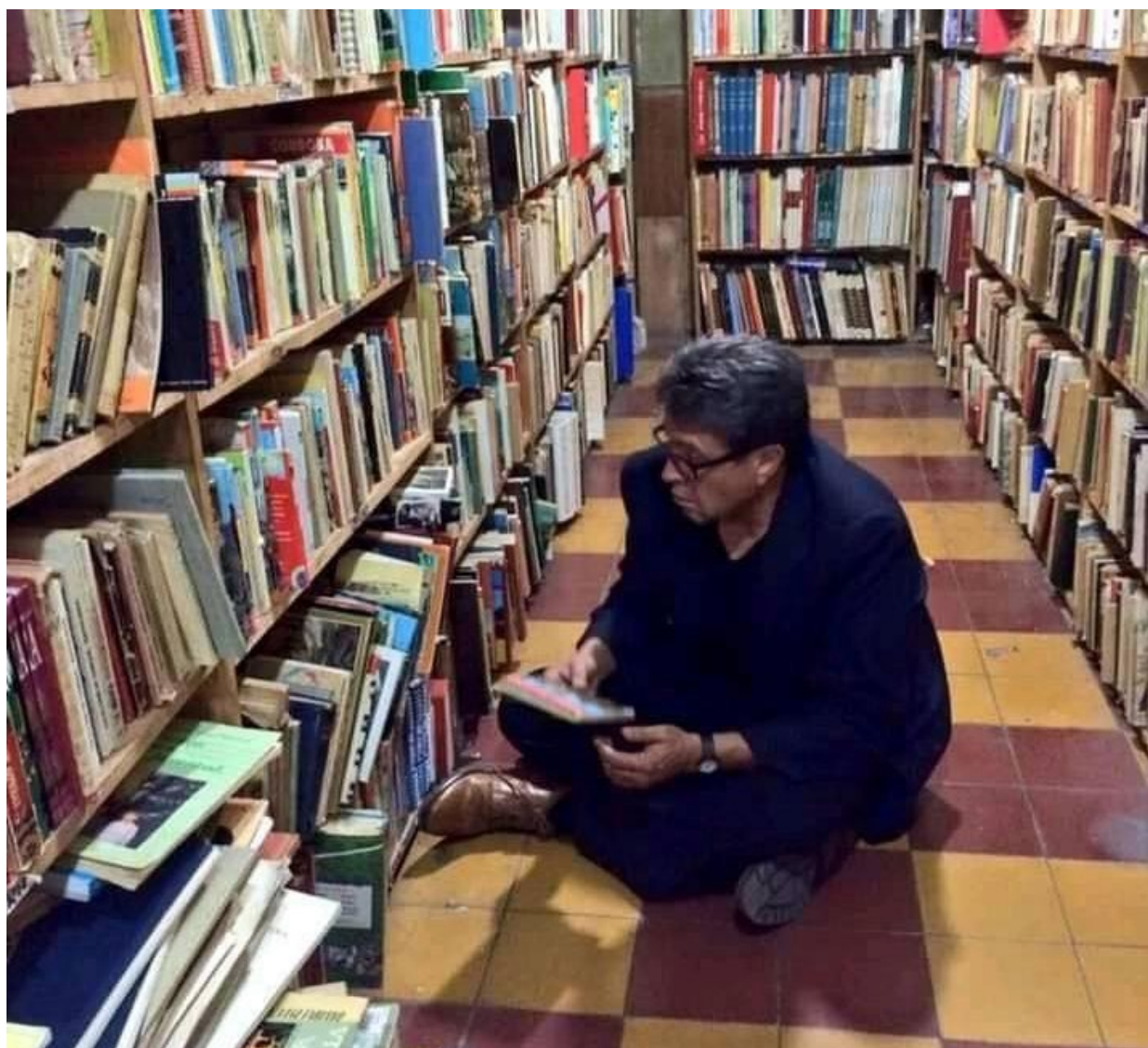
Al ser admitido en la Universidad Autónoma de Zacatecas no dimensionaba todo esto. Caminaba por mi tierra de pensamientos libres, y soñaba con estudiar para mostrar que sabía luchar y que podía cambiar las condiciones de la gente del campo.



► Los libros siempre han tenido un lugar muy especial en mi vida. Mi padre me inculcó el amor a ellos, y nunca he dejado de leer.

II

FUTURO EN LA MIRA





▲ Así yo, al cursar la licenciatura en Derecho.



▲ Durante mis estudios de maestría y doctorado, trabajé no sólo en los ejidos de Zacatecas, también en los de todo el país.

▼ Desde que me titulé, no he dejado de dar clases.
Aquí en la UNAM, conversando con estudiantes de Derecho.





▲ Los jóvenes son el futuro de México y deben formar parte de las decisiones que se toman para el país. Convivir con ellos es muy reconfortante para mí.

▼ En la Jucopo, una de mis prioridades fue organizar parlamentos juveniles.





▲ En el Senado, la gran mayoría de mi equipo la integraron los jóvenes.

▼ En un estudio de grabación y con el apoyo de los jóvenes, logré mi primer rap.





▲ Todos los viernes doy clase en la maestría de Derecho de la División de Estudios de Posgrado, UNAM.



▲ Hasta la victoria, acompañado de los jóvenes de todo el país.

No llevaba conmigo más de lo que cabía en una pequeña maleta. Ese día no quería despedirme de mi familia, era demasiado difícil. Deseaba ahorrarme la escena y ya encontrarme instalado en la ciudad, listo para empezar mi nueva vida. Contra las numerosas predicciones de parientes, me admitieron en la Universidad Autónoma de Zacatecas para estudiar la licenciatura en Derecho. “Abogado”, esa hermosa palabra sonaba a todo lo que yo deseaba. Viene del latín *advocatus* y de la expresión *ad auxilium vocante*, que significa “el llamado a auxiliar”. Y así era. Yo me sentía llamado a ayudar, a defender a mi gente. Había saboreado las palabras en latín muchas veces, pero en ese momento no me dio la misma ilusión de antes. Lo que imaginaba que sería el momento más alegre de mi corta vida se convirtió, al mismo tiempo, en el evento más doloroso de toda ella. La muerte inesperada de mi madre ocurrió en agosto, y en septiembre yo debía empezar la universidad. Me marché de mi pueblo en medio del duelo y durante el difícil reacomodo de la vida cotidiana. Mis hermanitos pequeños no entendían aún que mi madre no iba a regresar de su ausencia.

No recuerdo ese primer viaje de Plateros a la universidad en Zacatecas, pero sí el cobijo que sentí al emprender aquella nueva vida con cinco amigos que estaban llenos de las mismas ilusiones que yo: Tomás Torres Mercado, José Antonio Saldívar Duarte, Crisóforo Herrera Ramos, Carlos Marcial Padilla y Leopoldo Chairez. Rentamos un cuarto para vivir los seis e íbamos juntos a la universidad todos los días.

Pasaba por un momento muy difícil y, por primera vez, no estaba cerca mi familia. Incluso, mi familia, como la conocía, ya no era la misma sin mi madre. Pero ahí estaba yo, con los que hoy llamaríamos *roomies*. Fueron mi palanca.

En aquel momento se sembró en mí el gran significado que en mi vida tienen las amistades. Comúnmente se dice que en la política no hay amigos; sin embargo, mi experiencia no ha sido así. Mi manera de ser político se distingue de muchas de las formas usuales. Mis amistades son una de ellas.

Mantengo y cuido las amistades, incluso las que se formaron durante mis estudios universitarios. Tienen gran importancia para mí y me esfuerzo para ser un buen amigo. Hago lo posible para estar siempre cuando me necesitan. Y a diferencia de muchas personas que dan por terminada una relación amistosa con el primer —aunque fuera mínimo— desacuerdo o momento incómodo, mi lealtad va más allá. No vale la pena perder las amistades por tonterías.

La situación que dominó mi entrada a la universidad también me obligó a desarrollar una de las capacidades más importantes para una vida en política: poder dividir la atención y manejar una gran cantidad de temas y tipos de situaciones.

Fui un estudiante muy dedicado y meticuloso en las tareas. Según varios de mis compañeros, ya era perfeccionista y sentía disgusto por dejar los asuntos a la mitad. Como no había mucha tranquilidad en el cuarto que compartía con mis compañeros, estudiaba en diferentes lugares de la universidad y fuera de ella. Además, tenía que trabajar para poder mantener mis estudios y solventar los gastos. El primer año trabajé sin salario, para acumular experiencia, y luego entré como secretario auxiliar en un juzgado penal. El segundo año me ofrecieron ser asesor jurídico en la Liga de Comunidades Agrarias y Sindicatos Campesinos del Estado de Zacatecas. Esa fue una de las experiencias más formativas e importantes de mi vida pública. No sólo me mantenía vinculado con el campo y la gente, sino que me permitió acercarme a la actividad de mi padre, por quien sentía tanta admiración. Al fin podía hacer una diferencia real. Podía ayudar, asesorar y proteger a la gente más humilde del estado, que no disponía de recursos para pagar servicios jurídicos privados. Conocí a dirigentes campesinos extraordinarios y acudí a casi todos los ejidos en Zacatecas. Incluso participé en actividades políticas relacionadas, desde la capacitación electoral hasta la representación partidista y la gestión social. A esas actividades se sumaban las de la agenda estudiantil izquierdista, que era intensa, casi eléctrica. Quería participar para aportar y hacer crecer las causas.

Mi vida estaba llena de contrastes: alegría y tristeza; lectura y acción; soledad y convivencia; anhelo por el pasado y gran emoción por el mañana. Para poder manejarlo, me obligué a aprender a estar totalmente presente en lo que hacía, sin pensar en nada más. Cuando era necesario, me esforzaba para lograr un tipo de concentración

tan intensa, que era como si me hubiera metido en un espacio hermético en donde ya no había ruido, interrupciones o gente.

En aquellos momentos, esa técnica me ayudó a salir adelante con buenos resultados, a pesar de las condiciones; sin embargo, a lo largo de mi vida política esa capacidad ha sido una herramienta indispensable para poder concentrarme en jornadas de 15 a 17 horas al día, que son altamente cambiantes, llenas de conversaciones con gran cantidad de mujeres y hombres, desde senadores, gobernadores y secretarios de Estado, hasta jóvenes, ciudadanos, periodistas y tantos más. En la toma de decisiones, en momentos clave, me *encierro* en ese espacio hermético interior para reflexionar.

Los sueños de los demás

He cuestionado muchas veces qué me hizo manejar las cosas de esa forma con apenas 17 o 18 años. Antes llegaba a la conclusión de que era por mi pasión y entrega a las causas; lo único que quería era estudiar para luchar, aprender lo necesario para regresar al campo y defender los derechos de la gente. No obstante, ahora considero que fue por otra razón. La comparto aquí porque no sólo explica un punto central de mi motivación política, sino que describe un sentimiento que mexicanas y mexicanos experimentan en cada parte de nuestro país: reconociendo lo que nos une podemos avanzar en comunidad.

Para ello, retomo el hilo de mi historia paterna, que pasa por generaciones de líderes campesinos, como mi abuelo Manuel, que también lo fue. No había ido a la escuela, pero sabía de sobra cómo

organizar, apoyar y defender a la gente. Sus hijos, en cambio, sí fueron; y en particular, a mi padre le gustaba mucho aprender y leía libros cada que podía. Sin embargo, para mi abuelo, las necesidades cotidianas no se resolvían con textos, sino con trabajo duro. Mi padre había llegado apenas al segundo año de la primaria cuando fue sacado de la escuela para cuidar el ganado. Lo hizo sin quejarse, aunque en silencio anhelaba los pequeños triunfos de adquirir nuevos conocimientos y de por fin entender las razones detrás de un problema.

Cuando fue ganando cada vez más liderazgo entre la gente del campo, analizaba con cuidado las situaciones y todo su contexto. Profundizaba y ampliaba su perspectiva sobre lo que había que hacer para mejorar el futuro de las y los campesinos. Incluso, más adelante abrió un espacio en la esquina de la casa de Fresnillo, ubicada cerca del centro, para atender a las organizaciones del campo y a vecinos de la colonia, así como discutir los temas políticos del día. Era una oficina de gestión, pero también de educación y formación cívica.

No obstante, mi padre se topaba con su propia exigencia, pues sentía que no lograba suficiente y estaba convencido de que, si hubiera podido continuar con sus estudios, habría logrado servir más.

Se esforzó por compensar lo que percibía como insuficiencia y conseguía libros para seguir estudiando por las noches. Recuerdo que cuidaba los libros como si fueran tesoros. Fue lo primero que me atrajo a ellos. Quería entender qué podrían tener de interesante y precioso para que mi padre les mostrara tanta atención. Apenas pudiendo hacerlo, él me permitió leer *Sinuhé, el egipcio*, de Mika Waltari, y *Los de abajo*, de Mariano Azuela. Lo recuerdo con

mucha claridad, porque los devoré de la misma forma en que se toma agua después de un día largo de trabajo bajo el sol: con una sed intensa.

Mi padre no deseaba que a sus hijas e hijos les sucediera lo mismo que a él. Insistió en que cultiváramos el intelecto, no sólo la tierra. Quería que nos preparáramos para lograr más. Su deseo era que cada uno de nosotros recibiera educación universitaria, meta poco común para su época, cuando rara vez se permitía a las mujeres estudiar. Mi madre, inteligente y talentosa, murió sin haber tenido esa oportunidad.

Parecía una misión imposible lograr que 14 hijas e hijos pudieran estudiar en la universidad, cuando nuestra vida era una lucha para tener recursos suficientes siquiera para cubrir las necesidades más básicas. Aumentamos el trabajo en el campo y abrimos, además, un puesto de aguas frescas en el mercado de Fresnillo. La meta era clara y avanzábamos en conjunto. Yo estudiaba con una disciplina e interés que se hicieron notar y cuando llegué al sexto año logré alcanzar a mis otros dos hermanos mayores, graduándonos de sexto juntos.

Siendo el tercero de los mayores, mi turno para iniciar la educación universitaria llegó en 1976. Empecé lo que mi madre y padre sólo habían podido soñar. Ahora tengo claro que estudié por ellos y por tanta gente más en México. Porque yo pude y ellos nunca tuvieron una oportunidad real.

Lo que al principio era una cuestión de adquirir rápidamente los conocimientos más importantes para regresar a luchar al campo, pronto se convirtió en una entrega absoluta a la preparación, siempre en universidades públicas. No podía desaprovechar la oportunidad

y seguía hasta conseguir los máximos logros. Estudié licenciatura, especialidad, maestría y doctorado.

Y mis hermanas y hermanos también estudiaron. Cándido es ingeniero agrónomo; Leticia, médica cirujana y partera, así como especialista en salud pública; Rodolfo, ingeniero mecánico e industrial y doctor en Educación; Ana María, médica cirujana dentista, doctora en tanatología; David, licenciado en Derecho; Elías, médico veterinario zootecnista y maestro en Producción Animal; Eulogio, licenciado y doctor en Derecho; María del Refugio, licenciada en Derecho y maestra en Derecho Constitucional y Administrativo; Susana, contadora pública y especialista en política y gestión legislativa; Jovita, licenciada en Educación Especial y maestra en Organización y Administración de la Educación; Claudia, licenciada en Informática; Luis Enrique, bachillerato, aunque se dedica a las labores del campo; Saúl, maestro en Derecho Político y Administración Pública.

Jóvenes en movimiento

En el México de la década de los setenta, el paisaje de la política estaba cambiando, y más habitantes tuvieron acceso a oportunidades que sus madres y padres no pudieron ni imaginar. El año 1968 no sólo se había marcado en la conciencia de la gente por la brutalidad de la autoridad, sino que también había dejado ver una dirección clara para la lucha por conseguir mayor participación e influencia ciudadana.

Cuando las y los estudiantes se movilizaron en las universidades, exigían nuevos modelos educativos, participación en la toma de decisiones y mayor facilidad de acceso a la educación. Habían construido

el camino para que las siguientes generaciones pudiéramos tener más oportunidades. Las y los jóvenes, así como los movimientos sociales de ese momento, se organizaban con fuerza para mostrar que era posible..., y lo lograron. Imaginaron un futuro distinto y lo crearon, no sólo en México, sino también en distintas partes del mundo.

El sistema —público y privado— se resistía al cambio con la fuerza y desesperación que caracterizan a quienes aguantan un peso ya insostenible, sabiendo que si aflojan, aunque fuese un poco, se les caía encima.

A empujones se logró estirar cada vez más un sistema educativo autoritario y elitista, y se abrieron las primeras ventanas de oportunidad para que estudiáramos personas como yo, crecidas en pobreza. Era excepcional. En esos años, en México sólo el 1.2 por ciento de la población tenía una educación profesional superior, y en Zacatecas apenas el 0.4 por ciento.

Durante décadas se vio una tendencia de constante mejora de oportunidades en México y en otras partes del mundo, gracias a los grandes movimientos sociales, a los procesos democráticos, a la tecnología y al crecimiento económico.

Llegó a ser obvio e incuestionable que cada generación tendría una vida de mayor calidad que la de sus padres. Y de pronto dejó de ser así.

En estos últimos 10 años se ha debido reconocer que no sólo se detuvo aquella favorable tendencia, sino que se invirtió. Como está ahora, las y los jóvenes no tienen ni de cerca las mismas oportunidades que sus padres. Y seguimos perdiendo lo que se ganó con tanto esfuerzo. ¡No lo podemos permitir!

Aún hay millones de jóvenes en México que no tienen posibilidades de estudiar. A esto se agrega un nuevo y grave problema del que muy poco se habla: los cambios en el mundo suceden con tal velocidad que una parte importante de lo que actualmente se enseña en las aulas podrá ser insuficiente para la demanda y las características del futuro cercano.

La educación tendrá que ser adaptada a esta realidad altamente cambiante, para evitar que se vuelva obsoleta y, por tanto, que deje de representar una vía de oportunidades en la vida. No es necesario describir las consecuencias obvias que tendría este desarrollo para la capacidad de México de competir en un mundo donde las poblaciones se especializan, en mayor medida, para enfrentar los cambios más rápidos en la historia de la humanidad.

Pongamos a las juventudes mexicanas al centro de nuestras decisiones. Tengo la certeza de que ahora no es así. Desde que inicié en la lucha social y en la política, y con frecuencia no me tomaban en cuenta por mi edad, he buscado sumar a las y los jóvenes en los asuntos públicos, con programas para su integración en la toma de decisiones, entrenamientos, recopilación de propuestas y hasta parlamentos. No es fácil lograr que estos espacios sean valorados y elevados como prioridad.

Confirmo lo anterior en mi convivencia con más de decenas de generaciones de estudiantes, a quienes he impartido clases de Derecho en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), cuyas experiencias de barreras y la sensación de que no se les escucha siguen siendo las mismas año tras año. La población joven de México permanece al margen y sin la influencia que le corresponde.

Se ha escuchado hasta el cansancio la frase: “las y los jóvenes son el futuro”, pero parece más un dicho que un reconocimiento real de su importancia. Sin embargo, literalmente es así, no sólo porque son quienes tendrán que llevar a México adelante, sino también porque nos avisan a gritos que debemos hacerlo diferente: quieren un país que tenga equidad de género y no una cultura patriarcal que justifica la violencia e injusticias contra las mujeres. Desean un México donde haya mayor equilibrio entre la vida laboral y personal y donde se pueda vivir dignamente con *un* trabajo remunerado, no con ingresos precarios. Buscan cómo ser parte de la sociedad, sin que ello implique riesgos de sufrir retos de salud mental. Quieren un México que actúe con urgencia ante el cambio climático y la crisis del medio ambiente. Saben que nuestras acciones de ahora definirán qué país y qué planeta van a heredar. Tenemos que cambiarlo. Necesitamos revertir la tendencia actual y crear una nación en donde las y los jóvenes, así como nuestro futuro, tengan una oportunidad real.

Brotes creciendo en ruinas

En la mañana de mi cumpleaños en 1985 tenía muy presente que *mi* oportunidad se había logrado porque muchas y muchos jóvenes, antes que yo, habían luchado por las siguientes generaciones, aunque no necesitaba una ocasión para celebrarlo, pues rara vez pasaba un día sin que me sintiera afortunado cuando iba en camino a la UNAM, en la Ciudad de México, donde estudié primero la maestría y luego el doctorado. No dejaba de fascinarme que tenía frente a mí a las y los grandes maestros a pocos metros de distancia,

compartiéndonos su impresionante conocimiento. En las universidades privadas sólo sabían de ellos por los libros que estudiaban. En mi caso, varios de esos docentes que admiraba incluso me brindaron su amistad.²

Como la mayoría de los días, aquella mañana salí temprano, incluso mucho antes de lo necesario (la costumbre del campo de levantarme de madrugada sigue conmigo hasta la fecha). Me inquietaba no estar activo a las cinco de la mañana. Aquel día, al cerrar la puerta tras de mí, nunca pensé que no la iba a volver a abrir.

En el camino pensaba en cómo festejar mi cumpleaños con mis amigos, por la noche, después de clases; pero la fiesta no se hizo, y no he vuelto a celebrar mi natalicio sin escuchar de fondo un sonido grave de tristeza. Era el 19 de septiembre, día en que el terremoto derrumbó edificios, familias, vidas... sueños.

Sucedió cuando iba hacia la universidad. Tardé mucho en llegar, y entré contracorriente viendo decenas de caras asustadas y preocupadas. Por supuesto, las clases habían sido canceladas y, después de un momento con mis compañeros, cada uno emprendió el camino de regreso a casa, sin aún tener información de la magnitud de la tragedia que se extendía por la ciudad y por el país entero.

Conforme avanzaba en el trayecto a casa, empecé a ver la dimensión de los destrozos, pero sin poder comprender que todo aquello que constituye la vida diaria en la ciudad puede desapare-

²El querido Alfonso “Chato” Noriega, como se le llamaba con cariño, y también Alberto Trueba Urbina, Ignacio Burgoa Orihuela, Miguel Acosta Romero, Héctor Fix-Zamudio, María del Refugio González, Héctor Cuadra Moreno, Raúl Cervantes Ahumada, Jorge Fernández Ruiz, Horacio Castellanos Coutiño y Luis Rodríguez Manzanera.

cer en segundos. Seres queridos quedaron bajo las ruinas de edificios que antes eran imponentes. El silencio era interrumpido por gritos de dolor en calles donde antes se caminaba a ritmo de cumbia. Los lugares que eran nuestro refugio seguro estaban hechos polvo. Seguía andando en un estado que quizá era un tipo de *shock*, porque no me di cuenta que ya había llegado a la calle donde vivía. Seguía mirando hacia donde se supone que estaba mi edificio, pero en su lugar había escombros mezclados con escritorios, camas, toallas, cuadros rotos.

Se cambiaron las jornadas de estudio y análisis en la universidad por largos días en las calles de la ciudad, para tratar de hacer una diferencia. En las noches me quedaba en el sofá de un compañero, con quien mantenía largas pláticas al final del día sobre las experiencias dolorosas. Durante meses no dormía sin antes agradecer a Dios por permitirme seguir con vida. Esos días los cuento entre los más difíciles e impactantes de mi existencia, y estoy seguro de que comparto eso con decenas de miles de mexicanas y mexicanos.

Al mismo tiempo, aquel fue un momento en el que se disolvieron las diferencias sociales, de lugares de origen, género, creencias, ingresos y opiniones políticas. Todas y todos nos necesitábamos y nos percibíamos respecto a nuestro valor humano, no por estereotipos o estatus social. Era impresionante ver la colaboración, el cuidado y las muestras de cariño entre gente desconocida. Había quienes cocinaban para cientos de personas; quienes excavaban con las herramientas que pudieran conseguir; quienes abrían sus casas para gente que había perdido la suya, y quienes conseguían despensa, medicinas, ropa y mucho más.

Fue una muestra de la poderosa capacidad de lo que puede hacer un pueblo unido y solidario. No obstante, todo aquello vino con el descubrimiento de una cruda verdad, vislumbrada desde hacía tiempo, pero no se había mostrado en toda su claridad: la gente no contaba con su gobierno.

La población avanzaba entre reacciones lentas, logística fallida, falta de muestras de acompañamiento y datos institucionales falsos. La experiencia de abandono cortaba los lazos esenciales de confianza entre el gobierno y la gente, mientras que se entrelazaban otros nuevos con las luchas de los años sesenta y setenta para conseguir mayor influencia, transparencia, democracia e igualdad. Se estaba despertando esa ciudadanía vital que se mantenía latente bajo capas de hartazgo y opresión. El efecto social del terremoto se extendió como una vibración constante bajo el sistema político.

Mientras me preparaba para terminar el doctorado, y con ello el ciclo de nueve años de estudios y regresar a Zacatecas, sentí con claridad que ya formaba parte de un cambio profundo e imprescindible. Y así fue.

Lo que seguía iba a cambiar a México. Y lo que seguía para mí era la consolidación de una forma de hacer política que yo sabía era la única correcta: la política que se hace para la gente y con la gente.

Sabía qué hacer, pero no me imaginé lo que me esperaba.



III

¡ESCUCHA! LOS CAMBIOS SIEMPRE SE ANUNCIAN



▲ En los años noventa, la gente no quería más imposición: deseaba ser escuchada. En Zacatecas, la lucha unificó a dos grandes personajes de la transición política en México, al ahora presidente, Andrés Manuel López Obrador y al ingeniero Cuauhtémoc Cárdenas. A mi lado, mi esposa María de Jesús y mi padre, Felipe Monreal.



▲ Siempre me las ingenio para escuchar a la gente.



▲ En Zacatecas, durante la visita de Cuauhtémoc Cárdenas.

▼ Con mi esposa María de Jesús, Armando Cruz Palomino y Andrés Manuel López Obrador, durante mi campaña para gobernador.



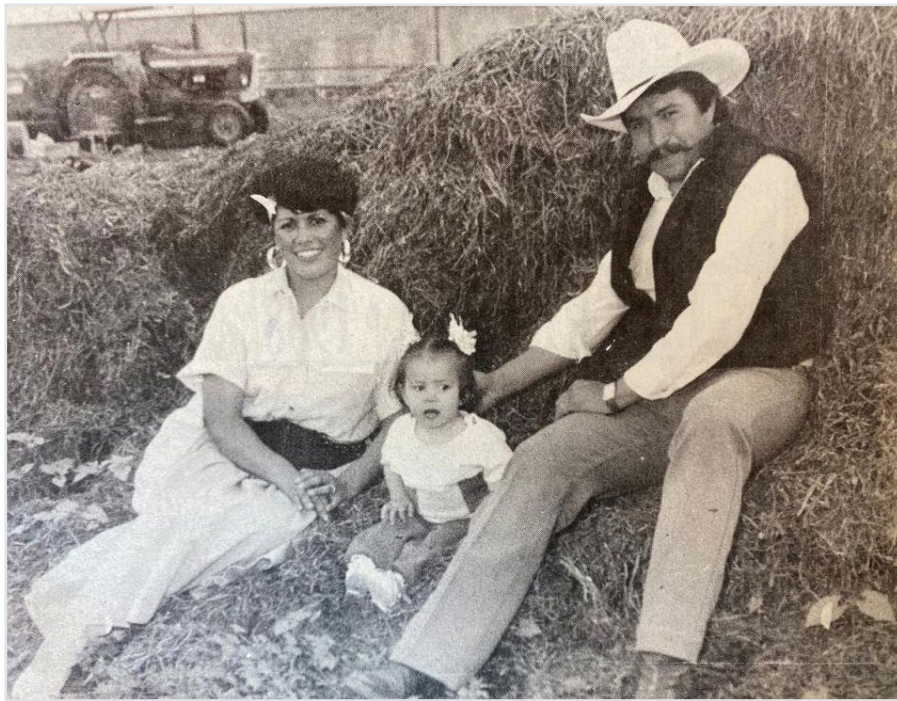


▲ María de Jesús, mi esposa, en 1998, hizo su propia campaña en apoyo a mi candidatura como gobernador de Zacatecas.

◀ Los simpatizantes no dudaban en tomarse la foto.

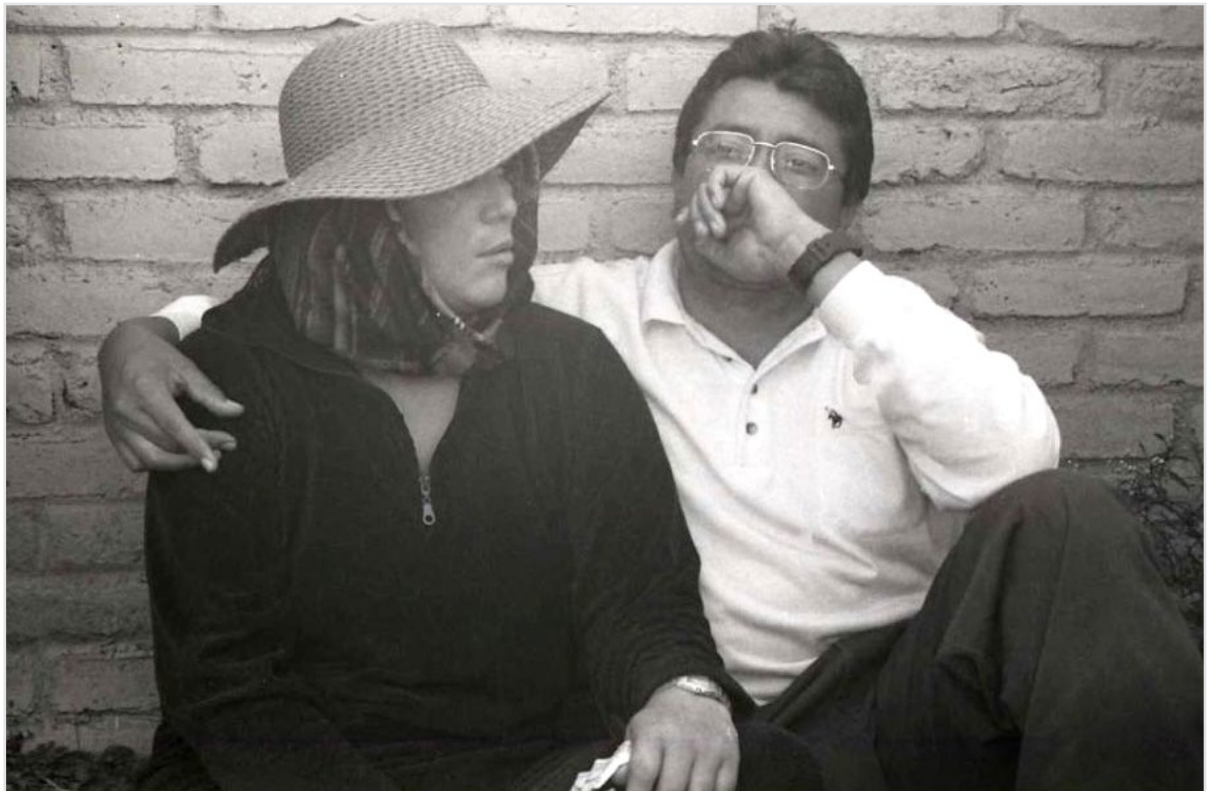
▼ Mujeres y hombres de todas las edades se reunían para escucharla en aquellas jornadas.





▲ Mi primera hija, Caty, nació en 1986.
María de Jesús y yo siempre hemos procurado disfrutarla.

▼ Los días de campaña en las elecciones para gobernador eran muy largos.
Con María de Jesús, siempre encontré la oportunidad para descansar juntos por un instante.





▲ Cada año hacemos la peregrinación a San Juan de los Lagos.
Nuestra fe nos une.

▼ Nuestros logros significan mucho para ambos.
María de Jesús y yo hemos luchado hombro con hombro durante 10 campañas.





▲ Ambos gozamos de lo más sencillo. Es placentero para nosotros sentarnos a leer a la sombra de un árbol, o bien saborear un helado.

Vi una última vez a la gente antes de dar la vuelta y bajar del escenario por la escalera de atrás. Lancé una mirada panorámica a las caras decididas y los letreros hechos a mano con textos de apoyo: “¡Estamos contigo, Ricardo!”; “Adonde quieras irte nos iremos”; “Por la dignidad y la democracia, ivámonos!”; “No te rajes, el pueblo está contigo”; “Es momento de escribir historia”. Se seguían escuchando los gritos llenos de convicción y la esperanza de la gente, aun cuando ya había abandonado el escenario.

María de Jesús, mi esposa, me esperaba para salir juntos y continuar con el cargado programa de actividades. No necesitaba decir nada. Su mirada me mostraba que había notado el cambio, ese instante en mi discurso cuando guardé silencio y, contra toda costumbre, perdí el hilo. Me abrumó sentir un apoyo tan grande y, al mismo tiempo, saber que todo estaba planeado para que dejara a esta misma gente y me retirara de la aspiración de ser candidato a gobernador. Por supuesto, nadie podía saber las dimensiones del auténtico drama que se desplegaba detrás del telón del teatro político.

Desde meses atrás había buscado que, el Partido Revolucionario Institucional (PRI) aceptara mi candidatura para las elecciones a la gubernatura de Zacatecas en 1998. No tenía duda de que podía ganar, y no sólo porque fuera mi deseo, sino porque la gente de mi estado natal y yo habíamos unido las necesidades, construido propuestas y soluciones hacía tiempo. Y, sin embargo, no había argumento, propuesta o intermediario que cambiara la decisión partidista y la del presidente de la República en turno, Ernesto Zedillo Ponce de León; pero yo estaba determinado a lograr convencerlos por todas las vías posibles... hasta aquel momento en el evento.

No podía seguir aceptando la confianza y esperanza que depositaba la gente en mí, sin cumplir con mi promesa de ser su candidato. Sentí una tensión particular en el cuerpo, como si físicamente me estuviera preparando para proyectarme hacia adelante. Ahí, en medio del escenario, tomé la determinación de dejar el partido que había percibido como mío desde que tenía 15 años, y que la gente decidiera. Y para ello, debían tener una oportunidad real.

Quienes conocen esta parte de la historia saben que lo que sucedió para que tomara esa decisión tuvo relación con la aparición de nuevas dinámicas que movían el escenario político en México a mediados de los años ochenta. Entre éstas destacaba la formación de una corriente al interior del PRI, que luchaba por la democratización del partido y por reintegrarle la responsabilidad social que, en su perspectiva, se había abandonado con el inicio de la política económica neoliberal. Esta organización crítica fue creada y liderada por el entonces gobernador del estado de Michoacán, Cuauhtémoc Cárdenas Solórzano; el expresidente del

PRI, Porfirio Muñoz Ledo, y la exembajadora Ifigenia Martínez, entre otros.

Indudablemente, su valentía y sus cuestionamientos fueron decisivos, no sólo para ese instante en Zacatecas y para mi historia política personal, sino también para los 26 años que han pasado desde entonces. Sin embargo, para poder estar en ese lugar, momento y situación hubo sucesos importantes que explican mi formación —y vida— como el político que soy.

Preparación en acción

El impacto del terremoto de 1985 permaneció conmigo por mucho tiempo. Seguían grabadas en mi memoria las imágenes del destino de miles de personas. A la vez, se había instalado en mí la sensación de fragilidad de la vida, de que los planes y sueños se pueden acabar en un instante debido a fuerzas que están fuera de nuestro control. De alguna forma, esa vulnerabilidad me dio fortaleza para regresar a Zacatecas y poder involucrarme de lleno en el proyecto político del partido en el que más podía servir.

En febrero de 1986 me integré al cargo de secretario de Gobierno en el municipio de Fresnillo. Conocía bien las necesidades de la gente, en particular en los ejidos, y estaba al tanto de la situación social, económica y política. Sin embargo, por primera vez en mi vida tenía la responsabilidad de crear resultados, no para un grupo, sino para todos los segmentos de la demarcación.

Tenía 10 años de experiencia en negociar acuerdos y asesorar en situaciones de conflicto en los ejidos; además, casi la misma cantidad de años de enseñanza jurídica, incluyendo la de analizar

cada situación como única y poder tomar la perspectiva de todas las partes de cada caso; asimismo, me había especializado en derecho constitucional, que estudia los valores, principios y derechos que organiza el Estado y establece la Constitución.

Ahora construía sobre esos aprendizajes; no obstante, me sorprendió la cantidad de tiempo que se requería para escuchar a todas y todos y recopilar la información necesaria para conocer sus necesidades, intereses y problemas. Me llamaba aún más la atención que las demandas de diferentes grupos de la población parecían contradictorias, o incluso mutuamente excluyentes y, a la vez, todas eran legítimas y requerían ser resueltas.

Los tiempos en la administración pública están marcados por una gran presión para actuar con rapidez al servicio de la gente, y en esa época seguramente causé cierta frustración y retraso por insistir en analizar con más rigor cada situación para encontrar soluciones que favorecieran a todas las partes. Fue la primera vez que percibí que los acuerdos amplios tenían una importancia particular para mí, aunque aún no sabía que aquello se convertiría en una característica en mi forma de hacer política.

Así como me adentraba en la complejidad de la negociación para lograr acuerdos y resoluciones, también quería aportar mis conocimientos para generar cambios más profundos. Los viajes que realicé por el país durante mis estudios en la Ciudad de México y la experiencia del descontento social, que a partir del terremoto se estaba consolidando, reafirmaban la percepción de que era necesario acercar el gobierno a la población y reforzar los fundamentos que deben regir el servicio público.

Así, en la Secretaría de Gobierno coordiné gran cantidad de reuniones con grupos de habitantes y servidores públicos, para buscar una nueva forma de organizar el trabajo y desarrollar lineamientos claros de operación. Destacaban iniciativas de diálogo con la ciudadanía y un manual para las y los funcionarios, que puso en el centro un código moral de comportamiento con un objetivo crucial: que se comprometieran y actuaran en consecuencia, para erradicar uno de los peores males gubernamentales, es decir, la corrupción.

Aquella propuesta de lineamientos llevó a un intenso debate, y aprendí mucho de todas las partes. Empecé a entender más a fondo que, aunque los cambios propuestos pueden ser lo que se necesite, lo que define su éxito es un proceso colaborativo de construcción, así como la forma y el momento de presentar el cambio.

La ruptura con la imposición

Además del proceso de cambio que coordinaba en la Secretaría de Gobierno de Fresnillo, desarrollaba por cuenta propia un estudio denominado “Perspectivas de una organización campesina”. Durante mis estudios, mi colaboración con la Confederación Nacional Campesina (CNC) se había estrechado, y aunque estaba entregado a mi trabajo en el municipio, no quería perder la oportunidad de influir en el funcionamiento y futuro de aquella organización. Es un gremio que se ha utilizado para llenar plazas y discursos con frases grandilocuentes y recursos retóricos, pero al que siempre se relega a la hora de repartir los beneficios sociales. Era momento de cambiar esa realidad.

El estudio especificaba tres objetivos principales: primero, resaltar y rescatar la vocación campesina de Zacatecas; segundo, impulsar un modelo que nos permitiera transitar de la dependencia a la productividad; y tercero, plantear los ejes de acción que nuestra organización o cualquier estructura campesina debiera seguir para actuar realmente como impulsora y promotora de los derechos del sector y no simplemente como maquinaria electoral. Se tenía que dejar de utilizar este tipo de organizaciones únicamente para cumplir fines políticos.

Estaba ansioso de poder realizar mis visiones y convencido de que éstas podrían generar cambios necesarios y positivos para el estado. La Liga de Comunidades Agrarias y Sindicatos Campesinos debía elegir a su representante estatal, y el estudio era mi oportunidad para hacerles ver que yo podía ser candidato.

En noviembre de 1986 presenté esa posibilidad y fue bien recibida, tanto por el sector como al interior de la organización. Sin embargo, no pareció facilitar mi candidatura porque, al igual que cualquier organización que busca concentrar el poder, en la CNC había pugnas entre facciones que pretendían controlar las dirigencias estatales. Zacatecas no era la excepción, y uno de los grupos intentó imponer a su aspirante.

De la misma forma que noté la creciente distancia entre la población y su gobierno después del terremoto, también era claro que las intensas luchas de poder en la CNC sólo se traducían en lejanía con el campesinado y descuido de la lucha por la protección de sus derechos. Por ello, propuse que la Confederación cambiara los métodos de elección, autoritarios y poco transparentes, por un proceso democrático que involucrara al campesinado. Al interior

de la organización, el temor de enfrentarse al poder central parecía mayor que el deseo de cambio y hubo poco apoyo a mi planteamiento.

Aun así, con un pequeño grupo nos mantuvimos firmes en la demanda, y conforme se expandía la noticia en el ámbito, quedó claro que el pensar colectivo estaba de nuestro lado y que no se toleraría otra imposición. De esta manera se organizó la celebración del Congreso Extraordinario Agrarista para una votación abierta, transparente y democrática.

Por primera vez en la historia de Zacatecas, las y los campesinos podían decidir quién sería su representante estatal. No era algo menor, ni histórica ni simbólicamente el despliegue del proceso, que era inmenso. Según el entonces líder nacional de la CNC, Héctor Hugo Olivares Ventura, la realización de aquel congreso implicaba la movilización de 140,000 agraristas, que participaron en las 864 asambleas de las 14 regiones del estado. Se organizaron cuatro asambleas del Comité Central Ejecutivo, 56 municipales y 47 para las juventudes agraristas y femeniles; todo esto en más de 700 núcleos campesinos.

El evento se realizó el 24 de enero de 1987. Estaban presentes más de 5,000 diligentes campesinos de todo el estado y se registraron 461 delegados de un total de 493, lo que permitió constituirse en asamblea. En la boleta estábamos tres personas: María del Refugio Calderón González, José Antonio García Leyva y yo.

Se instalaron las casillas en tensa calma. Ante la vista de las y los presentes se mostraron las urnas para garantizar que estuvieran vacías, que no hubiera votos previamente colocados, y en silencio, delegado por delegado pasó a emitir su sufragio. Durante las horas del conteo, me quedé en frente prestando atención. Creo

que se notaba que estaba nervioso, porque cada vez que captaba una mirada de alguien, me hacía señales con las manos de que podía estar tranquilo porque íbamos a ganar.

Finalmente, el líder nacional tomó el micrófono para anunciar los resultados: José Antonio García Leyva, 49 votos; María del Refugio Calderón González, 130 votos; Ricardo Monreal Ávila, 273 votos.

En ese momento, todo parecía paralizarse. Como si las miles de personas hubieran dejado de respirar al mismo tiempo. Las caras reflejaron sorpresa. ¡En verdad habían formado parte de un proceso histórico y exitoso! La mayoría comenzó a buscar al nuevo líder con la mirada. En cuanto me ubicaron, estalló un fuerte y largo aplauso, mientras que mucha gente movía la cabeza en afirmación del resultado. El aplauso no era sólo por mí, sino por el proceso en sí mismo y por cada persona que había votado. Se había hecho valer la democracia y respetado la participación.

A mis 26 años me convertí en líder estatal de una organización con enorme peso político. Me embargaba la emoción. Sentí una profunda satisfacción y agradecimiento, aunque naturalmente advertí la tensión por la enorme responsabilidad y el compromiso que venía con la victoria. Mientras veía las caras llenas de júbilo y esperanza, repetía en mi interior: “No puedes fallarles. No puedes fallar”.

Cuando llegó mi turno de hablar, ignoré por completo las líneas que había preparado en caso de ganar —algo que se volvió costumbre y que hasta el día de hoy me sucede— y traté de transmitir mi compromiso y cercanía con aquellas personas, a quienes percibía como mi gente.

Les aseguré que la organización cambiaría la pasividad y el enclaustramiento derivados de una institucionalidad rancia; que

no permitiría que grupos de presión obtuvieran ganancias de las y los funcionarios o que se actuara fuera de la ley. Bajo mi liderazgo no buscaríamos sacar provecho, sino impulsar el respeto pleno a los derechos de las y los campesinos.

Aseveré lo que hasta hoy sigo creyendo firmemente: que las luchas de facciones dejaron como resultado el empobrecimiento de las zonas rurales. Era urgente lograr un trabajo en unidad, con un solo frente y un mismo propósito. Y al gobernador, que estaba presente, le afirmé que la CNC en Zacatecas ya era democrática e iba a recuperar su prestigio. Con ello, quería mandar la señal de que seríamos una fuerza independiente y no una organización manipulable para fines electorales.

Renuncié de inmediato a mi cargo como secretario de Gobierno y me entregué a lo que sigue siendo uno de los periodos que más he disfrutado en mi vida política. Atendía semanalmente a los campesinos y los fines de semana acudía a los ejidos. Fuimos fortaleciendo la organización y creando importantes mejoras para el sector, por ejemplo, apoyos para la producción, créditos y seguros en los cultivos, una mayor tecnificación del campo y estabilidad en la tenencia.

La victoria que inició esa nueva época para la CNC de Zacatecas y para mí fortaleció mi convicción de cuán importante es la democracia interna para los organismos políticos y el no aceptar la imposición desde las cúpulas. Por ello, no titubeaba cuando nuevamente me encontré ante una decisión autoritaria que impedía un proceso democrático para definir la candidatura para las elecciones por la gubernatura. Era momento de luchar y no callar. Sin embargo, ahora no se trataba de las prácticas de una organización

campesina, sino del presidente de la República y el partido en el poder durante casi 70 años, el PRI.

Los primeros pasos para un nuevo México

En cada parte de Zacatecas se percibía una sensación colectiva de estancamiento y desesperación por generar un cambio. La población no se sentía representada por su gobierno, y para muchas personas era una experiencia de invisibilidad y abandono que no estaban dispuestos a seguir viviendo. Conocía mi estado como poca gente y mi cercanía con el campesinado se había mantenido y profundizado. Tenía experiencias con los retos de la administración pública, y desde 1988 me había adentrado en los procesos legislativos como diputado federal y luego senador.³

Mi visión era transformar este descontento social en propuestas de cambio, que proyectaran con fuerza un nuevo paradigma político en el que se gobernara para la gente y con la gente. Estaba convencido de que la mayoría en el PRI veía lo mismo que yo, y que era posible lograrlo. Por ello, me sentí confiado cuando inicié una larga serie de citas para anunciar mi aspiración de ser gobernador. Primero fui a los ejidos y las comunidades, así como con los grupos sociales y sus dirigentes. Luego acudí a los municipios y con el presidente del PRI. Hasta ese momento, habían respondido a mi aspiración con entusiasmo y declaraciones de apoyo. Esto cambió radicalmente al llegar con el gobernador de Zacatecas que, por supuesto, tenía su propio candidato.

³Por el PRI fui diputado federal de 1988 a 1991; luego senador, de 1991 a 1997, y nuevamente diputado federal de 1997 a 1998.

Asimismo, un año antes, en la elección de diputados federales de 1997, el PRI había obtenido en Zacatecas la votación más alta de todo el país, con casi 75 por ciento. Esto llevó al entonces gobernador a declarar que “con Monreal o sin Monreal, el PRI ganará la gubernatura de Zacatecas; lo demás son sueños guajiros”. Sin embargo, aceptó consultar a la dirigencia nacional del partido que, a su vez, contaba con su propio proceso de consultas.

La respuesta era un “no” que, después entendí, era rotundo. Al principio se argumentaba que era porque tenía 36 años, y era poco común una trayectoria como la mía a esa edad. “Espérate, para que más adelante llegue tu momento”, me seguían repitiendo. Posteriormente, entendí que dicha insistencia estaba relacionada con un asunto trivial: por la asistencia a la presentación de un libro en el Teatro Calderón de Zacatecas, cuya autora, Manú Dornbierer, se había distanciado del presidente y su esposa. Y aunque en esa ocasión defendí a la pareja, nunca se me perdonó lo que ellos consideraban una herejía política: asistir a ese evento académico.

Independientemente de si era uno u otro argumento el que pesaba en la decisión, me costaba trabajo aceptarla ante una situación inédita en el estado y en México, así como ante mis posibilidades de ganar, que me parecían obvias. No acepté, y solicité reunirme con el secretario de Gobernación, Emilio Chuayffet. Tuvimos una conversación constructiva y, aun cuando me repitió lo que ya sabía, también me prometió volver a identificar posibles puntos de negociación. Resultó ser el primero de varios encuentros.

La situación me estaba causando mucho conflicto interior. El PRI era el partido al cual me había afiliado hacía más de 20 años, y con el que había pasado de adolescente a adulto, de estudiante a

profesional, de líder campesino a diputado federal y senador. Me había formado en el Revolucionario Institucional. Era una identidad que también se conformaba por hábitos particulares del partido, por ejemplo, la aceptación de una fuerte centralización, así como un respeto incuestionable a la jerarquía.

Me era difícil aceptar que ese partido, que era mi cuna política, representaba el autoritarismo, la falta de democracia y la lejanía con la gente que tanto había luchado desde el terremoto de 1985. “¿No se dan cuenta?”, me seguía preguntando. “¿No ven que no es cuestión de reparar cosas, sino de que nada puede seguir igual? No funciona. Tenemos que cambiar”. Seguía buscando argumentos convincentes y vías de comunicación para tratar de revertir la imposición.

En este proceso para resolver la situación, una persona del PRD me invitó a conversar en privado. Me platicó que había escuchado de todas mis dificultades y que le daba mucha pena lo que me iba a decir, pero que igual lo haría, y señaló: “el PRI y su cúpula nunca van a cambiar. Lo tienes que aceptar y asumir las consecuencias”. Esa persona era Andrés Manuel López Obrador, el actual presidente de México.

Había escuchado de él, pero hasta ese momento no lo conocía en persona. Me pareció directo, honesto, muy seguro de sí y a la vez sencillo e íntegro. “Ya es momento de que veas que, si te decides, tú le vas a ganar al PRI sobre cualquier candidato, porque la gente está contigo”, me dijo, y me propuso que me uniera al Partido de la Revolución Democrática (PRD) para ser su candidato.

Al igual que él, me sentí confiado de que la mayoría de la gente de Zacatecas y yo estábamos dispuestos a buscar la gubernatura

como fuera, y sin embargo, me pareció una propuesta poco realista. El PRD contaba apenas con aproximadamente el 5 por ciento de los votos, mientras que los demás tenían el 95 por ciento. La respuesta de Andrés fue que, ciertamente, era así, “pero esa situación la podrás cambiar tú”.

Era una decisión vertiginosa. Necesitaba tiempo para pensar.

Resultó importante que aquello coincidiera justamente con las fechas en las que mi familia y yo seguíamos los pasos de millones de peregrinas y peregrinos que una vez al año, entre el 30 de enero y el 2 de febrero, acuden a San Juan de los Lagos para venerar a la Virgen. Mi madre y mi padre —ambos, profundamente devotos— iban cada año, y antes de ellos, también sus padres y madres.

Empezamos la peregrinación en Aguascalientes, caminamos cerca de 100 kilómetros para llegar a la Catedral Basílica de Nuestra Señora de San Juan de los Lagos, por las mismas calles y senderos que se han recorrido desde mediados de 1600, cuando se difundió que precisamente ahí se resucitó a una niña: el milagro de *Cihuapilli*.

Para mis padres, la peregrinación formaba parte de un agradecimiento profundo por lo que la vida nos daba, fuera positivo o no. Al agradecer lo que nos sucede, aceptamos que no es sólo resultado de lo que hacemos y decimos, sino que formamos parte de algo más grande. En ese mismo sentido, me enseñaron que estar bien con Dios era una forma de ser y una orientación constante en la relación con la gente. Mi padre, vinculaba con frecuencia esa relación con las causas sociales y políticas, mientras que mi madre, en cualquier momento del día, espontáneamente, sostenía mi cara con sus manos y me decía: “Teme a Dios, hijo, y ayuda a la gente”.

La manera en que he llevado esa enseñanza a mi vida es con la convicción de que el amor incondicional de Dios se debe reflejar en nuestra aceptación y reconocimiento del valor del *próximo*, en el sentido más profundo. En esto no hay excepciones para mí. Usar las creencias para rechazar a seres humanos porque profesan otra religión, por su preferencia sexual o por tener un estilo de vida que rompe con las percepciones convencionales no coincide con mi práctica de la fe.

Cuando hoy, como cada año, sigo emprendiendo la peregrinación, siento con fuerza la presencia de mi madre y de mi padre en cada paso. Después de las primeras ocho o 10 horas de camino, los pies empiezan a doler, salen ampollas, las rodillas parecen no poder aguantar más el peso del cuerpo y los nervios de la espalda mandan punzadas de agotamiento. A pesar de ello, el camino sigue.

Esos momentos muestran en su justa dimensión que aquello que nos empuja hacia adelante es algo más grande que nuestras necesidades inmediatas. No somos superiores ni en nuestra relación con la gente ni en nuestra vida; no somos personas todopoderosas, sino parte de un cuadro más grande. Consciente de ello, se empiezan a disolver las molestias físicas y la mente se aclara. En esa humildad encuentro mi fuerza.

Así ocurrió cuando inicié la peregrinación con la necesidad de pensar sobre la propuesta de Andrés para convertirme en el candidato del PRD y su alianza, y terminé con la claridad de que no se trataba de mi candidatura, sino de un cambio mucho más grande que yo.

Tuve que reconocer que Andrés tenía razón cuando decía que en el PRI no iban a cambiar. Poco tiempo después, cuando subí a

aquel escenario, las caras de los asistentes, llenas de esperanza, me dieron la respuesta que buscaba. Era claro que junto con la gente había tomado la decisión de luchar por la gubernatura y por el PRI, y que también con ella tomaría la decisión de salir del partido. Convoqué a la población simpatizante del PRI de Zacatecas a una votación en urnas para decidir si nos quedábamos en el tricolor o si nos salíamos.

El 5 de febrero de 1998, a mediodía, se empezó a reunir la gente en la plaza ubicada frente a la sede del PRI. Todas y todos recibían una hoja con la pregunta de si yo debería permanecer en el partido, sólo había dos opciones de respuesta: “sí o no”. Las urnas se llenaron y el resultado fue contundente: “Me voy”, declaré. “Nos vamos”, contestó la gente. Había más de 5,000 exsimpatizantes del partido, y en ese momento de euforia iniciamos una de las marchas más grandes en años. En las calles del centro de Zacatecas sonaban nuestros pasos enérgicos dirigidos hacia un futuro digno y democrático, hacia un México transformado.

Siempre juntos

En todos los sentidos, la campaña era diferente de lo que se conocía. No teníamos grandes comités de coordinación, equipo o asesores. Era la misma gente la que organizaba eventos y mítines. Contábamos con muy pocos recursos, por lo que muchas personas empezaron a llevar fruta, comida, pasteles y agua de sabor a los eventos. En lugar de discursos largos, la campaña tomó forma de diálogos y convivencia. Nunca antes o después he experimentado algo similar. Describiría la campaña con una palabra que no suelo

usar para ese tipo de actos, pero que en este caso es la más precisa: bella. Transmitía colaboración, unión, entusiasmo y confianza en un futuro mejor. No sólo anunciaba un cambio, sino que era el cambio.

¡Y había otro también en María de Jesús, mi esposa! Ella era un ejemplo de cambio, al romper con muchas tradiciones y normas. En una época en que las mujeres tenían poca participación en la política y las esposas de candidatos rara vez alzaban su propia voz, María de Jesús hizo su propio ramo de la campaña. Viajaba sola por todo el estado, montaba eventos y reuniones de diálogo. Al principio iban mujeres para escuchar su perspectiva de las cosas, y luego estos grupos fueron creciendo y multiplicándose. Con eficiencia admirable, se organizaban para realizar más eventos, cocinar para cientos de personas e invitar a la gente de sus comunidades. Dentro de poco, María de Jesús llenaba las plazas y unía a mujeres, hombres, jóvenes y personas adultas mayores. Es indudable que las mujeres son motores que impulsan y generan los grandes cambios.

Me llenaba de satisfacción que en la campaña todo el estado podía apreciar las grandes cualidades de mi esposa que me unieron a ella por siempre: su integridad, su insistencia en ser auténtica y su convicción de nunca fingir para caer bien. También su impresionante capacidad de enfrentar con valentía y sin titubear los retos más difíciles. Y esa mirada madura, sabia y serena que suele reflejar confianza en lo que puedes ser, en lugar de ver lo que te falta.

Su mirada era así desde muy joven. Lo sé porque nos vimos crecer. Su familia es de la comunidad vecina, Puebla del Palmar, a sólo 15 kilómetros de donde yo vivía. Mientras que en mi casa éramos seis hijas y siete hijos, en su casa eran siete hijas y tres hijos.

Y su padre, el señor Juan Pérez, tal como el mío, buscaba agrandar su mundo y aumentar sus oportunidades. En mi casa, mi padre nos llevó libros que fijaron el horizonte más allá de nuestro pueblo. En cambio, el padre de María de Jesús llevó la casa desde la comunidad hasta la ciudad para construirles un hogar en Fresnillo. Sus hijas, decía, tendrían que vivir otras cosas, conocer más gente y no tener que encontrar el amor entre los pocos hombres vecinos. Aún sonrío cuando pienso en lo irónico de que María de Jesús se casara conmigo, siendo justamente de esos “vecinos”, y que seguimos juntos luego de más de 37 años.

Después de su mudanza, la veía con cierta frecuencia cuando atendía el puesto de aguas frescas que pusimos en el mercado de Fresnillo para aumentar el ingreso y solventar los estudios universitarios de mis hermanas, hermanos y míos. A pocos metros trabajaba ella, en el puesto de su familia, que era de Choco Milk. Agua fresca y Choco Milk... sé que para muchas personas que lean esto sonará a *Como agua para chocolate*, el famoso libro hecho película sobre un amor imposible en la Revolución mexicana. Afortunadamente, no fue nuestra historia; al contrario.

En mi segundo año de la universidad, mis actividades con los ejidos me llevaron a Fresnillo un fin de semana. Por la noche fui a un convivio para ver a algunos amigos. Ahí estaba María de Jesús. Algo había cambiado en nuestra relación de saludos amables cuando nos veíamos en los puestos de nuestros padres. En el camino de regreso a Zacatecas, sabía que me iba a arrepentir toda la vida si no me casaba con ella.

Siendo ya novios, le propuse que nos casáramos cuando terminara mi doctorado en 1985. Y así fue, aunque ella dice que nunca

fuimos “novios normales”, porque mi entrega a los estudios y las actividades políticas no nos dejaron mucho tiempo para hacer cosas juntos. Hasta la fecha no somos un matrimonio “normal”.

La vida de una persona que se dedica a la política está enfocada en su trabajo todos los días y todas las horas de la semana. En ningún momento es posible desconectarse de las obligaciones o de las reflexiones constantes de cómo manejar los temas que se presentan y el análisis estratégico de las acciones de otros personajes de la escena política. Ni cuando el cansancio es abrumador ni cuando hay enfermedad en la familia, cumpleaños, bodas o funerales. Las situaciones que surgen, ya sea en la población, la sociedad o entre personas públicas, se tienen que atender de inmediato, a la hora que sea y con las herramientas que se tengan.

No es fácil describir cómo impacta en mi vida la responsabilidad presente en cada momento. Quizá sea cierto que uno se va acostumbrando; sin embargo, en mí nunca ha cambiado la profunda seriedad y responsabilidad con que participo en la toma decisiones que influyen en las condiciones y oportunidades de seres humanos o de un municipio, estado o país completo; es una presión permanente, ello significa que no existe un solo momento en el que su atención deje de ser prioridad sobre cualquier otro asunto. Bajo estas condiciones, la familia sólo puede funcionar si la pareja posee fuerza, resistencia, flexibilidad, disciplina y una extraordinaria capacidad para ser paciente y tolerante. Todo ello y más tiene María de Jesús.

En la campaña, ambos requeríamos de esa fuerza, no sólo para aguantar el ritmo y las largas jornadas, sino también para enfrentar

una guerra sucia brutal, que tiene efectos hasta este momento, 26 años después.

El MURO 98 se derrumba

Es común escuchar que en la política no se debe tomar como personal lo que se hace en tu contra. Me parece más un ideal que una realidad, pues con frecuencia la política se convierte en herramienta para ofender, vengarse o desprestigiar a otras personas. Hoy en día sé cómo es vivir eso, sí, desde la voz de un individuo o un grupo, hasta la de un partido o de un presidente. Conozco las grandes consecuencias de ir en contra de las tendencias autoritarias.

Desde antes de salir del partido ya me habían advertido en Gobernación que me disciplinara, y que si no, habría consecuencias. Ciertamente, pocos días después de tomar la decisión, la presidencia nacional del PRI denunciaba públicamente y, sin aportar prueba alguna, que yo tenía vínculos con narcotraficantes en Zacatecas. Era un primer aviso de lo que me esperaba; no obstante, en lugar de ocultarme, obedecer y callar, convoqué a conferencia de prensa para informar a la población que el partido preparaba un expediente en mi contra y de qué se trataba.

Durante años continuaron con las mismas acusaciones sabiendo que, con el tiempo, la repetición puede parecer una verificación de los hechos. Todavía se mencionan aquellas calumnias, 26 años después, y a pesar de que hasta la fecha sigue sin haber prueba alguna, me ha representado daños morales y políticos irreversibles. Me parece absurdo que en el PRI no hicieran un esfuerzo para

cumplir sus promesas a la gente de México, pero sí sus amenazas a quienes la defendíamos.

Sin embargo, ninguna parte de su intensa campaña de desprestigio alcanzaba la misma dimensión y gravedad del plan que desarrollaron —por instrucciones del presidente Ernesto Zedillo— para arrebatarse la elección de manera ilegal.

Andrés recibió información confidencial sobre sospechas serias de que el PRI planeaba cometer fraude electoral, y decidió actuar de inmediato. El presidente Zedillo y él tuvieron seis reuniones, que fueron subiendo de tensión y tono. Andrés insistía en que la democracia fuera respetada, no sólo en Zacatecas, sino en todo el país, mientras que Zedillo al final trató de resolver la situación en la forma que se acostumbraba entonces, ofreciéndole incluso un consulado en Miami a cambio de dejar de lado la democracia.

Por vías desconocidas, recibimos un documento que confirmaba todas las sospechas del fraude electoral que se planeaba. “MURO 98, capítulo Zacatecas”, se titulaba, y contenía detalles escalofriantes de las acciones que deberían seguir, cómo manejar las casillas, seleccionar representantes y funcionarios electorales y mucho más. El día de la elección, Andrés tomó la decisión de llamar directamente a Los Pinos, entonces residencia presidencial. Cuando Liébano Sáenz, secretario particular del presidente Zedillo, contestó el teléfono, Andrés le contó que poseía la información sobre su plan del fraude electoral en Zacatecas. “Dile al presidente que tengo grabaciones que confirman el operativo. Infórmele también que, si no da marcha atrás y desiste ahora mismo del operativo, voy a dar a conocer públicamente las grabaciones”. Su interlocutor

le respondió: “Ten confianza, Andrés Manuel y espera el reporte en la televisión a las 10 de la noche”.

Aquellas horas de incertidumbre fueron las más angustiantes del proceso electoral. Al mismo tiempo, fue también el momento que me dejó claro que, independientemente del resultado de las elecciones, el proceso había generado un vínculo estrecho con Andrés y el movimiento que abanderaba. Él defendió la voluntad popular de las y los zacatecanos y, con sus actos, dejó la vía libre para un cambio profundo y democrático en nuestro estado. Esa voluntad popular se reflejó en las urnas. Gané con el 45 por ciento de los votos, con un margen del 7 por ciento respecto al más cercano competidor. Ya era gobernador Zacatecas.

Lo que se conoció como mi rebeldía contra la imposición y el autoritarismo fue el inicio de una ola democrática que se reflejaba en las elecciones de otros estados y que terminó por derrumbar al PRI.

Sin embargo, se debe recordar que ninguno de estos momentos históricos habría sucedido si no se hubiera escuchado a la gente.

¡Escucha!... porque los cambios siempre se anuncian.



► Toda mi vida he nadado a contracorriente y a veces se requiere protestar contra el sistema establecido. En la imagen, preparándonos para una marcha, dialogo con el exgobernador de Zacatecas, Guadalupe Cervantes Corona.



IV

REBELDÍA Y CORRIENTES





▲ En Zacatecas, miles de militantes del PRI se unieron conmigo en la protesta contra la falta de procesos democráticos al interior de ese partido. Desde entonces me dicen "rebelde".

“Nadar a contracorriente” significa, simbólicamente, que una persona dice y actúa de una manera que difiere o va en sentido opuesto de las opiniones y tendencias de la mayoría.

Desde que tengo memoria, he nadado a contracorriente. Pero ello no significa estar constantemente en desacuerdo con las y los demás. Tampoco se trata que todo me resulte difícil o que la gente esté siempre en mi contra. No soy ni víctima ni antagonista.

Para mí, llevar una vida a contracorriente significa que en todo momento estoy dispuesto a resistirme al flujo del caudal por un instante, para ver todo desde otra perspectiva que no sea la que en ese momento domina. Estoy dispuesto a decir en voz alta lo que la mayoría calla, a cuestionar lo que aparenta ser lo único correcto, a parar lo que se quiere aprobar sin reflexión y a tomar el riesgo de exponer lo que no queremos ver.

En ocasiones, esto implica pronunciarse o actuar en contra del sistema establecido, como cuando luché por tener procesos democráticos en las elecciones, ya sea en la CNC de Zacatecas o en el PRI. Por ello, muchos empezaron a conocerme como “rebelde”. Ciertamente, he

tenido momentos de rebeldía; sin embargo, muchas veces en mi vida política debí actuar en formas que difieren de la mayoría, sin que haya implicado una desobediencia contra la autoridad o el sistema establecido. Lo he hecho incluso cuando esa mayoría pertenece a mi propio grupo político. En tal sentido, ir a contracorriente es algo más amplio que ser rebelde.

Es una manera de *estirar* la mirada y, por tanto, también el mundo que vemos. Nos permite ver opciones que no habíamos contemplado y con ello ganamos posibilidades de elegir. Eso, para mí, aumenta nuestra libertad.

Me han preguntado incalculables veces por qué soy así, y no sé qué explicación dar. Puede haber muchas razones.

Es muy probable que el ir a contracorriente provenga de que mi padre, quien —como saben— nos insistía a mis hermanas, hermanos y a mí que debíamos planear y lograr lo que parecía imposible: tener educación universitaria, a pesar de ser 14 jóvenes que nacieron y crecieron en la pobreza del campo. No sólo nos empujó con disciplina a que lo intentáramos, sino resultó que lo “imposible” era posible.

También puede haber influido que nuestro desgaste en el trabajo, las carencias y los sufrimientos no fueron percibidos en casa como sacrificios o justificaciones para sentir pena, sino como medios para que, como individuos, alcanzáramos un fin mayor.

Además, teníamos que actuar para mejorar la condición de vida de mucha gente. Incluso, como he comentado, esa sensación profunda de deuda con las personas que no han tenido las mismas oportunidades, me ha impulsado a hacer cosas que en otras circunstancias no creo siquiera haber imaginado. Mi historia a contracorriente también se relaciona con el renovado compromiso de

mi estancia en esta vida, que surgió de sobrevivir el terremoto, así como de mis largas caminatas en el campo —tierra de sueños e ideas libres—, donde podía pensar y repensar escenarios, imaginar oportunidades y crear las rutas ficticias para llegar a ellas.

En fin, no sé cuál de estas razones tiene más peso sobre el porqué suelo nadar a contracorriente, o en qué orden y combinación ofrecerían una explicación satisfactoria para quienes me lo siguen preguntando. Más que ocuparme del “por qué soy” así, me interesa el “para qué lo hago”.

Antes de describir mis razones, es importante aclarar que, sin las corrientes, ni siquiera poseeríamos cultura. Adaptarnos a las tendencias y las percepciones colectivas nos permite sentir pertenencia, tener identidad e historia. Es algo que hacemos incluso instintivamente, adaptarnos a lo cotidiano para poder formar parte de lo colectivo. Esos ajustes, a su vez, conducen paulatinamente a cambios en nuestra sociedad; así ocurre, por ejemplo, con muchos aspectos de la tecnología. Hemos integrado poco a poco los celulares, el Internet y los servicios en línea. Los ajustes llevan a otros cambios, que requieren que nuestras instituciones y leyes se actualicen. Por ello, ir a contracorriente no puede ser una conducta permanente, sino un acto que se ejecute en momentos o situaciones específicas.

Para mí, existen en particular tres tipos de situaciones en las cuales decido no seguir las tendencias y nadar a contracorriente.

El primero, que es el más frecuente, abarca los momentos en que percibo que la inercia de la corriente nos lleva a asumir lo que es correcto, sin los suficientes cuestionamientos. A menudo, cuando más de acuerdo parecemos estar —sea en la sociedad o en un grupo—, es cuando más se nos olvida preguntar, pero el cuestionamiento es

un motor importante para crear mejoras y progreso en lo pequeño al igual que en lo grande.

Cuestionar requiere que tengamos apertura para frenar un instante, resistir la corriente y, por ejemplo, integrar la perspectiva de otros actores o preguntar qué excepciones pudiera haber a lo que asumimos como correcto. No obstante, suele pasar que este tipo de cuestionamiento se percibe como provocación, crítica o diferencia. En ocasiones se entiende también como una forma de mostrar duda, una señal de debilidad y hasta un desgaste innecesario.

Sin embargo, como presidente de la Junta de Coordinación Política del Senado, este tipo de “pausa de reflexión” fue esencial para el cumplimiento de mi compromiso de mejorar el país y la vida de la gente. Lo he propiciado gran cantidad de veces, por ejemplo, con las reformas sugeridas para la revocación del mandato, la Guardia Nacional, así como la Ley Federal de Cinematografía y el Audiovisual.

La importancia que doy a esta forma de resistir por un instante la inercia de la corriente, también implica para mí. En ocasiones, el convencimiento de los principios que están detrás de mis propuestas me ha dificultado tener una mirada lo suficientemente amplia para ver o entender otras perspectivas. Para lograrlo, someto mis planteamientos a la visión de personas que tienen otras perspectivas, distintas de las mías. Así sucedió cuando propuse reducir costos para el Estado a través de una fusión de los órganos reguladores de energía, telecomunicaciones y de competencia económica en un solo regulador, bautizado como Instituto Nacional de Mercados y Competencia para el Bienestar (Inmecob).

Hubo muchas críticas a este planteamiento y terminé haciéndole caso a las personas expertas que consulté, pues comprendí que aque-

llo no era la vía para acortar gastos. Como la gran mayoría de la población, tengo la convicción de que la austeridad debe ser un principio que rija la administración pública; sin embargo, puede haber situaciones en que la reducción de costos no conlleva mejoras. En este caso específico, diversos sectores me señalaron que había asumido beneficios de mi propuesta que en realidad eran todo lo contrario.

Contaba con los votos suficientes para que prosperara mi proyecto, pero tener la mayoría no siempre significa tener la razón, por lo que decidí retirarlo.

Estas experiencias son importantes para mí, porque subrayan que ir a contracorriente y mantener el pensamiento libre e independiente también implica un proceso constante de autocritica, para saber en qué momento tengo que parar y cuestionarme.

Es un proceso que incluye el segundo tipo de situaciones de ir a contracorriente, en que busco mejorar algo, a pesar de que la mayoría concuerda en que ya está bien. En muchas ocasiones esto es percibido como crítica, un intento de complicar las cosas o una falta de valoración del buen trabajo que se ha hecho. Sin embargo, esa no es mi intención al pedir que vayamos más allá, sino de fluir con una corriente favorable de resultados aceptables.

Quizá sea una versión distinta de la frase que mi padre nos decía a sus hijas e hijos: “hoy no se hizo nada”, a pesar de nuestro empeño. Cuando pienso que podemos hacer un mayor esfuerzo, voy a contracorriente, sin importar que ese extra no sea valorado ni aceptado. En mi reciente posición en el Senado lo hice con el proceso de lo que se conoce como la ley del *outsourcing*, o la eliminación de la subcontratación laboral, en el que recomendé

realizar un Parlamento abierto para seguir mejorando la propuesta a través de la integración de todos los sectores involucrados.

Fue similar con la reforma para y por el Poder Judicial, institución que había hecho una labor grande e importante para crear una buena propuesta. Sin embargo, faltaba la perspectiva de otras instancias y de la sociedad civil, que podrían mejorar la iniciativa. Debo confesar que ese trabajo aún está incompleto y se mantiene un doloroso déficit de justicia en el país. En esa, como en tantas otras ocasiones, voy a contracorriente para buscar lo mejor.

El tercer tipo de situaciones en que voy a contracorriente es cuando se distorsionan y dañan los procesos democráticos que sustentan nuestro país y su progreso. La construcción aún persistente de una democracia en México beneficia ampliamente a la población, y a la vez ha sido una lucha costosa que se refleja en cada parte de la sociedad, sus instituciones y procesos. La gente marcada por la pobreza anhela un entorno democrático, con derechos, una sociedad equitativa y con futuro.

Esa lucha no ha terminado y no podemos ir para atrás. Como demócrata incondicional, estoy dispuesto a actuar con rebeldía—con todo lo que implica— cuando se ponga en riesgo el avance que hemos logrado o cuando dejemos de cuestionar las prácticas que sólo en apariencia son democráticas.

Precisamente por ello luché en 1986 para que se sustituyeran los métodos antidemocráticos de elección de las y los representantes de la organización campesina en Zacatecas. Luego, entre 1997 y 1998, lideré ahí mismo el movimiento que expuso el autoritarismo al interior y exterior del PRI, mostró que era posible derribarlo e hizo camino para su caída definitiva en el año 2000.

Esto es algo que quizá haría la población, la sociedad civil o la oposición, pero que rara vez realiza una persona que forma parte del partido en el poder, que suele cuidar su posición y pertenencia. No obstante, desde mi perspectiva, al interior de los bandos políticos es aún más necesario mantener vivo el cuestionamiento crítico, como remedio principal contra la ceguera que puede causar el poder.

Esa convicción también me acompañó en 2017, cuando me opuse, critiqué y busqué generar cambios en mi partido, Morena, del cual soy fundador. Esto ocurrió cuando reconocí que estaban regresando las prácticas de imposición y falta de transparencia en los procesos de elecciones internas; es decir, aquellas que nos movilizaron en contra del PRI ya mostraban su cara en Morena, ahora con miras a las elecciones para la Jefatura de Gobierno de la Ciudad de México y para las que hubo un proceso cuestionable de votación al interior.

En línea con mis argumentos de 1987 y 1997, sigo pensando que la falta de coherencia y transparencia no sólo lastima la confianza de la población en los partidos políticos y su capacidad de ser democráticos, sino que también genera fracturas, conflictos internos e ineficiencia. Fue precisamente lo que sucedió en el 2017, y hasta la fecha Morena sigue padeciendo las consecuencias de la división en bandos internos.

Hoy mismo el partido continúa sufriendo esas prácticas de procesos hechos a modo, ahora para la nominación de candidata o candidato de las elecciones en 2024 para que Morena siga ocupando la presidencia. Yo competiré, y veo una luz al final del túnel de que eventualmente podrá haber apertura a una competencia democrática.

En el mes de septiembre de 2021, cuando Andrés, en carácter de presidente de México, destapa quiénes son las personas elegi-

das por él como sus posibles sucesores, también desnuda una grave exclusión que espero se corrija antes del inicio del proceso, ya que, como en 1997-1998, me parece incongruente que un partido político, sea cual sea, no busca que sus procesos internos reflejen los principios democráticos.

¿Cómo convencer a la población de que tomamos los principios democráticos con la seriedad y compromiso requeridos, si son los mismos que desdeñamos en nuestro funcionamiento como partido?

Además, ¿qué consecuencias deja para la formación de las y los jóvenes políticos si, a pesar de su preparación, trayectoria y resultados no tendrán una oportunidad real de competir? ¿Con qué cara acercamos a las juventudes al servicio público y a la política si no existen procesos justos de competencia?

Hace tiempo he tenido la claridad de que mi larga preparación y los más de 46 años de servicio público en áreas clave para la población y el país, me posicionan como una de las personas con mayor capacidad para llevar a México adelante hacia un futuro próspero y con justicia social. A pesar de mis legítimas aspiraciones confié en que se me incluyera y se me diese la oportunidad de participar.

Primero luché para tener acceso a participar en la contienda, lo que se me negó durante meses. Las y los lectores que han seguido mi trayectoria, saben que he mantenido una posición crítica frente a esa exclusión. Cuando la situación estaba acercándose a lo insostenible, Andrés decidió incluirme en el grupo de aspirantes a los que él llama “corcholatas”.

Sin embargo, esta decisión no resolvió la situación, sólo cambió la escena de los obstáculos definidos para impedir que personas con el

pensamiento crítico y libre como yo puedan ser elegidas. Al momento de escribir estas líneas, las condiciones siguen caracterizadas por una gran desigualdad, especialmente en las dos variables con valor crítico en una competencia política: el tiempo y el recurso económico. Siempre he hecho política sin recursos económicos, pero no sin el tiempo necesario. Es la primera vez que me movilizaré sin tiempo y sin dinero, es decir, otra vez a contracorriente.

No hay piso parejo, y por más que lucho, el sistema da ventaja sólo a algunas personas predefinidas. A pesar de ser incluido en la lista de aspirantes, ha sido sin medidas o procedimientos para compensar los meses de promoción que ya han tenido las otras personas de la contienda, sin embargo, me mantendré participando porque creo en el movimiento y en el presidente, y sé que al final se impondrá la necesidad de la unidad y la apertura.

Es difícil, frustrante y decepcionante. Si continuamos con la metáfora de nadar, he vivido estos meses como si estuviera nadando en mar abierto, y cada que estoy a punto de llegar, la costa parece volver a alejarse. A pesar de haber medido mi uso de fuerza para alcanzar la meta, ésta se mueve todo el tiempo.

Esta situación no es exclusivamente mía, y no es especial o más importante por tratarse de una elección presidencial. Más bien, es la experiencia que vive la mayoría de las mexicana y los mexicanos todos los días, porque no existe piso parejo en nuestro país. Por más que se trabaja y se emprenden esfuerzos, esto no necesariamente lleva a una oportunidad real, porque aún no existen las medidas y dinámicas que aseguran que haya justicia social.

Tengo claro lo que está en juego. No es mi candidatura solamente, se trata también de la selección simbólica de cualquier

persona en México. No es el procedimiento del partido, sino de todos los procesos democráticos que nos impulsan a tener piso parejo para participar en nuestra sociedad de manera equitativa.

En cada una de estas rebeldías he actuado con los ojos abiertos. Pocas personas de la vida pública en México conocen tan bien como yo las consecuencias de ir a contracorriente. Después de que el presidente Ernesto Zedillo, en 1998, me advirtió que él y el PRI iban a dañar mi imagen por siempre, y se empeñó durante años en desacreditarme y tratar de convertir mi congruencia y rebeldía en ejemplos de traición y cobardía. Así también ha sido en estos últimos años, en los que ejercí mi inconformismo y cuestionamiento sobre las injusticias de mi propio partido. En todo momento supe que esto me llevaría a momentos de exclusión, rechazo, humillación y acusaciones de ser “traidor”.

Con la integración de las redes sociales como herramientas principales en la comunicación política, las campañas de desprestigio se amplían y se optimizan. Es de conocimiento común que entre más se repita una idea, más puede asumirse como verdadera. Tampoco es secreto que *bots* contratados se encargan de esa repetición que ahora es “la verdad” en su nueva versión.

En esa dinámica, ni yo ni nadie puede defenderse sin tener acceso a grandes recursos económicos, pero, aun si los tuviera, no estoy seguro de que la mejor manera de invertirlos fuera gastarlos en una competencia desequilibrada y desleal definida por las grandes plataformas virtuales. Esas guerras sucias que se despliegan en las redes sociales y también entre personajes de la política, fácilmente forman parte de las fuerzas que atentan contra los procesos democráticos que tanto me empeño y pongo en riesgo por cuidar.

En el universo de los deportes, nadar a contracorriente es una técnica que se aplica en mar abierto o en las albercas que cuentan con la tecnología para generar el flujo de agua con la potencia necesaria. Es una de las técnicas más eficientes para estimular cada músculo en el cuerpo, así como fortalecer la capacidad de resistencia de una persona.

A toda la gente en México y en el mundo que nadamos contra las corrientes, que dañan nuestro diálogo social y esfuerzo democrático nos toca resistir y mantener la mirada fija en las razones que nos hicieron asumir los riesgos para hacerlo. Así es actualmente para las mujeres jóvenes que han tomado las calles para seguir exponiendo una cultura masculinizada dominante que no se quería cuestionar; las y los denunciante que evidencian los laberintos de poder, conspiración y corrupción; el gremio científico que durante décadas siguió alertando sobre el cambio climático, aunque nadie pareciera escucharlo; las personas que recientemente rompen con los tabúes y exponen sus retos de salud mental, abusos o adicciones, en lugar de callarlos, y tantos, tantos casos más.

Cada persona que resiste y cuestiona, aporta a que la corriente colectiva se siga ajustando para ir en la dirección que queremos.

De la misma forma que estudié porque pude, porque tuve la oportunidad, en contraste con mis padres y millones de otras personas en México, voy a contracorriente porque puedo. Sí, *puedo*. Y aquí sigo, a pesar de las grandes consecuencias que ello ha tenido para mí, mi familia, colaboradores y simpatizantes. Y seguiré, porque podemos soportar mucho más, y merecemos que México y su gente tengan una oportunidad real.



▲ Al igual que como gobernador de Zacatecas y como delegado político de la Cuauhtémoc, en la Ciudad de México, hice jornadas de diálogo cada semana, donde mi equipo y yo escuchábamos y atendíamos a la gente.



V

GOBERNAR PARA LA GENTE Y CON LA GENTE



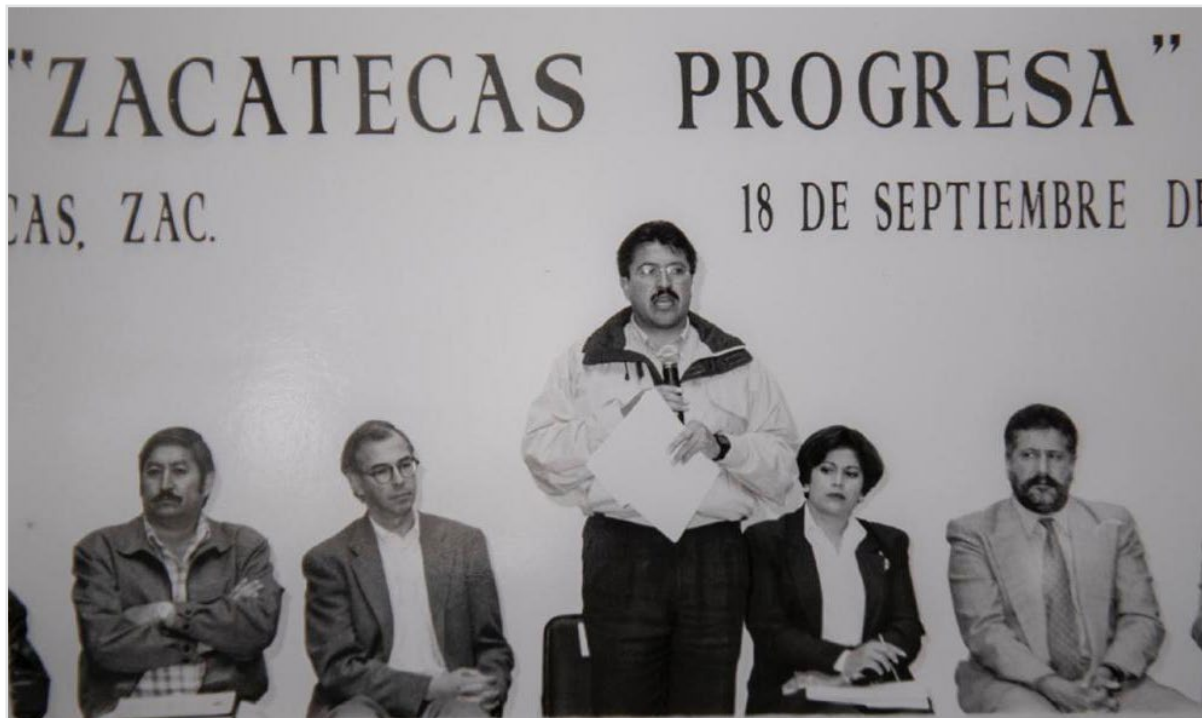


▲ Al ganar las elecciones en 1998 para encabezar el gobierno de mi natal estado de Zacatecas, Andrés Manuel López Obrador levantó mi mano y entre ambos, sorprendida, mi hija Caty.



▲ Al tomar posesión como gobernador del estado de Zacatecas, uno de los primeros en felicitarme fue mi padre. Nunca olvidaré sus enseñanzas para luchar por la gente del campo.

▼ Se logró una impresionante transformación de Zacatecas; ésta llamó la atención a niveles nacional e internacional.





◀ Ya como gobernador, al igual que lo hice en los ejidos y en las comunidades, continué con los recorridos a pie para estar cerca de la gente. En éste, me acompañan María de Jesús y Caty, mi hija.

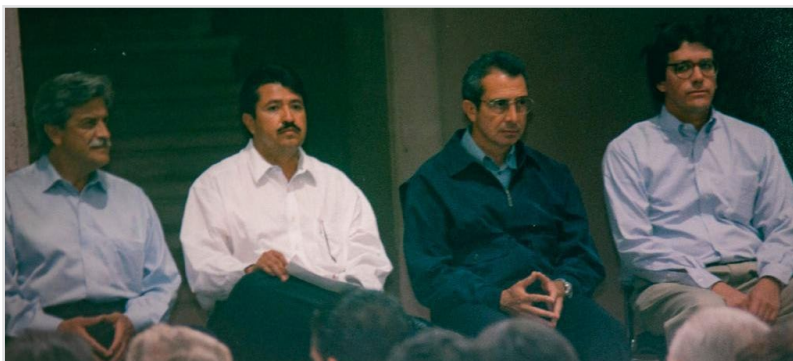
▼ Se dice que actuar en la política afecta la vida en familia. Nosotros aprovechamos cada oportunidad para estar juntos.



▲ La convivencia con la ciudadanía era fundamental.



◀ Años después de renunciar al PRI y ganar las elecciones para gobernar Zacatecas, el expresidente de México, Ernesto Zedillo, continuó difamándose. No obstante, siempre gozó de mi cortesía.





▲ Para conocer las necesidades y los problemas de la gente, recorrí cada rincón de la Cuauhtémoc.

▼ Experimenté el apoyo de los taxistas y de la ciudadanía en general.





▲ Desarrollé con la comunidad LGBTQ+ el primer programa contra su discriminación en la capital.

▼ La Cuauhtémoc fue la más afectada en el terremoto de 2017.
Hubo pérdidas trágicas y edificios en ruinas.





▲ Andrés Manuel López Obrador fue quien me propuso postularme como candidato para encabezar la delegación Cuauhtémoc. Resulté ganador en las elecciones y terminamos celebrándolo.

Zacatecas, 1998

Aquí habitan 1.3 millones de personas en un área de 75,000 kilómetros cuadrados. Es uno de los lugares del país en que sus habitantes viven más lejos entre sí. La mayoría mora en casas, aunque éstas con frecuencia tienen piso de tierra, techo de lámina y no cuentan con agua potable. Llama la atención que la desigualdad no es tan marcada, lo cual se debe a que la mayoría de la población tiene una vida en condiciones similares, pero no por ello óptimas.

El 60 por ciento de las y los habitantes no cuenta con los ingresos suficientes para adquirir la canasta alimentaria o realizar los gastos necesarios en salud, vestido, vivienda, transporte y educación. Además, el 30 por ciento vive con un ingreso debajo de la línea de bienestar mínimo, lo que implica que aun al hacer uso de todos sus ingresos en la compra de alimentos no puede adquirir lo indispensable para comer adecuadamente, mucho menos tres veces al día.

Gran parte de las y los zacatecanos no tienen posibilidad de acceder a servicios de salud cuando se enfer-

man. La mayoría de la gente que enfrenta estas condiciones vive en el campo. Se levanta cada día a cultivar la tierra para vender sus productos: frijol, maíz, chile y ajo. La venta no depende sólo de los precios de mercado, sino también del clima. Con frecuencia hay inundaciones y sequías fuertes que implican terribles consecuencias para la población del ámbito rural. Sin lluvia no hay cultivo, sin cultivo no hay comida. La probabilidad de que su futuro sea diferente es muy baja.

Los caminos entre los pueblos y las ciudades están en mal estado y el polvo cubre a los vehículos que van dejando huellas en la tierra rojiza de Zacatecas. Todo parece estar lejos. Las escuelas, los hospitales, los trabajos... y el gobierno. Para poder estudiar, las y los jóvenes se trasladan varias horas. Quienes viven en la ciudad tienen la preparatoria y la universidad más cerca, pero no significa que éstas sean más accesibles. Estudiar requiere que la familia se quede sin alguien que aporte económicamente al funcionamiento del hogar. En aquel año, apenas el 0.97 por ciento de la población del estado cursaba estudios de nivel universitario. No hay duda de que las familias necesitan más ingresos, en particular porque casi el 70 por ciento de la población trabaja sin contratos o salarios formales, y cada vez más gente decide dejar atrás esta situación difícil y buscar oportunidades lejos de casa —mucho más lejos—, hasta Estados Unidos

En los últimos cinco años, más de 50,000 personas originarias del estado se fueron a vivir a otro país. Mandan dinero a sus familias cada mes, con una vida que sólo se parece a la que dejaron por las larguísimas jornadas de trabajo. Pero no tienen la convivencia de sus lugares de origen, en donde siguen los bailes; las comidas

grandes en familia o en la comunidad; las caminatas al aire fresco; las peregrinaciones para ver al Santo Niño de Atocha o las fiestas religiosas que unen a las y los zacatecanos.

En las ciudades hay tiendas bien surtidas, conciertos, oficinas de empresas, centros culturales y servicios del gobierno. Gran parte de la población puede ir a los cafés y restaurantes para comer. En todo el estado hay una creciente participación de la iniciativa privada que, más allá del sector comercial, incluye un centenar de escuelas y hospitales, además de algunos negocios importantes para el turismo, como restaurantes y hoteles. Sin embargo, la sociedad zacatecana enfrenta una situación difícil: la economía no crece, hay poca inversión nacional e internacional y es difícil encontrar perspectivas de cambio en el horizonte.

La situación de inseguridad está empezando a afectar más la vida cotidiana. Para el gobierno central de México, Zacatecas no parece ser tan importante. Su gente se siente incluso abandonada y olvidada. El estado se encuentra lejos del centro de poder, del sitio donde se toman las decisiones, donde están los grandes negocios y donde se manifiestan las nuevas tendencias del país y del mundo.

Delegación Cuauhtémoc, Ciudad de México, 2014

Mire a donde mire, siempre hay gente en las calles. No importa si son las tres de la tarde o de la madrugada. Más de 5 millones de personas se mueven por la zona para cruzar a otras partes de la ciudad, ir al trabajo, hacer trámites en las instancias gubernamentales, comer o participar en la vida nocturna. Aquí viven casi 532,000 personas en

un área de 32 kilómetros cuadrados, distribuidos entre 33 colonias. La mayoría reside en edificios de muchos colores, aunque existen todo tipo de viviendas, desde departamentos pequeños de interés social hasta las antiguas haciendas remodeladas que cuestan millones de dólares.

Llama la atención la gran diferencia que se nota en el aspecto físico de las y los habitantes de la delegación Cuauhtémoc. Existe una gran mezcla de etnias, tipos, estilos y modas, en particular en las calles de las colonias Roma y Condesa, donde incluso hay tantas personas con aspecto extranjero que ya no parecen llamar la atención. Incluso se pueden escuchar idiomas diversos, como inglés, alemán, sueco, ruso y francés.

Las vidas de la gente de la Cuauhtémoc son muy distintas. Mientras que algunas colonias reflejan las últimas tendencias de moda con una población que tiene salarios superiores a los 30,000 pesos mensuales y donde el 35 por ciento de las y los habitantes cursaron una licenciatura, en otras colonias los recursos alcanzan apenas (y siendo optimistas) los 5,000 o 6,000 pesos al mes. Aquí se encuentran las torres más altas de la Ciudad de México, pero también el mayor número de población en situación de calle. Se perciben grandes contrastes.

En este pequeño territorio de la Ciudad de México todo parece estar cerca. En sólo unos minutos se encuentran escuelas, universidades, centros médicos, clínicas públicas y privadas, oficinas, empresas transnacionales, hoteles de lujo, tiendas de ropa, diseño y arte. El área es famosa por sus restaurantes y vida nocturna. Con sus casi 7,000 lugares de alimentos, tiene una de las concentraciones de restaurantes más grande del país. Abarca desde los muchos locales con comida corrida, hasta cafés y restaurantes de alta cocina

con reconocimiento internacional. A esto, se suma el número más alto de museos y teatros de la Ciudad de México, con 91 y casi 70, respectivamente.

En todos sentidos, la Cuauhtémoc es fuente de riqueza cultural y turística, con una enorme concentración de actividades sociales, culturales y económicas, incluidos el comercio de mayoreo y menudeo en el Centro Histórico y en las zonas de La Lagunilla y Tepito, así como en los 19 mercados, como los de San Juan —el de Pugibet y el de Arcos de Belén— o los de Medellín y de San Cosme. En términos de patrimonio cultural, concentra el mayor número de inmuebles con valor histórico, arquitectónico o cultural. Casi el 10 por ciento de sus 190,000 inmuebles están catalogados.

En el 2014, los resultados turísticos de la delegación fueron muy buenos y la derrama económica del sector fue una fuente importante de sus ingresos: en ese año se capturó al 60 por ciento de quienes visitaron la ciudad y se obtuvieron casi 40,000 millones en favor de la demarcación. El turismo fortaleció su posición como centro económico. Las delegaciones Cuauhtémoc, Miguel Hidalgo, Cuajimalpa y Álvaro Obregón concentraron casi el 80 por ciento de las actividades económicas, aportaron más del 95 por ciento de los empleos, pagaron el 98 por ciento de las remuneraciones y generaron el 73 por ciento de la producción total de la Ciudad de México. Sólo la Cuauhtémoc generó la quinta parte de empleos de toda la capital del país, y una cuarta parte del Producto Interno Bruto (PIB) de la ciudad. Por eso se le llamó “la capital de la capital”.

Además de ser un centro económico y de productividad, también lo es del poder público de México, al encontrarse aquí el Palacio Nacional; la Cámara de Senadores; la Procuraduría Gene-

ral de la República; la Cancillería; la sede del Gobierno de la Ciudad de México y otra centena de edificios institucionales, donde se toman las decisiones más importantes para el país. Por ello, también es el núcleo de manifestaciones ciudadanas que buscan atención y resolución a temas específicos. Es indudablemente uno de los lugares más complejos de México.

Lo anterior ejemplifica cómo el nuestro es un país de diversidad y contrastes. La gente tiene vidas muy distintas en lugares con características tan diferentes que puede ser difícil comprender que forman parte de un mismo país, con un mismo pueblo. Del desierto a la selva, de la sierra a la costa, del frío al calor, del campo a las ciudades, de la pobreza a la riqueza. Todas y todos reconocemos fragmentos de estas realidades como nuestra propia existencia, y a través de otras personas captamos un vistazo de lo que viven los demás.

La gran diversidad de México se estudia, se ve reflejada en películas y en otras expresiones o se percibe en visitas fuera de casa. También se toma en cuenta en los programas gubernamentales para ayudar a subsanar las necesidades de la población, así como los grandes planteamientos del manejo de la economía, la educación y la salud. Se menciona en discursos, que con frecuencia reducen las diferencias y los contrastes a una sola cuestión de desigualdad. En la política, nuestras realidades diversas fácilmente se vuelven grupos que atender y metas por satisfacer.

Difícilmente se integran realmente la diversidad y los contrastes en nuestro pensar y actuar. Es decir, en pocas ocasiones se activa la diversidad de la gente en las visiones y resultados. Quizá mi vida me hizo verlo diferente, pues ha sido un movimiento entre contrastes.

Así, empecé encargándome del cultivo y el ganado, para después estudiar el doctorado. Fui un líder campesino que se hizo diputado, senador y más tarde gobernador. Años después de fundar el partido político que hoy gobierna a México, los habitantes en la delegación Cuauhtémoc de la Ciudad de México me eligieron como su autoridad. En este sentido, la descripción de Zacatecas y de la Cuauhtémoc es también el relato de cómo mi vida es resultado de la gran diversidad y realidad contradictoria de la nación.

Por ello, conozco la distancia que ahora se tiene que vencer para tener una oportunidad real. Y no se trata sólo de un trayecto del campo a la ciudad o del desempleo a ingresos dignos. Es mucho, mucho más que ello. Es disolver una división social, que impide que nos percibamos como personas con valor, con los mismos derechos y oportunidades de participar en la vida de este país, que es nuestro hogar y lugar de pertenencia.

También es lograr entender que los problemas de México son compartidos, independientemente de si nos impactan en forma directa o no. Es asegurar que nos escuchemos y nos veamos. Y me refiero a vernos en verdad. Cuando estamos físicamente alejados, es difícil mirar el rostro de la gente; de manera similar, la separación social no nos permite vernos. No se trata de pasar la mirada para registrar la apariencia de otra persona o un grupo de la población. Más bien, observar realmente a la gente es hacerla sentir vista.

Ante esta división social, es fácil sugerir la unión como el camino de reparación. Pero no lo es. Hay algo antes de ello que no podemos brincar o ignorar. Grupos sociales de realidades tan distintas que en ocasiones apenas se cruzan y no tienen camino de unión, pues las condiciones para *unirse* no son favorables entre

desiguales. Cuando no tienen conocimiento unos de otros, no se ven y no se escuchan. Incluso, las percepciones de “nosotras y nosotros” y “ellas y ellos” con frecuencia son penetradas por la idea de ser grupos históricamente opuestos que tienen que abatirse para ganar.

Para poder aspirar a una unión, primero se debe buscar esa reconciliación que construya diálogo y colaboración para la solución de problemas compartidos y beneficios distribuidos. Por supuesto, no se logrará repitiendo los mismos mecanismos que crean y fortalecen la división social. Requiere una forma de gobernar que en muchos aspectos se distingue de otras que más conocemos.

Todo esto lo tenía claro cuando gané las elecciones para gobernador en el Zacatecas de 1998, y esa misma noche hice el primer llamado de reconciliación.

Una obra de todas y todos

Considero que lo sucedido en mis primeros meses como gobernador causó sorpresa a los dos grupos políticos entre los que se dividía la población. Desde que la campaña empezó, el ambiente tenso fue escalando. Parecía que el hecho de haber sido uno de “los suyos” era razón para que el rechazo, los ataques y el trato fueran aún más fuertes. Era como un motor que va a toda velocidad, no es fácil detenerlo. Por ello, aun después de haber ganado, se mantenía un conflicto que generaba todavía más división entre una población que ya sufría a causa del distanciamiento. La tensión se mezclaba con el temor de que iba a abusar del poder para

vengarme o de que la transición al primer gobierno izquierdista en México resultaría en una persecución política disfrazada de justificaciones ideológicas.

Sin embargo, aquella no era mi intención. Al contrario. Estaba convencido de que la única manera de gobernar con eficacia y generar un cambio profundo para la gente y su estado era poner en marcha un proyecto común que incluyera a todas y todos. Eso requería espacios de diálogo y de colaboración. Momentos después de mi toma de protesta invité a grupos opositores y al empresariado a sostener reuniones al día siguiente.

Entre las personas participantes de aquellos encuentros se notaba cierta sorpresa y escepticismo respecto a que la comunicación con ellas como oposición fuera una de mis prioridades. Aunque esas reuniones fueron amables y me esforcé en transmitir la voluntad y necesidad de colaborar para transformar, recuerdo salir de ahí con la percepción de que sería un largo proceso de recuperación de confianza, pero que era indispensable hacerlo, por lo que prometí armarme con paciencia para seguir construyendo una plataforma común. Sin embargo, poco después esos mismos grupos fueron los que me sorprendieron con sus prontas muestras de apertura y colaboración.

Aquello fue el inicio de un proceso de integración de un estado que había estado fragmentado por años y que poco a poco fue sanando y transformándose. A este esfuerzo colectivo se sumaron los diversos grupos de todas las ciudades y comunidades de Zacatecas. La voluntad de participar era impresionante. Iba diluyéndose la insistencia de imponer visiones unilaterales sobre los temas e intereses específicos de cada grupo, para dar espacio a momentos

de colaboración enfocados en conseguir una meta común: un progreso que creara vidas de calidad que permitiera la movilidad social y económica.

Este proceso de integración también fue cambiando la dinámica de mi liderazgo. Al principio me pareció en verdad abrumador haber luchado intensamente por una posición y luego, de pronto, tenerla con la responsabilidad que ello conllevaba y la enorme cantidad de temas por atender. Estaba preparado, tenía conocimiento de lo que se necesitaba y una visión clara de cómo lograrlo. Sin embargo, gobernar no significa que se haga la voluntad de quien gobierna. Imponer el plan de una sola persona a miles o millones, no es una visión, sino una imposición. Nadie puede solo.

Para mí, gobernar es encontrar la manera de que la visión y su implementación se vayan formando con las perspectivas de las personas. Es un proceso constante de ida y vuelta entre la gente y su gobierno, que requiere flexibilidad y cuestionamiento crítico.

Esa también es la razón por la que elegí una forma de seleccionar a mi gabinete, que difiere de la que se suele usar en la política mexicana. En la mayoría de los casos, a sus integrantes se les seleccionó por medio de consultas, en las que grupos de personas expertas, universidades y la sociedad civil eligieron a quienes consideraron como las mujeres y los hombres más cualificados. Las secretarías y los secretarios no eran mis incondicionales, sino las y los mejores. De esta forma constituían, además, un grupo crítico, que reflexionaba sobre lo que se requería para mantener una mejora constante.

Rápidamente fue cambiando la dinámica de percibirme como el líder cuya voz ensordece a las otras, por una experiencia de colectividad y corresponsabilidad.

Los resultados del trabajo colectivo se sintieron pronto, su ritmo proyectó a Zacatecas más lejos de lo que imaginamos, de modo que superamos varias de nuestras propias metas, y no por poco, sino duplicando los resultados esperados. Así sucedió, por ejemplo, en el caso de la construcción de carreteras.

Sabía que el éxito de la reconciliación y del cambio dependía de la capacidad de generar esta nueva forma de gobernar, en la que el diálogo y la colaboración están al centro. Y por mis muchos años trabajando con la gente del campo, sabía que esto requiere de comunicación directa.

Empezamos con una jornada semanal de diálogo con la ciudadanía en la Plaza de Armas, a donde llegaron entre 2,000 y 3,000 personas interesadas en tener un contacto directo. Personal de mi oficina, de distintas instancias y yo mismo estuvimos presentes para atender sin intermediarios a la gente, ya fuera para brindarles orientación, escuchar sus necesidades, canalizar sus demandas o sólo para conversar.

Por ejemplo, durante uno de los primeros días, me fijé en un hombre en sus 70 años, que había estado por más de dos horas esperando pacientemente en la fila. Me llamó la atención que estaba de pie observando todo lo que ocurría a su alrededor con enorme curiosidad. Cuando por fin fue su turno y se sentó frente a mí, le pregunté qué lo llevaba hasta ahí ese día y me contestó: “Nada. Sólo quería ver si realmente era posible saludarlo”. Él fue la primera de muchas personas que llegaron principalmente

para comprobar si en verdad podría ser tan fácil tener acceso al gobernador.

Me esforcé en generar los mismos espacios de diálogo directo en el resto del estado. Viajaba ciertos días y horas a la semana para poder reunirme con la gente, conversar, integrar propuestas y supervisar de cerca los proyectos que estábamos implementando. Pero más allá de señalar la importancia que tenía lograr que todas y todos se sintieran vistos y acompañados por su gobierno, estos ejercicios nos ayudaron a tener un panorama claro de las necesidades de cada lugar y, mejor aún, nos permitió recopilar las propuestas de sus habitantes respecto a cómo atenderlas.

Esto resultó clave para el éxito de lo que íbamos a alcanzar en beneficio de todas y todos, y en tal sentido, el diálogo y la colaboración fueron base importante para implementar los cambios. Para lograr un gobierno eficiente no basta con tener claridad sobre qué reformar y transformar, sino también respecto a cómo implementar las estrategias, y después, cómo sustentar en el tiempo los resultados, independientemente de las administraciones por venir.

Fortalecer la voz y visibilidad de la gente implicaba, por supuesto, más que el diálogo directo con el gobierno. Hicimos un esfuerzo histórico por integrar a las y los migrantes de Zacatecas que viven en Estados Unidos,⁴ y que hasta ese momento no tenían la posibilidad de participar en decisiones políticas del estado.

⁴La migración ha acompañado a Zacatecas desde su constitución como estado e integración a la Primera República Federal mexicana. La independencia de México respecto a España dejó una población de trabajadores mineros que encontraron una fuente alterna de vida durante la fiebre del oro en el estado de California, que acogía a migrantes con experiencia en la actividad minera. Desde entonces, existen redes de familias en Zacatecas y en Estados Unidos que han

Por primera vez se logró que el Congreso de México abriera dos espacios legislativos para diputadas y diputados migrantes, y convertimos a Zacatecas en el estado pionero del programa Tres por Uno, mediante el cual cada dólar enviado por nuestras paisanas y paisanos para obras en sus comunidades de origen se triplicaría con un dólar puesto por el gobierno estatal y otro entregado por el gobierno federal.

Buscábamos crear espacios de diferentes tipos como parlamentos abiertos para niñas, niños y jóvenes que, después de algunos años, trascendieron al plano nacional. También abrimos un instituto para las y los jóvenes de Zacatecas, enfocado en que sus intereses y necesidades fueran resaltados en la sociedad y la política pública, así como para conectarlos con oportunidades.

De manera similar, en 1999 creamos el primer Instituto para las Mujeres en Zacatecas, a fin de impulsar la equidad de género, y en 2001 fuimos el primer estado de México en constituir las instancias municipales para lo que se denominó Mecanismos para el Adelanto de las Mujeres (MAM), que tenían el objetivo de transversalizar la perspectiva de género en las políticas públicas, promover los derechos humanos de las mujeres y niñas, así como erradicar la violencia contra ellas.

Incluso, en congruencia con esta perspectiva de género, y en tanto gobierno pionero, buscamos paridad en las posiciones de toma de decisión, 20 años antes de que fuera necesario legislar para lograr algo que siempre debió haber sido así. Fueron mujeres

hecho de la binacionalidad una condición de vida económica, social y hasta política, a tal grado que el mismo número de zacatecanas y zacatecanos nacidos en México se encuentra también en Estados Unidos.

quienes encabezaron las secretarías de Obras Públicas, de Finanzas, de Seguridad Pública y de Medio Ambiente, así como la Oficialía Mayor y la Secretaría Particular.

Al mismo tiempo que fuimos implementando los mecanismos de diálogo, emergieron más prioridades: la primera de ellas, empezar a sanar las finanzas del estado, que estaban en condiciones miserables. Esto incluía el aumento de la exportación al extranjero; atraer inversión y fortalecer las instituciones, iniciando por el Poder Judicial. Seis años después, entregamos la administración de Zacatecas con una deuda reducida a más de la mitad, con mayor ingreso y una capacidad fortalecida para retener los recursos federales, que aumentaron de 45 a 370 millones de pesos. Por primera vez en el estado se transparentaron las finanzas, lo que necesitó de sistemas de estricta vigilancia y supervisión de los gastos (por supuesto, incluyendo los míos como gobernador).

Nuestro estado se fue convirtiendo más atractivo para la inversión; se establecieron empresas extranjeras que aportaron al aumento de empleos y los ingresos en general incrementaron. Las fuentes de ingresos locales permanentes crecieron en un 266 por ciento, mientras que las exportaciones del estado aumentaron de 84 millones de dólares a 2,000 millones.

Era una señal para dejar claro que los cambios profundos nunca deben arriesgar la estabilidad financiera o las oportunidades a futuro. Al contrario, se buscaba hacer una transformación que fuera financiable y que, por tanto, perdurara y generara más cambios.

De eso se trataba: mostrar al estado, a cada sector, grupo y habitante, que su valor y capacidad eran reconocidos. Por ello, no

se trataba de apoyar a ningún ámbito en particular o a ninguna persona en lo individual para que pudieran sobrevivir, sino de ofrecer más herramientas a fin de poder vivir con calidad y con oportunidades de crecimiento y desarrollo.

Esto significaba que, en lugar de ofrecer préstamos para solventar una situación económica difícil relacionada con la agricultura, se facilitaron reparaciones y adquisiciones de maquinaria que permitieran mejorar o cambiar esa condición. En vez de sólo compensar los precios variables de los productos agropecuarios dominantes como frijol, maíz y chile, se aumentaron los apoyos para ampliar y diversificar los productos y, con ello, elevar el ingreso y disminuir la vulnerabilidad de precios volátiles. En forma similar, se incentivó el aumento de calidad de la carne del ganado para, por primera vez, calificar en la exportación internacional.

En este sentido, la reconciliación en Zacatecas tuvo su punto de partida en el reconocimiento del valor y potencial de la gente como el estado mismo; se enfocó en la generación de las condiciones para tener una oportunidad real, y se empezó a crear la cercanía requerida: entre la gente y su gobierno; en el acceso fácil a los servicios públicos; entre el potencial y la posibilidad de desarrollarlo, y entre el hoy y un futuro mejor.

Los planteamientos, la colaboración y el gran impulso hacia adelante llamó la atención incluso a nivel internacional. En 1999, la revista *Time* y el canal de televisión CNN me reconocieron entre los 50 líderes latinoamericanos destacables al inicio del tercer milenio, poco después, el Foro Económico Mundial de Davos me seleccionó para integrar la sección “Líderes Globales del Mañana en el Mundo”, en el periodo 2000-2003. Indudablemente me dio

mucho orgullo y, sin embargo, sigo considerando que todo el estado de Zacatecas merecía esas distinciones.

A la mayoría de los habitantes de Zacatecas les dio confianza cuando los discursos, planes y reconocimientos se convertían en acciones y resultados. Conectamos y acercamos al estado mediante la ampliación y mejora sin precedentes de la infraestructura, pavimentando más de 2,000 kilómetros de carretera, además de construir una gran red de autopistas y distribuidores viales.

Invertimos en educación como nunca antes en la historia del estado: casi 23,000 millones de pesos para ampliar la cobertura educativa, aumentar la calidad y fortalecer su equidad. Construimos y reparamos más de 8,500 espacios de educación para su cercanía y acceso en todo el estado, independientemente del tamaño de la comunidad o su cantidad de habitantes. Equipamos las escuelas con herramientas tecnológicas; abrimos nuevas universidades; agregamos materias y carreras que reflejaban las necesidades del país y el mundo; subimos los requisitos académicos para docentes y ofrecimos programas escolares para personas adultas sin estudios, lo cual redujo 20 por ciento el rezago educativo.

A lo largo y ancho del estado, desarrollamos 200 bibliotecas comunitarias que no sólo abrían las puertas a las riquezas de la literatura, sino que también incluían las nuevas tecnologías de computación que permitían la conexión con centros educativos a nivel nacional e internacional. De esta manera, incluso tenían utilidad para las y los estudiantes mexicanos en Estados Unidos.

Esa era una de las formas en que procurábamos integrar la tecnología, la innovación y la ciencia, aspectos esenciales para asegurar que los cambios no fueran rebasados por los avances

a nuestro alrededor, sino que constantemente se buscaran nuevas opciones y vínculos con un mundo que se estaba desarrollando a gran velocidad.

La falta de capacidad de adaptación y aportación puede llevar a consecuencias severas para el progreso de un país, estado o población. Por ello, aumentamos el gasto a la promoción científica y tecnológica de los escasos 300,000 pesos de la administración anterior a 100 millones de pesos anuales, destinados a crear centros interactivos de ciencia para niñas, niños y jóvenes, generar proyectos de investigación, subir el nivel de especialización y fundar el primer Consejo Zacatecano de Ciencia y Tecnología.

La tecnología también era nuestra apuesta para enfrentar los grandes retos medioambientales. El tema del cambio climático aún no tenía mucha presencia y en el mundo se seguía tratando de apagar las voces científicas que pronosticaban alteraciones catastróficas a futuro. En Zacatecas no necesitábamos predicciones severas para actuar. En ese tiempo, las inundaciones y las sequías se reemplazaban las unas a la otras, con consecuencias graves para el campo y quienes vivían de él. Entre los años 1998 a 2000, las sequías eran las más fuertes en décadas.

Personalmente, los estragos de aquellos fenómenos naturales forman parte de los momentos más difíciles de mi gestión como gobernador. Iba a las zonas afectadas donde todo se encontraba a merced de la sequía. Plantas y cultivos estaban muertos, la piel de los animales colgaba de los huesos como saco en un perchero, y la gente se mantenía en esa tensa calma que a veces acompaña la sensación de impotencia. Sentí que cualquier acción para remediar la situación, por más rápida que fuera, era lenta e ineficiente

al lado de la manera en que el clima devoraba las fuentes de ingreso de la población.

Corríamos contra reloj para apoyar, llevar despensa y abrir las cocinas comunitarias para que las personas tuvieran cuando menos un plato de comida caliente al día. Estos espacios quedaron después como sitios de recreación y convivencia. Fueron tiempos difíciles, aunque también hubo momentos que pusieron las cosas en su dimensión. Así lo entendí en mi visita a una comunidad que conocía bien y que se encontraba muy afectada por la sequía.

Cuando llegué, sus habitantes se agrupaban debajo de una gran lona, esperando nuestra conversación. Al aproximarme, registré brevemente que algo faltaba. No caí en cuenta de qué era hasta que vi a una niña de unos seis o siete años que caminaba hacia mí. Creí que se adelantaba para saludarme, así que le sonreí, mientras le preguntaba cómo estaba. Me miró brevemente y pasó de largo, mientras que me decía: “Perdona, señor, pero no tengo tiempo. Voy a la escuela”. Entendí que lo que faltaba eran las niñas y los niños, que ya estaban en la escuela recién abierta a la vuelta. La experiencia me recordaba que no estábamos actuando sólo para resolver el presente, sino para cambiar el futuro.

Queríamos mejorar los problemas de agua para los siguientes años, pero también para las próximas generaciones. Por ello, el presupuesto para el campo ya era tres veces mayor al de administraciones anteriores. Incluía la construcción de una infraestructura hidroagrícola, la elevación de cortinas en las presas para recuperar el agua antes de que se derramara y saliera del terreno, la captación de agua en todos los municipios y la prevención de inunda-

ciones asegurando que, por ejemplo, los cauces de los arroyos funcionaran.

Asimismo, buscamos ahorrar agua mediante sistemas modernos de irrigación y riego por goteo. A esto se sumaron las iniciativas ya mencionadas para diversificación en cultivo, reducción de la erosión de la tierra, mejora de calidad de semillas y procedimientos generales para el cuidado del medio ambiente. Y justo este tema se integró en los materiales educativos, para empezar a crear mayor conocimiento y conciencia a futuro.

De esta forma, el agua se volvió elemental para el proceso de cambio que generamos y los resultados se cuentan entre los que más significan para mí. En mi infancia sufrimos escasez de agua potable y durante todos los años de trabajo como líder campesino amplí mis conocimientos del efecto de esa carencia, desde la afectación para el ganado y la agricultura hasta la falta de alimentos, deshidratación, desaparición de especies y todas las enfermedades que surgen al ingerir agua contaminada.

El día que concluimos nuestro gran proyecto de proveer de agua potable a todas y todos los zacatecanos sentí gran emoción. ¡Logramos llevar este vital líquido a casi el 95 por ciento de la población! Sucedió al mismo tiempo que nuestro estado obtuvo el tercer lugar en los indicadores nacionales de calidad en los servicios de salud y se ubicó con firmeza entre las cinco entidades federativas más seguras del país. Habíamos logrado crear mayor cercanía entre la gente y las instituciones de salud, cuya cantidad había aumentado considerablemente, y también conseguimos dar

la seguridad necesaria que permite sentir mayor confianza en un gobierno que protege a su gente.⁵

No suelo celebrar los resultados favorables de la manera común. En general, creo que no soy muy bueno para detenerme a disfrutar los momentos de éxito. Mi concentración está fijada en lo que sigue, quizá un poco como mi padre, que nunca se sentaba a gozar el momento al terminar una jornada de gran esfuerzo. Pero aquel día quise que marcara un hito y fui hasta el campo de mi infancia para caminar, solo, en la tierra de los pensamientos libres.

Andando allí, sentí la grandeza de ese esfuerzo colectivo que había crecido y crecido durante los años. Campesinado, gente del ámbito académico, estudiantes, empresariado, inversionistas, conacionales en Estados Unidos, artistas, sociedad civil, legisladoras y legisladores del estado y en general todas las personas servidoras públicas que aportaron su profesionalismo, habíamos creado un movimiento de reconciliación e integración de nuestro estado para poder avanzar en conjunto en condiciones más equitativas, y ahora con una oportunidad real.

“Esto fue obra de todos”. Dije la frase en voz alta, aunque nadie me escuchaba. Esas palabras me llenaban de admiración y agrade-

⁵En términos de seguridad, en seis años Zacatecas sólo registró cuatro secuestros y cada uno se resolvió recuperando con vida a las víctimas. Nada que ver con la epidemia de delitos de alto impacto que se dispararon en 2007, cuando se declaró la guerra contra el crimen organizado y que hasta ahora empieza a disminuir. Me causa una profunda tristeza pensar que una generación completa de mis paisanas y paisanos están viviendo con violencia e inseguridad. Sus vidas son impactadas por la impunidad y disputas por las rutas del trasiego de drogas, tráfico de migrantes y armas, así como por secuestros, extorsión y lavado de dinero.

cimiento por la gente de Zacatecas y por lo que logramos hacer. Decidí que aquél sería el título del informe con el que concluía mi periodo como gobernador: “La obra es de todos”.

El corazón de la Ciudad de México

Antes de acostarme en mi casa ubicada en la Cuauhtémoc, momento en que suelo hacer el balance de cada jornada y me preparo para lo que vendría al otro día, recorro mentalmente los senderos de mi tierra en busca de pensamientos libres.

Ese seguía siendo el lugar que buscaba para ver más allá de la inmediatez, de los temas urgentes que a veces bloquean la vista hacia las metas y las coordenadas para alcanzarlas.

Había más de 600 kilómetros entre mi hogar y estos senderos y, sin embargo, esa distancia geográfica es menor que los trayectos que debí hacer para trasladar la experiencia de gobernar en Zacatecas a ser jefe delegacional en Cuauhtémoc.

Al dejar la gubernatura de Zacatecas me uní a la campaña de Andrés para el proceso electoral presidencial de 2006. Al no lograr el resultado esperado, seguimos construyendo caminos de cambio, hasta tomar la decisión de fundar Morena en 2011 y volver a postular a Andrés Manuel López Obrador como candidato a presidente en 2012. Yo fui su coordinador de campaña y posteriormente me desempeñé de nuevo como diputado federal, y uno de los principales representantes de Morena y de Andrés.

La siguiente meta era ganar la Jefatura de Gobierno de la Ciudad de México, y como parte de este proceso, Andrés me sugirió

postularme primero como candidato a jefe delegacional en Cuauhtémoc. Y gané las elecciones.

Ya no enfrentaba sequías, procesos de calidad de productos agropecuarios o complicaciones derivadas de la construcción de carreteras, sino que resolvía problemas relacionados con más de 400 manifestaciones al mes, ambulante y el lado complicado de la vida nocturna. No luchaba para generar espacios culturales, sino que veía por las dinámicas urbanas alrededor de casi un centenar de museos y miles de eventos culturales cada año.

Las iniciativas para el cuidado de la fauna en mi estado natal se cambiaron por operativos para la recolecta de más de 1,600 toneladas de basura... ¡al día! Esto es más del 200 por ciento de lo que se recolecta diariamente en todo Zacatecas.

Hablamos previamente de la delegación Cuauhtémoc y su impresionante concentración de diversidad y contrastes. Recordemos que abarca zonas en donde se intercalan galerías de arte con tiendas de diseño y restaurantes gourmet, pero también áreas con pobreza extrema, venta de productos bajo lonas y familias viviendo en baldíos y ruinas de edificios caídos. Hay calles en donde se escucha música del mundo; otras, con ritmos de son, y algunas más que están en silencio o donde incluso se oye cantar a los gallos por la mañana.

En la Cuauhtémoc todo parece andar a paso veloz. El café de la esquina, que estaba hace poco, ahora es tienda de abarrotes asiáticos; bazares surgen por unos días para desaparecer nuevamente, y talleres mecánicos se transforman en hoteles boutique. Los cambios constantes son sólo una de las muestras del ritmo desenfrenado de la demarcación que es un centro económico de

México, de los poderes y, por tanto, de las decisiones del país, lo mismo que un centro cultural y turístico y el centro de la capital. Indudablemente, es uno de los lugares con mayor pulso de la nación. Se podría afirmar que es el latido del “corazón de México”, como decía su lema, o lo que se suele llamar la “capital de la capital”.

Aunque históricamente la Cuauhtémoc ha sido una zona de gran importancia para la Ciudad de México, así como para el país, la velocidad de su desarrollo reciente ha sido muy veloz. Esto, por un lado, implica grandes oportunidades de empleo, atracción de inversión, promoción de México en el mundo, aumento de bienestar, de calidad de vida, de creatividad e innovación.

A la vez, requiere un equilibrio fino para que sus aspectos positivos no lleven a excesos y se desborden los muchos problemas que los acompañan. Cuando gané la elección para ser jefe delegacional de Cuauhtémoc, mi percepción era que el equilibrio ya se había perdido.

Había una parte importante de la población en situación de pobreza que no experimentaba los beneficios del auge económico, y al mismo tiempo crecía la población de personas en situación de calle.

El desgaste de los espacios públicos de los millones de personas que cada día van a la Cuauhtémoc o cruzan por ella era muy visible. Los parques y jardines tenían un estado de grave deterioro, faltaba alumbrado público, las calles estaban llenas de hoyos, había reparaciones abandonadas a la mitad y aumento de terrenos baldíos. Se había aumentado el nivel de ruido y los problemas de convivencia vecinal. La dinámica económica atraía delincuencia y, como consecuencia, inseguridad. Había asaltos, robos de cajeros automáticos, tráfico y trata de personas, venta

de drogas y mercancía pirata. Había indicios de presencia incipiente del crimen organizado, en sus modalidades de lavado de dinero, extorsión y narcomenudeo. Paralelamente, había otro tipo de delitos: conforme aumentaba la ganancia de los negocios en la Cuauhtémoc, también crecía el nivel de corrupción. Los permisos para abrir negocios, para restaurantes, bares, construcción y otros trámites se habían vuelto mecanismos de corrupción.

La situación estaba afectando la calidad de vida de la gente en la Cuauhtémoc. Esto ocurría al tiempo que las condiciones para la clase media estaban siendo fuertemente afectadas por el aumento en los costos de vivienda y de los gastos básicos. En ese tiempo, uno de cada cinco hogares gastaba más de lo que ganaba. Era una situación compleja.

La situación demandaba que, por un lado, se estimulara el crecimiento y el éxito y, por el otro, requiriera un plan de acción de rescate de los espacios públicos, de los procesos de operación de la delegación y de combate a la corrupción, que amenazaba con empeorar todos los aspectos del territorio. Sin embargo, como se verá, el reto principal para resolver esta situación resultó que poco tenía que ver con la Cuauhtémoc.

No cabía duda que se requería construir nuevamente una plataforma de colaboración con todos los grupos sociales, el ámbito empresarial y la sociedad civil. No obstante, de inmediato me quedó claro que iba a ser mucho de lo que antes había hecho. Aunque ya contaba con casi 40 años en la política y gran cercanía con la gente, la diversidad de la Cuauhtémoc implicó un reto mayúsculo.

La gente conoce sus derechos, las funciones y responsabilidades del gobierno, los programas y sus objetivos. Sus demandas

son, con toda razón, legítimas y perseverantes. El cuestionamiento crítico es parte integral de la relación entre los habitantes y la autoridad. Asimismo, quedó claro que no se percibía como aceptable atender sus temas de manera colectiva, como se acostumbra hacer en muchos lugares, incluyendo Zacatecas. Fuera cual fuera el grupo de habitantes, esperaban una atención personalizada y resoluciones sustentadas en explicaciones, planes y garantías de eficacia. Las negociaciones eran más directas, y las críticas, inmediatas.

Con objeto de construir la plataforma de comunicación idónea para esa situación, retomé las jornadas de diálogo directo que había realizado en Zacatecas, en la explanada de la propia sede delegacional. Además, salía todos los días para visitar, dialogar y supervisar los trabajos en las colonias, muchas veces llegaba sin previo aviso para poder percibir sin filtro la vida de las y los habitantes y platicar con quienes allí estuvieran. Estas conversaciones siempre arrojaron otro tipo de información sobre los problemas que enfrentaban y las soluciones que consideraban correctas.

Sin embargo, con la enorme cantidad de demandas diarias no eran suficientes ni los procedimientos de atención en la delegación ni las jornadas de diálogo o las visitas. Por ello, instruí a todo el personal con cargos de dirección que reunieran con frecuencia a grupos representativos de las y los habitantes, para escucharlos y proponer las soluciones correspondientes al ámbito de sus respectivas competencias. Además de ello, las redes sociales ya se habían vuelto parte de la comunicación cotidiana de la mayoría, por lo que decidí que toda Dirección usara su cuenta de Twitter para responder a cada pregunta, demanda o necesidad. No debía omitirse ninguna.

Yo mismo empecé a utilizar lo que en esa época era el medio social más popular para emitir videos en directo: el Periscope. Desde las 7 de la mañana informaba en vivo sobre las obras, operativos, sucesos inesperados, acuerdos y decisiones relevantes o actualizaciones de proyectos, manifestaciones y más. Según entiendo, me encuentro entre las primeras personas de elección popular en el país que integró a sus funciones ese tipo de comunicación en línea.

Es claro que esa exposición pública mediante las redes sociales facilitó también el aumento de las críticas. Cada frase, gesto o acto mío eran motivo de escrutinio y opinión. Y eso está bien. Hay que estar preparado para ello, tener disposición para aceptar la crítica, pues forma parte de gobernar y ayuda a mantener firmes los pies sobre la tierra. Hay que estar muy conscientes de que las redes sociales y la comunicación en línea son parte de la vida pública, y que en la mayoría de las ocasiones sirven para fortalecer los procesos democráticos y la participación ciudadana. Pero también hay que tener presente que esas mismas redes pueden ser usadas para lo contrario.

En mi caso, desde que anuncié mi aspiración de ser jefe delegacional, se orquestaron campañas de desprestigio y una constante fabricación de *fake news* en mi contra, primero por parte de quienes no veían con buenos ojos a Morena (que recién había ganado sus primeras cinco delegaciones) o que yo no hubiera nacido en la Ciudad de México. Más adelante, los ataques en el espacio digital parecían llegar de mis propios pares en las otras delegaciones morenistas. No obstante, independientemente de dónde o por parte de quién venían esas campañas, todas son ejemplos y recordatorios de que estamos en una época en la que, con frecuencia,

la percepción de los resultados en la política depende más de la capacidad de generar ciertos ambientes y creencias en las redes que de lo que realmente se ha hecho.

Nuestra intención era dar voz a todas y todos a través de las muchas y diversas formas de comunicación y participación. Aunque, era claro que entre la población residente no había el mismo respeto y sensación de valor y pertenencia. La diversidad era impresionante, pero no significaba que la gente siempre conviviera en armonía o que se respetara en sus diferencias.

A pesar de que la Cuauhtémoc se encuentra entre los lugares con mayor presencia de comunidad LGBTQ+, sus integrantes sufrían de una profunda discriminación. La experiencia de haber sido discriminado por mi origen campesino y ser de escasos recursos me permitieron comprender mejor cómo lastima este flagelo a diversos grupos de la población. A pesar de ser doctor en Derecho, estoy convencido de que combatir la discriminación no es posible a punta de leyes y reglas. Indudablemente, el camino hacia la igualdad en México tendrá que pasar antes por amplios cambios sociales y culturales profundos.

Por ello, al conocer las problemáticas de la comunidad LGBTQ+, decidí crear el primer programa en la Ciudad de México enfocado en sensibilizar a la población sobre las características y obstáculos que enfrenta este sector de la sociedad. El programa se llamó El Corazón No Discrimina, que también hacía referencia al lema de la delegación (“El corazón de México”). Se realizaron pláticas, talleres, obras de teatro y otros eventos, y desde los torneos de fútbol en Tepito hasta las fiestas para mujeres transgénero se fue constru-

yendo un mayor entendimiento, comprensión y apertura que ayudan a valorarnos en nuestra diversidad.

De la misma forma, desarrollamos gran cantidad de programas sociales para aportar una mayor integración de los diversos grupos que habitan en la demarcación y ayudar a vencer los obstáculos de la discriminación que impidieran tener una oportunidad real y robustecer la transformación desde los cimientos.

También quisimos vencer otras barreras: las de la corrupción, infiltrada hacía tiempo en la propia institución delegacional, especialmente en el área de trámites de los comercios y en el de la construcción. Era absurdo que las y los empresarios no sólo tuvieran que luchar para generar negocios sanos, productivos y contribuir a los progresos en la zona, sino además lidiar con prácticas ilícitas desde la propia autoridad.

Cualquier trámite, ya fuera de permisos o de licencias, se relacionaba con algún tipo de pago a personas funcionarias que abusaban de su poder para quitarles recursos que eran parte de su ganancia, o necesarios para pagar los sueldos de su personal o para invertir en mejorar el negocio. Por el beneficio personal (e ilegal) de algunas y algunos servidores públicos se estaban destruyendo el ambiente productivo, los empleos y la distribución e inversión de dinero en la zona.

En cuanto tomé posesión del cargo me reuní con las y los empresarios de la zona para asegurarles que se acabarían los pagos destinados a la corrupción. Transparenté los trámites e hice públicas las licitaciones, los permisos, autorizaciones y licencias, así como el desarrollo inmobiliario y los procesos de demolición. Propuse una amplia colaboración para mejorar la Cuauhté-

moc, en beneficio de todas y todos, que implicaba que la delegación mejorara la calidad, los tiempos y atención a los trámites y problemáticas del empresariado, y que éste, por su parte, apoyaría en la remodelación y el mantenimiento de la demarcación. Esta colaboración se convirtió en una alianza que superó por mucho mis expectativas.

De manera similar al gran esfuerzo colectivo realizado años atrás en Zacatecas, el rescate de la Cuauhtémoc se fue convirtiendo en un proyecto común. Las y los empresarios, desde los muchos negocios familiares pequeños y hasta las grandes compañías, colaboraron en la remodelación de los parques y obras de arte públicos, pusieron alumbrado adicional en sus propiedades y arreglos de flores y plantas en la cuadra donde estaban ubicados sus negocios, además de aportar eventos culturales y actividades educativas.

En todos los sentidos, los cambios logrados en conjunto rebasaron lo que esperábamos. Al final de mi periodo como jefe delegacional, en 2017, la Asociación de Empresarios y Ciudades Hermanas me otorgó un reconocimiento por encabezar la mejor administración delegacional de la Ciudad de México, con sentido humanista y cercana a la población. Sin embargo, esa distinción debió incluir la importancia de la contribución del sector productivo de la demarcación a los resultados exitosos.

Aquello fue un ejemplo en menor escala de por qué el progreso de México depende en parte de una relación colaborativa entre la iniciativa privada y el gobierno, con reglas claras, obligaciones mutuas y objetivos que benefician a la población. La pandemia, que iba a cambiar el mundo cinco años después, corroboró de manera con-

tundente la importancia y el impacto de este vínculo; fue una confirmación de que las grandes dificultades requieren de un gobierno eficiente. Ninguna empresa tiene la capacidad para gestionar ese tipo de situaciones nacionales de crisis y, sin embargo, quedó claro que la iniciativa privada era indispensable para poder mantener funcional a la sociedad y mitigar los impactos.

Años antes del inicio de la pandemia, en la Cuauhtémoc más que en cualquier otro lugar, la gestión y los resultados dependían de la colaboración de todos los sectores, niveles políticos y partidos.

Con esto, estamos llegando a lo que fue mi reto principal como jefe delegacional del Corazón de México, así como uno de los dilemas más complejos de mi vida en política.

Contemplemos la situación:

El presupuesto para la delegación Cuauhtémoc, como para todas las demás, es destinado por el Gobierno de la Ciudad de México, del cual también depende una parte importante de los servicios. Por ejemplo, ante la inseguridad, la delegación puede recopilar información, recibir denuncias de cierto tipo e identificar necesidades; sin embargo, no cuenta con policías, patrullas o equipo, que son exclusivos del gobierno capitalino. En este sentido, las facultades importantes para una gestión no corresponden a la jefatura de la demarcación.

El tamaño del presupuesto se calcula con base en el número de habitantes que, en el caso de la Cuauhtémoc, era de 532,000 personas, a pesar de que su población flotante rondaba los 5 millones de mujeres y hombres que diariamente transitaban por la zona y que la

convertían en una de las cinco demarcaciones con mayor desarrollo humano en todo el país. Sin embargo, no existía un presupuesto adicional para la atención y el manejo de la presencia de casi un 1000 por ciento más de gente que se encontraba en la zona durante el día ni para hacer frente al impacto de su paso por territorio delegacional como, por ejemplo, los miles de toneladas de basura, el desgaste de las áreas públicas, los accidentes, etcétera.

A esto se agregaba que, del dinero recibido por parte del Gobierno de la Ciudad, la delegación debía pagar la nómina de su personal, que equivalía aproximadamente al 70 por ciento del presupuesto total. Con el 30 por ciento sobrante, se cubrían los costos de alumbrado y demás servicios públicos, que consumían cerca del 14 por ciento. Para la gestión de la delegación, la atención a las demandas, los programas de desarrollo, las mejoras, obras y remodelaciones, herramientas de trabajo y tanto, tanto más, se contaba apenas con el 16 por ciento del presupuesto global.

En este escenario, el impuesto del predial podría haber sido un ingreso importante para la delegación, así como lo es para los municipios. No obstante, en la Ciudad de México esta recaudación recae en el gobierno central y no en las delegaciones, lo que dejaba fuera del alcance otra opción para tener recursos que podrían dirigirse a mejorar el funcionamiento de las demarcaciones.

En resumen, la jefatura delegacional era responsable de la demarcación, con un presupuesto que no se basaba en la situación real, pues el 84 por ciento ya estaba etiquetado.

A esto se sumaba la complejidad política del momento, pues Enrique Peña Nieto, del PRI, despachaba como presidente de México, y Miguel Ángel Mancera, del PRD, era jefe de Gobierno de la Ciudad

de México, en tanto que yo, jefe delegacional en Cuauhtémoc, provenía de Morena. De hecho, Claudia Sheinbaum y yo formábamos parte del grupo de los primeros cinco candidatos electos de Morena para gobernar las delegaciones en 2015, y con ello contribuimos a disminuir significativamente la fuerza territorial que el PRD había tenido durante 20 años continuos.⁶ En ese contexto, una gestión eficaz en las delegaciones dependía también de generar relaciones de colaboración con los otros niveles de gobierno (y de signo político) y de conseguir recursos.

Desde el inicio de mi vida política he reconciliado partes en conflicto para encontrar soluciones que les fueran aceptables; busco consenso en los momentos de mayor división y generar colaboración entre distintas fuerzas políticas cuando se esperaba lo contrario. No somos enemigos. Todas y todos formamos parte de este México que queremos y logramos más cuando juntas, juntos aportamos a lo que nos puede ayudar a tener un mejor país. Por ello, no me asustaba la situación en la Cuauhtémoc ni tuve dudas cuando empecé a crear los lazos necesarios con el Gobierno de la Ciudad de México y el federal, para poder lograr lo más posible en beneficio de la delegación. Esto pudo ser un reto, pero el dilema surgió de otra situación.

Durante los años posteriores, me han dicho con frecuencia que seguramente lo vi venir, que conozco tanto a Andrés que, por supuesto, tendría que haber sabido cuál era el tema, o que debí haber hecho algo para merecer una reacción de ese tipo. Ninguna de estas insinuaciones tiene que ver con la realidad.

⁶Las cinco delegaciones que entonces ganó Morena fueron Azcapotzalco, Cuauhtémoc, Tláhuac, Tlalpan y Xochimilco.

Después de la fundación de Morena en 2011 y la pérdida de las elecciones en 2012, el partido seguía creciendo. Para Andrés era importante que siguiéramos representando una diferencia clara respecto a los demás partidos. Las y los mexicanos ya no querían más de lo mismo, y no había que generar ninguna duda sobre nuestra separación de otras instituciones partidistas. En general, las mujeres y hombres fundadores del movimiento-partido compartíamos esta idea, aunque en la práctica es una condición esencial de la política —aquí y en el resto del mundo— que entre partidos se mantiene cierta comunicación. Esto era más marcado porque gran parte de la militancia y simpatizantes de Morena proveníamos de otras fuerzas políticas, principalmente del PRI, y conocemos a los demás de años en política.

Yo, en particular, me he dedicado a entablar esa comunicación en el nombre de Morena y de Andrés desde que fundamos el partido. Por ello, me sorprendió que mi esfuerzo para crear lazos con los otros niveles de gobierno, con tal de lograr una gestión eficiente en la Cuauhtémoc, causara un murmullo de descontento en las otras delegaciones morenistas. Al principio estaba convencido de que únicamente se trataba de destellos de la competencia por la popularidad, que es parte del ADN de la política; sin embargo, con el tiempo esto dio pie a un distanciamiento notable. Aunque Andrés no me lo decía directamente, empecé a entender que no aprobaba las relaciones constructivas que yo había logrado, particularmente con el gobierno federal y con el de la Ciudad de México.

De ahí nació el dilema.

Ser electo como jefe delegacional implicaba un compromiso innegable con la gente. En mi historia, los compromisos de gober-

nar para y con la población son los que orientan mi vida, y me llevan a una entrega y dedicación que no son a medias. Además, no fue un secreto que mi visión era ser la persona que llevaría a Morena no sólo a la Cuauhtémoc —la capital de la capital—, sino a toda la ciudad. Desde la delegación quise mostrar a la Ciudad de México lo que podríamos lograr en conjunto, si la gente votaba por mí para ser el jefe de Gobierno en las elecciones de 2018.

Quería dejar constancia de un liderazgo que generaba una oportunidad real para la gente, que construía progreso y lograba resultados, aun en las situaciones más difíciles y con recursos limitados, integrando a los diferentes sectores de la población y la sociedad civil en un esfuerzo común en que el valor, las necesidades y visiones de cada quien eran importantes, contaban.

En este marco, identifiqué que a través del Fondo de Capitalidad podía obtener recursos federales para aportar más a la gestión de la Cuauhtémoc y tenía la posibilidad de explorar rutas para lograrlo con el entonces secretario de Hacienda, José Antonio Meade.

No obstante, parecía que debía elegir entre hacer algo sin precedentes para cumplir mi compromiso con el Corazón de México y sus habitantes o evitar los riesgos de ser percibido como menos comprometido con mi partido.

¿Qué hubiera elegido usted?

Yo opté por cumplirle a la gente de la Cuauhtémoc y a nuestro proyecto de rescatar y fortalecer esa parte de México que concentra nuestra diversidad, creatividad, capacidad y generosidad culturales. Argumentaba en mi interior que después de fundar Morena con Andrés y luchar todos los días para que el movimiento echara

raíces profundas en nuestro país no podía haber dudas de mi identidad y lealtad políticas.

Estoy convencido de que elegí lo correcto, porque la gente siempre es primero. En la ciudad, era claro que percibían mi intención y su autenticidad, porque lideraba en todas las encuestas ciudadanas previas a la elección interna de candidata o candidato de Morena para las elecciones en 2018. Sin embargo, me equivoqué en lo otro. El esfuerzo por lograr relaciones de colaboración con los gobierno local y federal generó escepticismo respecto a mis intenciones. Esto se reflejó de la manera más contundente cuando se realizó la encuesta por parte de Morena el 19 y 20 de agosto de 2017. Estaba seguro de que triunfaría, pero fue Claudia Sheinbaum quien resultó la favorita de Andrés y ganadora de la encuesta, en la que de repente me encontré en el tercer lugar.

Era como si estuviera desfasado del momento. Seguía en el entendido de que una parte importante de la esencia de Morena la había aportado yo, y de igual manera, que Morena era la esencia de mis acciones, pensamientos y entrega. No obstante, la situación se había movido. Y lo viví como una traición.

Confieso que durante semanas mi enojo fue profundo y sin precedentes. Nunca antes en mis casi 40 años en la política había vivido algo similar. Por primera vez en 20 años de amistad y acompañamiento surgían grietas en mi relación con Andrés. Llegué a pensar que éstas serían irreparables y que Morena ya no era mi partido, a pesar de ser resultado de mi propio esfuerzo. Tomé la decisión de renunciar a la delegación Cuauhtémoc, e incluso consideré la salida de mi partido. Sin embargo, el tambaleo en mi vida se fue a un segundo plano cuando la Ciudad de México se sacudió nue-

vamente el 19 de septiembre, pero de 2017, cuando otro gran terremoto derribó edificios y trunció existencias.

Las tragedias, la urgencia de salvar vidas y el compromiso de hacer lo posible para la gente eran superiores a cualquier situación política y experiencia personal. Sin dudarlo, me quedé...

Era desgarrador ver cómo la vida cotidiana de la gente, todo su mundo, se sepultaba bajo escombros y polvo. Una sola vida perdida hubiera sido una gran tragedia, lamentablemente, los fallecimientos fueron aumentando. El *shock* y el dolor que debe haber vivido cada familia son inimaginables. La Cuauhtémoc terminó siendo la más afectada de la Ciudad de México, con 98 personas que perdieron la vida y más de 1,143 edificios afectados.

Convertimos la explanada de la sede delegacional en centro de acopio, construimos albergues y empezó una labor titánica para identificar los daños, organizar las labores, los procesos legales, la adquisición de maquinarias y herramientas, desplegar los servicios médicos, la distribución de víveres, ropa, botiquines de emergencia y mascarillas, así como para buscar recursos e informar.

Trabajamos sin cesar durante semanas y meses. Esto me hizo revivir momentos del terremoto de 1985, y era especialmente importante mostrar a la gente que estaba acompañada por su gobierno. Por ello, coordinaba el esfuerzo desde la calle, yendo de colonia en colonia, de mañana a noche. Conservo experiencias muy satisfactorias de ese tiempo, por lo que se logró hacer, pero también evoco mucha impotencia por no haber ayudado a disminuir el dolor de tanta gente, vecinas y vecinos, cuya vida cambió para siempre de manera tan abrupta.

Durante las semanas de entrega absoluta al momento de emergencia, mi propia situación quedó almacenada. Sólo en los pocos momentos de silencio por las noches, cuando hacía mi evaluación del día, me llamaba la atención que Andrés en ningún momento se hubiera comunicado conmigo tras la selección de Claudia como candidata a jefa de Gobierno de la Ciudad. No existía antecedente de que el contacto entre Andrés y yo se hubiera roto de esa forma. Antes de que las tragedias ocasionadas por el terremoto cambiaran las prioridades, en varias ocasiones busqué una reunión con Andrés para poder enfrentar el asunto como siempre lo habíamos hecho. No tuve éxito.

El proceso de la elección, la traición, la falta de comunicación y el tiempo transcurrido me hicieron pensar que un encuentro ya ni siquiera tenía razón de ser. Claramente, no estaba siendo percibido como el fundador de Morena que soy ni tampoco como parte de su futuro. Seguía sin poder creer lo que sucedía, y con esa mezcla de asombro y profunda decepción contemplé las oportunidades de seguir mi camino con la oposición. Durante los muchos años de construcción de Morena, así como durante mi labor como jefe delegacional, habíamos construido innumerables acuerdos y comunicaciones. No éramos ni desconocidos ni ajenos. Estaba iniciando una serie de encuentros cuando llegó la propuesta de Andrés para reunirnos, lo que ya había dejado de esperar.

Fueron horas de conversación profunda y sincera. Entre reclamos mutuos, fuimos aclarando situaciones, malentendidos y decepciones. Andrés estaba determinado a lograr que no me fuera de Morena, y yo, a tener la certeza de que no volvería a encontrarme en la periferia de un partido que habíamos construido juntos. Entre

cada frase vibraba nuestra historia de 20 años de lucha para lograr el primer gobierno de izquierda en la historia de México, con Andrés como presidente. Poco a poco, nos fuimos concentrando en la misma meta que nos ha unido desde hace tanto. Así como la ciudad sacudida por el temblor seguía de pie, nosotros también, aunque con grietas profundas en nuestra relación, que aún requerían un gran trabajo de reparación.

Acordamos mantener y cuidar nuestro vínculo para llegar fuertes a la recta final en las elecciones que se llevarían a cabo pocos meses después. Esto implicaba que yo solicitara licencia a mi posición como jefe delegacional en Cuauhtémoc, para irme a la campaña presidencial. De ahí iniciaría un nuevo capítulo esperado por décadas... desde ese primer encuentro ocurrido exactamente 20 años antes, el cual cambió mi historia y llegó a formar parte de la historia de México.



► Al concluir mi periodo como gobernador de Zacatecas, Andrés Manuel y yo unimos fuerzas para crear el movimiento que finalmente se convertiría en Morena.

VI

“AL ANDAR SE HACE CAMINO”





◀ Para las elecciones presidenciales de 2006, acompañé a Andrés Manuel en la campaña. Fue entonces cuando México sufrió el gran fraude que nos robó la victoria.

▼ En la campaña de 2012 recorrimos todo el país; escuchamos a la gente y convertimos sus necesidades en propuestas para un nuevo gobierno. Siempre nos complementamos en la lucha por la transformación de México.



▼ Andrés Manuel me eligió como coordinador nacional de la campaña para las elecciones del 2012, las que también se caracterizaron por irregularidades advertidas.





▲▼▶

Para la campaña del 2018
nuevamente compartimos
con los ciudadanos de toda la República,
sus demandas, sueños y problemas.
Con su apoyo, tuvimos la certidumbre de
que esta vez, no podrían robarnos la victoria.





▲ El nacimiento de Sergio,
mi primer nieto,
ha sido un regalo de vida.

►▼ Ya suman seis nietas y nietos.
A María de Jesús y a mí, nos hace muy felices
ser abuelos y compartir esa alegría con
sus padres Caty, María y Ricardo,
y nuestra nuera y los yernos.



► María de Jesús y yo, un fin de
semana con las y los nietos.





▲ Con Andrés Manuel como presidente, celebramos el arribo de la izquierda al poder. En su oficina, mi hija María, María de Jesús y yo.

Se percibe cuando los cambios van haciendo camino entre la gente. Al principio es casi imperceptible. No obstante, dejan de parecer casualidades cuando se notan en la forma de hablar, proponer, reunirse. Algo en la sociedad se empieza a mover de una manera ligeramente distinta y se vislumbra un nuevo horizonte. Así ocurría en 1997, cuando me reuní con Andrés Manuel López Obrador por primera vez.

Lo que en esa época se conocía como la “corriente democrática”, llevaba ya casi 10 años de existencia. Ahora integraba a los distintos movimientos de la izquierda bajo el mismo sol azteca del PRD. Por primera vez en la historia, ese partido había ganado las elecciones del entonces Distrito Federal en julio de 1997, cuando Cuauhtémoc Cárdenas se convirtió en el primer jefe de Gobierno y el PRI había perdido su mayoría absoluta en la Cámara de Diputados.

En Zacatecas, el movimiento que lideraba había tomado forma, y en otros estados del norte de México la gente empezaba a mirarlo con expectativas sobre lo que podría suceder a nivel nacional. Percibía que en todo el país se estaba gestando un cambio macro y que tenía-

mos la posibilidad de ajustar el curso de la nación. Tenía una clara visión de cómo sería éste, si lográbamos gobernar para la gente y con la gente.

Sin embargo, fue hasta mi primer encuentro con Andrés Manuel López Obrador, cuando me propuso ser el candidato del PRD para las elecciones de gobernador en 1998, que percibí que realmente ese cambio era realizable. Al salir de la reunión, tenía la impresión de que el cambio de rumbo de todo el país podría estar mucho más cerca de lo que había visualizado, y que una unión entre nosotros tendría un potencial extraordinario. Cuando gané las elecciones y tomé protesta como gobernador de Zacatecas era evidente que la relación entre Andrés y yo daba para mucho más.

Éramos complementarios de una manera que no fácilmente se encuentra en la política ni en la vida en general. Él representaba la fuerza del movimiento izquierdista en el sur del país, mientras que yo encabezaba el movimiento de cambio en el norte. Ambos éramos luchadores de territorio. Nuestro ambiente natural estaba en las comunidades y colonias, en lugares remotos y vecindades multifamiliares. Ambos teníamos una visión de regresar la voz a las y los mexicanos que se habían vuelto extras en un espectáculo político de unos cuantos protagonistas que se disputaban el poder.

Veíamos con claridad que una democracia para la gente tendría que ser una socialdemocracia, en la que el destino de las personas no es sólo responsabilidad propia, sino también del Estado, que debe generar las condiciones para que todas y todos tengan una vida de calidad y con oportunidades. Ambos habíamos logrado construir esta visión con la gente y transmitirla a una parte cada vez más amplia de la población. De manera similar, Andrés en el

sur y yo en el norte, logramos crear una sólida plataforma de confianza y acompañamiento local, que iba creciendo. Los dos estábamos dispuestos a tomar riesgos y hacer grandes sacrificios para mostrar que era posible generar cambio y no volver a defraudar a las y los mexicanos.

Actuamos con la mezcla de entrega y desafío que suelen surgir de la convicción de estar del lado correcto de la historia, así como de que íbamos a transformar una nación completa. Quizá los grandes momentos de la humanidad son justamente eso, instantes en los que se callan las dudas para poder actuar con la fuerza necesaria.

Las similitudes entre Andrés y yo se combinaban con diferencias importantes. Él tenía, y tiene, un talento particular para crear identidad colectiva de lucha, en parte con base en reglas sencillas y coordenadas claras, mientras que yo suelo escuchar más y definir menos lo que se debe pensar. Pareciera formar parte del potencial que percibimos al unirnos. Reconocía la importancia de cómo Andrés, con gran empatía con la gente, comunicaba cómo deberían ser diferentes nuestra vida y nuestro país, y despertaba la esperanza de que se podría lograr. A su vez, él veía lo que se podría alcanzar mediante mi capacidad de construir acuerdos y acciones a partir de donde estaba la gente en ese momento y no donde debería estar.

Esta forma de complementarnos ha sido una constante durante los 26 años que han pasado, y que nos han llevado a más momentos históricos en la política de México, los cuales jamás imaginamos cuando hicimos nuestro primer acuerdo decisivo en Zacatecas en 1997.

El primer proyecto que consolidó nuestra unión se realizó justo después de que fui electo gobernador. Iba a haber elecciones en

otros estados, y en cuatro de éstos, los candidatos se encontraban en situaciones similares a la que había superado. Los estados eran Tlaxcala, Baja California Sur, Nayarit y Chiapas, donde el PRI seguía tratando de hundir las ideas progresistas que prosperaban como semillas en tierra fértil. La derrota del tricolor en Zacatecas no tenía que ser un evento aislado. Lo veríamos como la primera pieza en el dominó que haría caer a las demás.

Acordé con Andrés organizar una especie de asesoría para los candidatos que luchaban para romper con el régimen. Iba con frecuencia a cada uno de aquellos estados durante los limitados tiempos que me dejaba la gran carga de trabajo como gobernador. Era sorprendente lo que hacía el PRI para reprimir el cambio. Hubo persecución política, represión contra trabajadores y empleados públicos, amenazas constantes de las consecuencias de estar en la “lista negra” del partido, mientras que se invertían recursos ilimitados para intervenir las elecciones locales. No obstante, la situación tuvo el mismo impacto en mí que el que se notaba en la gente. Cada intento del PRI por apagar la llama de nuestra lucha era como echar gasolina al fuego. La intención de controlarnos sólo provocó que nos rebeláramos.

Los candidatos progresistas ganaron en los cuatro estados. ¡Ganamos! Y aunque dos años después fue el PAN y no el PRD —con Cuauhtémoc Cárdenas como candidato— el que por fin venció al PRI en las siguientes elecciones presidenciales, Andrés logró triunfar en el gobierno de la capital de México con casi 40 por ciento de los votos. Habíamos confirmado nuestra capacidad como fuerza izquierdista. A pesar de que los votos aún no estaban de nuestro lado para llegar a la Presidencia, sabíamos que era cuestión de

tiempo, porque el cambio que se hacía camino entre la gente era también el nuestro.

A fin de generar una plataforma para estos primeros gobernadores izquierdistas ante el Ejecutivo federal en turno, en 1998 Andrés y yo propusimos crear una Asociación Nacional de Gobernadores (Anago), que nos fortalecería y serviría para atraer recursos federales a las entidades, generar propuestas relacionadas con la política presupuestaria e identificar negociaciones parlamentarias de intereses comunes. La agrupación existió durante dos años con Cuauhtémoc Cárdenas, Alfonso Sánchez, Leonel Cota, Antonio Echevarría, Rosario Robles (al sustituir a Cárdenas) y yo.

Insistí en que aquel espacio debía servir para fortalecer el federalismo y, por lo tanto, ser incluyente. Sugerí que se abriera al PRI, que ahora también estaba en oposición, así como al PAN, que estaba en el poder. No obstante, los gobernadores del PAN no querían participar y llevó varios años lograr integrar a todos los gobernadores del país. En julio de 2002, mi visión se realizó y formalmente pudimos empezar a existir, ahora como Conferencia Nacional de Gobernadores (Conago) que en 2003 pudo agrupar a la totalidad de gobernadores de todos los partidos políticos. Esta Conferencia sigue existiendo como un espacio de colaboración entre las entidades federativas para el desarrollo de propuestas comunes.

Manteniendo el curso

Cuando concluí mi periodo como gobernador, inicié de inmediato con actividades para negociar apoyos hacia nuestro movimiento y en específico para Andrés, que ahora, como jefe de Gobierno en el

Distrito Federal, tenía un liderazgo dominante y visible. En la gente no había duda. Aunque se había votado por el PAN y su candidato Vicente Fox como presidente del país en el año 2000, el México que se soñaba tampoco se podía lograr con ese gobierno, tan similar a los del PRI, no sólo en su política, sino en su abuso del poder. Tan es así que, tal como el PRI en 1988 robó la victoria electoral de Cuauhtémoc Cárdenas, el PAN tomó nuestro país como rehén en otro fraude histórico en las elecciones de 2006. Las y los mexicanos no dudaron. Votaron en su mayoría por ese México que anhelaban cuando pusieron su cruz sobre el nombre de Andrés.

Paradójicamente, el fraude electoral no unió a la izquierda, sino que la fragmentó. Empezaba a haber cada vez más diferencias entre personas clave del PRD. Y cuando Andrés decidió mostrar su protesta al fraude electoral con la toma del Zócalo y partes de la avenida Paseo de la Reforma, la mayoría en el partido se mostró en desacuerdo, empujados por la dirigencia formal del PRD.

Aunque entiendo sus argumentos de que parte importante de la democracia es resolver y no generar conflictos en la sociedad, también era claro que no se podía crear una nueva forma de gobernar si se aceptaba repetir la misma historia de fraude electoral. Andrés insistía en que se debía hacer algo distinto para enfrentar este nuevo fraude, pues de lo contrario nos podrían seguir manteniendo fuera del nivel de influencia, y México continuaría sin tener un gobierno que realmente representara a su gente. Cada elección fraudulenta no quita el acceso al poder a un partido, sino que elimina la voz y voluntad de la gente. No había que abandonar a ésta ni debilitar la identidad del movimiento que ya se estaba consolidando. Por ello, mientras se seguía reduciendo el espacio para

Andrés y lo que era su fracción en el PRD, él continuaba fortaleciendo la relación con la sociedad, con la base.

La situación era insostenible a largo plazo. Tener un movimiento creciente que no se reflejaba en el partido, sus voceros, sus representantes electos en la Cámara de Diputados y en el Senado, tarde o temprano iba a generar consecuencias graves. La pregunta era para quiénes. La gente del movimiento iba a quedar sin partido o el partido se iba a quedar sin la gente.

Para no perder representación y fuerza, Andrés robusteció los lazos con los partidos aliados, particularmente con el Partido del Trabajo (PT) y Convergencia (que luego cambió el nombre a Movimiento Ciudadano). Como parte de ese proceso, acordamos que me tenía que integrar en esos partidos para estrechar la alianza y a la vez mantener abiertos los canales de comunicación del movimiento. Por ello, de 2008 a 2012 fui senador y coordinador del Grupo Parlamentario del PT y, posteriormente, diputado federal por Movimiento Ciudadano de 2012 a 2014.

Lo que para mucha gente pudiera parecer la actividad de un “chapulín”, que brinca de partido a partido, era la estrategia para enfrentar el periodo de adversidad, obstáculos e intentos de debilitar al movimiento desde afuera y desde adentro. Si no hubiera sido por las alianzas tan importantes con esos otros partidos, es probable que nuestra historia hubiese sido diferente. La lucha incansable de sus líderes, Dante Delgado y Alberto Anaya, es parte esencial de la historia. A la vez, también es un ejemplo de cómo Andrés y yo nos complementamos en las múltiples acciones para poder seguir expandiendo y consolidando el movimiento.

Se acercaban las elecciones de 2012 y la lucha para ganarlas se iba tensando. La inversión del PRI para regresar al poder era astronómica, y el PAN estaba dispuesto a hacer lo que fuera para no devolver la presidencia al tricolor. Nosotros no sólo teníamos recursos muy limitados para afrontar la guerra sucia de dos partidos poderosos, sino que también estuvimos enfrentando resistencia al interior de nuestro propio instituto político, el PRD.

Marcelo Ebrard, que en el 2000 había declinado su candidatura a favor de Andrés en las elecciones para jefe de Gobierno del Distrito Federal, se había afiliado al PRD y ganado la capital en 2006. Andrés entregó la administración a Marcelo después de haber demostrado que la izquierda efectivamente podía gobernar con equilibrio financiero, mejoras importantes y cercanía con la gente. El gobierno de Marcelo continuó esta curva para arriba y ganó amplio reconocimiento por sus políticas progresistas, que incluso lo llevaron a recibir el galardón internacional de “mejor alcalde del mundo” en 2010. Por supuesto que era un excelente candidato para las elecciones presidenciales; sin embargo, Andrés ya se había mostrado capaz de ganarlas en 2006 (aunque robaron su victoria), y nos habíamos dedicado a construir una plataforma nacional de apoyo y simpatizantes que lo identificaban a él como líder, y no a Marcelo.

Por ello, cuando los liderazgos formales empujaron para que Marcelo fuera el candidato único, lo que habían sido tensiones ahora se convirtieron en conflicto abierto. Se hablaba de ruptura, y en el grupo leal a Andrés nos preparamos para ese escenario, con la creación de una asociación civil que abarcara nuestro movimiento. Andrés lo nombró Movimiento Regeneración Nacional (Morena). La ley de entonces no permitía la creación inmediata de

un partido político, por lo que la asociación seguiría como un reconocimiento oficial de que el movimiento construido tenía su propia identidad y un camino distinto al del PRD.

En ese momento, el PT nos hizo a todas y todos parar por un momento para evaluar la situación de ruptura. Su mensaje era claro: el PT iba a apoyar a Andrés, con o sin el PRD. Ante las elecciones cercanas, ¿en verdad se quería una ruptura de ese tamaño? Se sugirió realizar una encuesta con la población simpatizante para decidir entre Marcelo y Andrés de manera justa. Como ya se sabe, Andrés ganó la encuesta y, por segunda vez, Marcelo se retiró de la contienda con promesas de lo que podría llegar a ser en caso de haber triunfado.

Al contrario de lo que harían muchas otras personas en la política, Marcelo no buscó aumentar el conflicto, sino que expuso continuamente las razones por las que deberíamos buscar la unión entre los grupos y fracciones de la izquierda para, en conjunto, vencer al PRI y al PAN. Reconozco y valoro esa forma de enfrentar su propia situación sin jamás dejar de pensar en las metas superiores y lo que necesitábamos para alcanzarlas. En mi perspectiva, con ello se convirtió en un ejemplo a seguir en una cultura política que revela cada vez menor capacidad para reconciliar y unir ambiciones personales a favor de un proyecto común.

Las luchas de poder inevitablemente dominan la vida política, lo que implica estrategias y tácticas en contra de unas personas y a favor de otras. Sin embargo, durante la última década pareciera que las aspiraciones colectivas se están debilitando ante una forma de hacer política cada vez más individualista. No puedo decir con certeza si ahora existen más traiciones y obstáculos entre supues-

tos compañeros políticos que antes, pero pienso que es probable y que se relaciona con un arraigo menos profundo de nuestro pensamiento colectivo.

El esfuerzo de Marcelo para lograr mayor unificación al interior del PRD era similar a lo que Andrés me encomendó hacer en todo el país. Al mismo tiempo que promovía nuestro movimiento, siendo ya oficialmente Morena, tenía que dar certeza de que no había rompimiento o debilitamiento del partido. Buscaba a quienes habían querido a Marcelo como su candidato, para integrar sus perspectivas, construir acuerdos de apoyo que incluyeran los ajustes necesarios para cada lugar e iba de grupo a grupo de la izquierda para asegurar que pudieran identificar con claridad cuáles eran las ventajas de unirnos.

Iniciaba nuevas conversaciones con actores políticos, empresarios y empresarios, sociedad civil, dirigentes locales y sindicatos. Atendía los conflictos que surgían entre grupos o fracciones de la izquierda y mantenía comunicación con los gobernadores para identificar los márgenes de apoyo o las formas de limitar la resistencia y los ataques verbales hacia Andrés y Morena. Con frecuencia, mis reuniones por el país fueron seguidas por una visita de Andrés, que reiteraba y sellaba los acuerdos.

Habíamos encontrado una fórmula eficiente para que nuestra complementariedad siguiera dando resultados para Andrés y la expansión de Morena. Al mismo tiempo, era más visible que nuestras diferencias nos hacían eficientes juntos, y no tanto las muchas similitudes que al inicio nos habían unido. Mientras que él era cada vez más determinado en cómo deberían ser el movimiento, sus metas y acciones, yo buscaba cómo incluir en la práctica la

diversidad, integrar las distintas voces, sus necesidades y propuestas, para llegar a acuerdos sustentables en cada estado, así como en los distintos niveles de la sociedad y el gobierno.

Con la capacidad extraordinaria de escuchar a la gente y convertir sus necesidades en definiciones y propuestas claras, Andrés, hacia afuera, unía todas las voces de la población en una sola. Al mismo tiempo, hacia adentro, yo desplegaba las muchas voces distintas que había que tomar en cuenta para llegar a acuerdos y hacer nuestra visión operable en cada estado, municipio y sector. Se puede decir que llegamos a representar dos diferentes dinámicas en la realización de una misma visión de la nación.

Cuando llegó el momento de iniciar la campaña electoral de 2012, Andrés me nombró su coordinador nacional de campaña, para que pudiéramos continuar con nuestra efectiva forma de lograr progreso.

Pérdidas

Las campañas nacionales electorales son una mezcla peculiar entre una fuerte presión que constantemente va en aumento, un ritmo frenético y, al mismo tiempo, un crecimiento exponencial de acciones y asuntos por atender. Ello combinado con el diseño de estrategias, tácticas y definición de enfoques en un ambiente de imprevistos y de atención intensa de los medios de comunicación. Todo parece cambiar a cada momento. Lo que parecía ir bien la semana pasada, ya no avanzaba a la siguiente, y lo que funcionaba en el norte, no era exitoso en el sur. Es algo muy complejo, que requería una estructura sólida.

Creamos un comité de campaña con coordinadores territoriales y temáticos con gran experiencia y capacidad. Dimos atención especial a la selección de candidatas y candidatos a diputaciones federales y senadurías, así como a la conformación de aspirantes para integrar legislaturas locales, presidencias municipales y gubernaturas estatales. Yo, además, tenía que buscar la unidad y armonía con las personas aspirantes locales para las elecciones, tratar con todos los sectores sociales y líderes de opinión y, junto con el coordinador de actos políticos, Ricardo Cantú Garza, organizar los mítines.

Era una campaña a ras de tierra. Después de las elecciones de 2006, habíamos estado en un cerco informativo, creado por la decisión de la mayoría de los medios de comunicación, de que Andrés no fuera tema en las noticias. Por ello, durante los años posteriores, se fue construyendo el movimiento por tierra, visitando los estados, las ciudades y comunidades. Y la campaña seguía esas huellas, con el 75 por ciento de los viajes hechos en tierra en jornadas de 18 horas al día.

Cuando inició la campaña, Andrés era el único candidato que había recorrido cada uno de los entonces 2,430 municipios del país. Ascendía a millones la cantidad de gente que lo había escuchado de manera directa, a nivel de calle, y que lo había saludado estrechando sus manos. Se notaba en la creciente cantidad de simpatizantes y voluntariado, que para marzo de 2012 era de 3.5 millones de mexicanas y mexicanos.

Para nuestro movimiento, las elecciones se podían resumir en una decisión sencilla. En la contienda había cuatro candidatos, pero sólo dos caminos. Como Andrés solía decir, uno era personificado por Enrique Peña Nieto, del PRI; Josefina Vázquez Mota, del

PAN, y Gabriel Quadri de la Torre, de Nueva Alianza. Eran representantes de lo mismo: pobreza, desempleo, inseguridad, violencia, corrupción y sufrimiento. La otra opción era la que él representaba con la coalición Por el Bien de Todos, nuestra alianza electoral conformada por el PRD, el PT y Convergencia. Ese camino consistía en honestidad, justicia y amor.

La meta era clara: una transformación profunda de México desde la Presidencia, a través de un cambio de las instituciones, con medidas de austeridad, de sobriedad republicana, nuevas políticas sociales y de origen público que permitieran recobrar el crecimiento, la seguridad y economía del país. En eso se centraban el discurso y la propuesta de campaña.

Era notable que el electorado había cambiado respecto al 2006, cuando la gran mayoría de los votos a nuestro favor provinieron de los grupos menos favorecidos. No sólo se fue incrementando el apoyo de las y los jóvenes y mujeres, a quienes habíamos dado prioridad, sino también el de grupos de universitarios, trabajadores asalariados e incluso de pequeños y medianos empresarios. Desde temprano en la campaña era claro que íbamos a la delantera, lo que se confirmó después del primer debate, cuando varias encuestas mostraron a Andrés como favorito.

Con la experiencia acumulada de la lucha de la izquierda en México, naturalmente habíamos esperado una guerra sucia en nuestra contra, tal como ha sido desde los años sesenta del siglo xx. Las elecciones de 2006 también mostraban que nada se descartaba cuando se trataba de ganar; ni siquiera el fraude electoral. Sin embargo, las dimensiones de la guerra sucia eran tan grandes que era difícil librar la batalla en todas las frentes.

Los medios de comunicación dominantes estaban volcados a favor de Enrique Peña Nieto, con todo lo que esto implica: las supuestas encuestas y estudios de opinión arrojaban resultados (dudosos) a favor de su candidato, gran desequilibrio en la cobertura y una estrategia impresionante para desacreditarnos. Sólo la campaña del candidato priista contaba con 42 asesores extranjeros pagados en forma ilegal —con recursos públicos—, para operar la cruzada de desprestigio en nuestra contra. Mientras tanto, los otros partidos violaron todas las reglas de gastos, financiamiento y promoción. Fuimos documentando las anomalías e irregularidades que generaron una enorme inequidad en las elecciones y distorsionaban los procesos democráticos. Presentamos casos y evidencias a las autoridades correspondientes que, sin excepción, resolvían a favor de los otros partidos en la contienda.

El resultado de las elecciones ya los conocemos. Y, por supuesto, lo impugnamos. Con frecuencia nos cuestionaron sobre cuál era el número de votos necesarios para saber si el resultado electoral es impugnabile.

Contesté en mi discurso en la Cámara de Diputados el 1 de diciembre de 2012, que el resultado de una elección democrática era, además de un tema cuantitativo, también uno cualitativo. “Cuando existe equidad, una elección se pierde o se gana con un voto de diferencia, y así lo reconoceremos siempre; pero cuando la inequidad es la condición dominante, la diferencia numérica no es fuente de legitimidad, sino indicador del tamaño de las irregularidades cometidas”.

La pérdida de las elecciones conllevaba otras más: la de la confianza en la imparcialidad de las autoridades, así como la de tole-

rancia a la manipulación y descalificación de los partidos de la derecha. De los 16 millones de mexicanas y mexicanos que votaron por Andrés, muchos experimentaron algo similar, e indudablemente eso influyó en parte para que en los siguientes comicios casi se duplicaran los votos por él y la coalición Juntos Haremos Historia.

Paralelamente a todo esto, de manera personal viví una pérdida mucho más difícil de nombrar o describir. Esta fue la falta de tiempo junto a mi familia, María de Jesús y nuestras hijas e hijo, Eldaa Catalina, María de Jesús y Ricardo.

La política ha definido la vida de mi familia y se introduce en cada espacio de ausencia mía. La construcción de un país con justicia social era la respuesta a las miradas inquisitivas de mis hijos cuando eran pequeños, pero muy conscientes de que no éramos una familia como las demás. Los esfuerzos por acompañar y mantener cercanía con el pueblo de México llenaban mi agenda. Y mientras tanto, se puso en espera el disfrute de los pequeños detalles de la vida cotidiana en el hogar, que suelen llevar a los grandes milagros, como el primer paso de una hija, un diente que brota de la boca de un hijo o una experiencia transformadora de la pareja de vida.

El profundo agradecimiento que le tengo a mi esposa por su presencia en mi vida incluye también todo lo que ha hecho para compensar y mitigar esos efectos de mi trabajo. A la vez, la creciente consciencia de lo que implicaba estar en las entrañas de la política mexicana me hizo fortalecer nuestra conexión de otras maneras, por ejemplo, siendo mucho más expresivo en mi forma de mostrar cariño, así como mi reconocimiento e infinita aceptación de lo que ella y mis hijas e hijo son como personas y lo que han hecho con su vida.

A la familia han llegado Sergio, Eva, Ricky, Romina, María y Máximo, mis nietas y nietos, quienes iluminan cualquier espacio y momento. Nacieron entre las últimas dos elecciones presidenciales. El primero fue Sergio, que tenía apenas unos meses cuando se dieron los comicios de 2012.

Pruebas y cuestionamientos

Sé por muchas personas en la política que el tiempo después de una campaña electoral intensa, que termina sin victoria, es más difícil que la campaña en sí misma. Hay quienes lo describen como un vacío peculiar o una sensación de culpa y fracaso, mientras que otras lo evocan como esa pesadez que surge al sentir que se debería hacer algo, sin tener claridad de qué. Yo no viví las elecciones de 2006 o las de 2012 de esa forma. En el primer caso, la indignación y el enojo dominaron el tiempo posterior a los resultados, además, nos enfocamos en actuar para comprobar el fraude y mostrar al mundo lo que estábamos viviendo en México.

Lo sucedido fue inaceptable, abominable y a la vez un reencontro con todo lo que habíamos combatido durante décadas. Al contrario de la sensación de pesadez, había en nuestro grupo una experiencia de fuerza y voluntad inquebrantables, que se fueron transformando en nuevas metas conforme nos espejamos en las miradas confundidas y rabiosas de la gente. No tuvimos un momento de descanso, sino que nos entregamos de inmediato a la recopilación de pruebas del fraude, a un sinnúmero de reuniones y negociaciones para entender cuál era el escenario que enfrentábamos para que se hiciera justicia.

Al darnos cuenta de que eso no iba a suceder, al menos no en ese momento o en términos legales, en muchos grupos de simpatizantes y políticos se instaló una sensación de resentimiento y rechazo hacia la parte de la población que había votado, apoyado o aceptado un gobierno del PAN. Creo que es de las primeras veces que percibí esa aversión como un ambiente nacional, como una nueva división que no era sólo social, regional y cultural, sino política.

En 1988 había percibido el inicio de algo similar, pero principalmente como un descontento dirigido hacia el gobierno y no hacia votantes compatriotas. En otras ocasiones surgieron enojos entre ciertos grupos, como estudiantiles, campesinos y otros, sin embargo, tampoco se habían extendido a un ambiente social. No obstante, en 2006 esto cambió. A pesar de cierta contención, esta nueva polarización o división sociopolítica fue creciendo y actualmente está arraigada y más fuerte que nunca.

Ese cambio no lo experimenté en mis percepciones de la población que no nos apoyaba. Diría que incluso lo viví de manera contraria. Cuando la gente alrededor sentía rechazo hacia los grupos que no eran partidarios nuestros, tenía interés en saber cómo pensaban y curiosidad de conocer por qué estaban dispuestos a seguir un camino tan distinto del nuestro. Cuando simpatizantes de Morena se mantenían alejados del otro bando político, analizaba cómo poder mantener abiertos los canales de comunicación. Era fundamental contar con información sobre sus perspectivas y posibles plataformas de acuerdos comunes. Y lo que para muchos eran razones para desvincular a los grupos adversarios de las iniciativas nacionales, para mí era explorar y corregir posibles malinterpretaciones, confusiones y reclamos. Quizá por ello dicen que

soy un político pragmático, porque me ocupo menos de lo que sueño hacer y más de lo que tengo que hacer para construir soluciones y avances.

Los grandes conflictos de una nación o entre naciones rara vez se resuelven abandonando la comunicación, polarizando o amenazando. Las batallas en la historia no se han ganado con aislarse o con hablar únicamente con los que están de acuerdo. Al contrario. A través de las ventanas de diálogo con quienes no coincidimos es como podemos descubrir los márgenes para maniobrar y solucionar. Ello nos permite ver la diversidad como nuestra oportunidad de crecimiento y no como obstáculo.

Por tanto, después de las elecciones de 2006 y 2012, tenía aún mayor prioridad para mí escuchar, dialogar y buscar puntos, si no en común, al menos de cierto interés de todas las partes. Y necesitaba de esto para empezar a convertir el movimiento de Morena en un partido político. A pesar de contar con los principios y programas de acción y una amplia red de comités locales en todo el país, en ese momento no era fácil completar los requisitos para el registro como partido. Ello incluía la formalización de los estatutos, los comités, consejos estatales y de distrito; la definición de coordinaciones; la afiliación de más de 6,000 personas en al menos 20 entidades del país; la celebración de asambleas, y otros más.

Durante 2013 y hasta que me inscribí en la campaña para ser jefe delegacional en Cuauhtémoc, viajaba a todos los estados que tenían dificultades para cumplir con los requisitos. Fui a apoyar, negociar soluciones y empujar el proceso. Finalmente, el 26 de enero de 2014 logramos que el Movimiento Regeneración Nacional se convirtiera en el partido político denominado Morena.

Al mismo tiempo que fue un momento de satisfacción haber creado el partido que iba a cambiar nuestro país profundamente, también lo percibí como nuestro verdadero reto. Veía cómo se extendía rápidamente el apoyo de la gente y el reconocimiento de Andrés como su líder nacional, proporcionalmente con que la decepción por el gobierno del PRI se consolidaba por el país. El hartazgo que se sentía por la clase política, su corrupción y desfiles de propuestas que parecían más de lo mismo crecía proporcionalmente por un anhelo casi desesperado de ya ver señales de cambio. Por donde iba, se percibía la certeza de que íbamos a ganar la elección presidencial en 2018 con la coalición Juntos Haremos Historia,⁷ tal como sucedió.

Por ello, como lo veía y lo sigo viendo, el reto principal no era tanto la elección como el desarrollo de Morena como partido. Es un equilibrio difícil crear la identidad partidista en un ambiente cada vez más polarizado. Por un lado, dividir y enfrentar a la gente resultan métodos altamente eficientes, porque despiertan nuestras emociones y las canaliza como un potente motor para generar movilización. Por el otro, fácilmente podía opacar la profundidad de las propuestas de Morena y llevar a prácticas de exclusión de la población que no las compartía y, por tanto, aumentar la división de las y los mexicanos. Se requiere poder abarcar la experiencia tan profunda de la gente respecto a la injusticia, corrupción, abusos de la clase política y anhelo de cambio y, al mismo tiempo, asegurar que la forma de resolver estos conflictos no aporte más a la división y se convierta en parte del problema.

⁷Juntos Haremos Historia era la alianza electoral de los partidos políticos Morena, Partido del Trabajo (PT) y Partido Encuentro Social (PES).

En este mismo sentido, después de que la izquierda ha logrado que la voz de la gente oriente la política, el reto ahora es cómo mantener la cercanía con las personas, cómo seguir escuchando las múltiples voces e integrar la diversidad de las y los mexicanos, en lugar de excluirla.

En otras palabras, una de las pruebas más grandes para Morena como partido político es seguir mostrando que venimos para acabar con las prácticas antidemocráticas que definían la vida en nuestro país, alejadas de la gente y sus necesidades.

Como una de las personas fundadoras de Morena, a casi 10 años de convertirlo en partido político y cerca de cinco de que gobierna a México, es un momento natural para reflexionar y cuestionar críticamente cómo estamos en estos temas. ¿Cómo se perciben los logros de Morena en los estados, municipios, colonias y comunidades? ¿Mantenemos suficiente cercanía con la gente? ¿Todas y todos se sienten escuchados? ¿Qué quieren que escuchemos?

En estos años, como presidente de México, Andrés ha dirigido la política del gobierno hacia el cumplimiento de las promesas de generar cambios profundos en el país, poniendo siempre en primer lugar a la población en situación de pobreza.

Al mismo tiempo que se ha buscado la transformación en cada nivel de nuestra sociedad, ésta, por sí misma, está cambiando. La pandemia dejó grandes huellas que apenas estamos empezando a dimensionar, ya sea en la participación de las mujeres en el mercado laboral; en la educación; la salud mental; las dinámicas de trabajo y de consumo, y mucho más. La guerra en Ucrania, la primera en Europa desde la Segunda Guerra Mundial, está afectando los

precios de productos agrícolas, y la inflación lesiona la economía de la mayoría.

¿Cómo se ha transformado la vida de las familias del país, de las pequeñas empresas, de la gente del campo y de las niñas, niños y jóvenes? ¿Cómo se reflejará en el México del mañana? ¿Cómo aseguramos que tengan una oportunidad real a futuro?

En los años noventa del siglo pasado luchamos para que todas y todos fueran tomados en cuenta. Fundamos Morena como movimiento y como partido, llevados por las necesidades y anhelos de la gente. Transformamos su voz en los principios y estatutos del partido y luego en programas y reformas de nuestro gobierno. Tenemos que seguir esa misma lucha, aunque ahora somos nosotras y nosotros quienes gobernamos.

Necesitamos asegurar que estamos escuchando a la gente. Para mí, no sólo significa tener canales fortalecidos para volver a oír a nuestra base, las y los simpatizantes y afiliados de Morena; también es tener nuevos mecanismos para integrar la perspectiva de toda la población e incluso involucrarla en la construcción del siguiente proyecto de nación, así como en los procesos continuos de toma de decisiones.

En la situación actual, quizá el reto es todavía mayor que en la década de los noventa, porque la división en la población, sea social, económica o política, requiere que la lucha sea para que la gente se sienta escuchada por su gobierno, pero también para que los diversos grupos sociales del país vuelvan a tomarse en cuenta entre sí.

Considero que ese proceso forma parte de una reconciliación profunda de nuestra sociedad, que pueda vencer las divisiones entre la gente. Significaría, entre otras acciones, cuestio-

nar críticamente la constante polarización en personas buenas o malas; adineradas o sin recursos; con estudios o sin ellos; afortunadas o desafortunadas. No somos grupos opuestos. Somos mexicanas y mexicanos con necesidades, intereses y sueños. Todas y todos contamos... independientemente de nuestras opiniones, dónde vivimos, nuestro tono de piel o por qué partido votamos.

Yo, que me reuní con la oposición en mi primer día como gobernador y que colaboré con cada nivel del gobierno y cada partido en el país para poder generar mejoras para la población de la Cuauhtémoc, sigo convencido de que el diálogo y los cuestionamientos críticos son nuestras herramientas principales. Son nuestros recordatorios de que no podemos descansar en la convicción de tener la razón. Nos advierten de los riesgos de asumir que sabemos qué necesita la gente. Nos ayudan a ser diferentes del régimen que vencimos.

Las diferencias, los cuestionamientos y la libertad de formularlos empujan el desarrollo del país y de los partidos políticos. Por ello, en las posiciones que he ocupado durante estos 20 años que hemos construido y hecho realidad el movimiento y partido de Morena, considero parte de mi responsabilidad seguir siendo una voz crítica y tener una mente independiente. Sin ello, no habría podido realizar las negociaciones que fueron parte de cada pisada al acelerador para construir Morena. Los principios y la esencia del partido son también los míos. Sin embargo, no soy seguidor, sino fundador. Y mi función principal no ha sido y no es sólo estar de acuerdo, sino construir acuerdos.

Ahora que Morena está en el poder, para algunos grupos del partido, esta función raya en la traición. “Traidor” es otra palabra que se suele usar para quienes nadamos a contracorriente e insistimos en tener pensamientos libres.

Con cierta frecuencia, esa forma de descalificarme llega a las portadas de los periódicos y a las noticias destacadas de las redes sociales, como huellas de las luchas internas por el poder. Es comprensible querer callar una voz como la mía y es fácil enredarse en las grillas, pero éstas, además de distraernos de nuestras responsabilidades, roban la atención a temas que realmente afectan la vida de las y los mexicanos. Con frecuencia me apena esta circunstancia de la lucha insensible y de poco valor, no tanto por mí, sino porque este tipo de conflictos internos son precisamente los que socavan esa confianza de la población en la política, que lleva varios sexenios en caída libre.

La mayoría diría que así son las reglas del juego político. Sin embargo, el mismo hecho de que Morena es el primer partido izquierdista que gobierna México, después de décadas de lucha, muestra que siempre es posible cambiar lo establecido. Y vale la pena recordar que el triunfo no se logró a partir de insultos, juicios o fracciones en conflicto, sino todo lo contrario. Tampoco creando división entre grupos de la población por sus opiniones políticas, sino a través de la unión, en toda nuestra diversidad, para avanzar en comunidad.

Por ello, diría que los conflictos internos y las acusaciones externas no sólo son las reglas del juego, sino que son parte de una tarea pendiente para tener más autocrítica en los partidos y recuperar la confianza de la población en la política. Inicia con asegurar

que la dinámica sea menos de descalificación y más de construcción. Los partidos y la forma de hacer política necesitan estar en constante ajuste para no perder su objetivo de ser herramientas para una vida mejor de la gente.

¿Y nosotros?

Fueron justamente cuestionamientos similares los que llevaron a ese primer encuentro entre Andrés y yo hace ya tantos años. Esa reunión que cambió mi historia y que forma parte de los sucesos que cambiaron la historia de México. Sabíamos en ese momento que al andar se hace camino. Y nunca paramos. Seguimos y persistimos, por más obstáculos que encontramos y sacrificios que tuvimos que hacer. A veces nuestro andar era más cercano, a veces paralelo, o uno adelante y otro de respaldo. En ocasiones estuvimos en las mismas actividades, mientras que en algunas más nos dedicamos a temas distintos, pero siempre complementarios y enfocados en una sola meta: lograr que México tuviera su primer gobierno de izquierda y que Andrés fuera el verdadero presidente de la gente. Nuestros cuestionamientos críticos eran herramientas para ser más eficientes, plurales y abiertos. Durante 20 años de lucha juntos, esos cuestionamientos no fueron causa de conflicto.

Sin embargo, suele haber cambios cuando se llega a la meta o cuando ya se está a punto de alcanzarla. Así también fue para Andrés y para mí, que desde 2017 hemos vivido varias situaciones en que nuestras perspectivas complementarias de repente parecieron contrarias. Incluso, por primera vez, esto implicó varios años sin comunicación directa.

Curiosamente, estas situaciones también han estado relacionadas con mi búsqueda de acuerdos amplios; la integración de la diversidad de perspectivas, incluyendo las de la oposición; mi lucha contra cualquier tipo de polarización, y mi insistencia en reglas democráticas al interior del partido. Y esos son precisamente los aspectos clave que me han acompañado en la lucha política desde mi juventud y que fueron la base para mi entrega absoluta durante las décadas de construcción del movimiento y luego del partido Morena.

Es claro que mis pensamientos libres, los comentarios críticos y la actitud de apertura se perciben diferentes cuando ya no están canalizados para vencer a otros, sino para crecer nosotros.

Ese “nosotros” no sólo nos incluye a Andrés, a mí o a Morena, sino a todas y todos. Tenemos que reconocer que sigue habiendo división y polarización que generan injusticia, discriminación y desigualdad. Tenemos que reconocer que en México se sigue escuchando con atención a unas voces, mientras que otras hablan a oídos sordos. Con una población distanciada no podemos usar nuestro potencial. Y podemos más. Podemos tanto más.

Millones de mexicanas y mexicanos hicimos camino para llegar a tener el primer gobierno de izquierda en la historia. Desde ese momento se ha actuado para lograr una regeneración nacional profunda. Y ahora es momento de la reconciliación nacional.

“Al andar se hace camino”.



- Atentos al resultado de una de las votaciones en el salón del Pleno del Senado de la República.



VII

CONTRAPESO Y EQUILIBRIO





◀ En la Jucopo,
la construcción de acuerdos
fue una prioridad.

▼ Como coordinador de mi bancada en el Senado,
fundamental fue la organización de parlamentos juveniles.





▲ Celebramos la aprobación de los derechos de salud para las parejas de la comunidad LGBTQ+.



Diariamente se realizaron conferencias de prensa y/o entrevistas sobre actividades legislativas. Parte central del trabajo fue informar constantemente de los avances a la ciudadanía.





▲ Este fue un acto en el que nos propusimos analizar la cultura y tradiciones de nuestros connacionales.



▲▼ Dos aspectos de diferentes reuniones con las y los integrantes de la Jucopo en el Senado de la República.





▲ Durante una votación con el Grupo Parlamentario de Morena.



◀ Con Adán Augusto he tenido una estrecha comunicación para analizar los temas legislativos.

▼ Así también, con actores y representantes de la iniciativa privada.





▲ Durante los primeros años de la presidencia de Andrés Manuel, sistemáticamente nos reuníamos en su oficina de Palacio Nacional.

¿Cómo se transforma un país?

Es difícil decir dónde empiezan los cambios de una nación. Como se ha visto a través de mi historia, la corriente democrática liderada por Cuauhtémoc Cárdenas nació como réplica del terremoto que astilló las ilusiones de tener un gobierno cercano a la gente. Esa corriente se fue expandiendo y formando durante 20 años con las huellas de millones de mexicanas y mexicanos, hasta que ganamos las elecciones presidenciales en 2018. Ya en el gobierno federal, con las facultades y las herramientas, ¿cómo transformar México y, con ello, la vida de más de 126 millones de connacionales?

Sin restar la gran importancia que tiene cada instancia de los gobiernos federal, estatales y municipales, y el papel fundamental de la iniciativa privada y la sociedad civil, comúnmente en la política se dice que las grandes líneas de cambio de una nación se definen principalmente en cuatro instancias: la Presidencia, la Secretaría de Gobernación y las dos cámaras del Congreso de la Unión, es decir, la de Diputados y la de Senadores. Es ahí que las grandes visiones e ideas to-

man forma como iniciativas concretas que se implementan en cada parte del gobierno y que influyen en cada área de la sociedad.

Ya como presidente, Andrés me propuso para una de estas instancias, a fin de coordinar al Grupo Parlamentario de Morena en el Senado de la República, lo cual me dio acceso para presidir la Junta de Coordinación Política (Jucopo) del mismo órgano legislativo.

Para mucha gente, el Senado está entre dos extremos: ser una instancia lejana, poco accesible, en la que políticos de todos los partidos hacen leyes y, por tanto, su función es muy aburrida; o bien, es el marco de numerosas escenas bochornosas en las que las y los legisladores gritan, se insultan, usan disfraces o muestran pancartas con leyendas de todo tipo. Sin embargo, el Senado abarca mucho más que esos polos.

Esta Cámara tiene funciones muy concretas: crea, reforma o extingue leyes, pero también es un contrapeso importante para vigilar y controlar la actuación del gobierno. Para cumplir con su tarea, el Congreso tiene la misión de cuidar que las leyes que discute y las acciones del gobierno se ajusten a la Constitución y sus principios, así como a los procesos democráticos que se han ido construyendo a lo largo de los años.

En nuestro país, el Senado y la Cámara de Diputados forman el Congreso de la Unión, que es el depositario del Poder Legislativo. En el caso de su función de hacer, modificar o desaparecer leyes que dejan de ser útiles, todo comienza con la presentación de iniciativas, las cuales contienen las propuestas para hacer esas transformaciones al marco jurídico del país. Estas iniciativas pueden ser presentadas por cuatro actores: la persona que ocupa la Presiden-

cia de la República; las y los diputados y senadores; los congresos de los estados y la ciudadanía.

Las iniciativas se pueden presentar ante la Cámara de Diputados o el Senado de la República. La Cámara en la que se presenta la iniciativa se conoce como *cámara de origen*, mientras que a la que le toca analizar la propuesta en segunda instancia se le llama *cámara revisora*. Es decir, cualquier Cámara puede jugar ambos papeles, pero todo depende de dónde se presenta inicialmente el proyecto de que se trate. Eso sí, este sistema bicameral implica que todas las iniciativas —salvo algunas excepciones— deben ser revisadas, discutidas y aprobadas por ambas cámaras para que su contenido se convierta en ley. He ahí cómo la negociación para que esto ocurra comienza ser complejo, pues en el camino se activan diversos factores, internos y externos, que determinan el destino de las propuestas.

En ese mar de complejidades, coordinar una bancada no es algo menor: requiere contar con ciertas habilidades para lograr transmitir el sentir y la voluntad de quienes integran al grupo parlamentario que se encabeza. A su vez, las y los coordinadores de cada grupo conforman la Jucopo, un órgano que reúne a los liderazgos de cada bancada y donde precisamente se construyen los acuerdos y consensos que aritmética, política y éticamente logran convertir las diversas iniciativas en leyes que benefician a todas y todos los mexicanos. De ahí que la función de las y los coordinadores camine en dos vías igualmente importantes: negociar, acordar y construir hacia el interior de su grupo y, al mismo tiempo, con las otras fuerzas políticas.

Expuesto lo anterior *grosso modo*, me atrevo a aseverar que la esencia de mi función en el Senado como coordinador de Morena

y como presidente de la Jucopo ha sido una ampliación de la misión que he llevado a cabo desde finales de la década de los noventa para hacer operable nuestras visiones de la izquierda, justamente a través del diálogo y de la construcción de acuerdos.

A pesar de que esa misma característica mía causó el primer periodo de distancia entre Andrés y yo en el 2017, mi nombramiento en 2018, en un papel tan central para la Cuarta Transformación (4T), era un reconocimiento mutuo de que nuestra dinámica complementaria seguiría, aunque ahora para construir el México que habíamos visualizado durante 20 años. Era una nueva fase marcada por incertidumbre, porque el poder cambia las cosas, así como a la gente, y no se sabe de qué manera.

Establecer un nuevo gobierno siempre implica muchos cambios. Sin embargo, cuando ganamos no fue una situación comparable con la de tantos otros gobiernos, que planean ajustes y precisan el curso del país. Para nosotros era distinto porque habíamos estado en la oposición no por un periodo, sino siempre. No se trataba de un cambio de gobierno, sino de régimen.

La política de las últimas décadas había seguido la tendencia neoliberal mundial de tratar de crecer la economía, expandiendo la privatización y un comercio desregularizado, al mismo tiempo que una disminución del rol del gobierno y del gasto público. A nivel mundial, así como en México, esta política ha significado un aumento radical y constante de la desigualdad, una acumulación de riqueza para un muy pequeño porcentaje de la población, además de un grave debilitamiento de garantías, derechos fundamentales y la justicia social y laboral. El modelo neoliberal ha fracasado.

Al momento de ganar las elecciones, México ya era uno de los países con mayor desigualdad del mundo, incluso a niveles por arriba del promedio en América Latina. Grandes partes de la población vivían sin acceso real a la educación, la salud y el trabajo formal. La pobreza seguía siendo la condición de vida de casi la mitad de la población, sin que la demanda social se viera reflejada en la política. A su vez, la inseguridad y la corrupción habían subido a niveles escalofriantes, amenazando la vida en México y profundizando la injusticia social.

Era indispensable y urgente convertir a México en un Estado de bienestar en el cual la gente, y no el mercado, regresara a su lugar central y de punto de partida. Es una profunda transformación que implica anular, deshacer y retractar las estructuras que generan la desigualdad, y simultáneamente construir un estado con las medidas necesarias para garantizar la igualdad de oportunidades, priorizando a las personas que históricamente han sido excluidas de los derechos básicos. Una transformación de estas dimensiones no se puede realizar ni sustentar a futuro sin un cambio extenso en el marco legal.

Puede ser difícil imaginar lo que implica crear un cambio del marco legal que permite el surgimiento de un nuevo régimen y, con él, la transformación de México. Es un trabajo inconmensurable.

Inmediatamente empezamos a desarmar las grandes reformas estructurales avaladas e implementadas en los gobiernos anteriores, para sustituirlas con otras que reconstruyen la columna social de nuestro país. En estos años de labor intensa, se han aprobado 30 reformas constitucionales, 40 nuevas leyes y cientos de refor-

mas a leyes, ordenamientos y decretos que actualmente están marcando el rumbo al Estado de bienestar para las y los mexicanos.

Por ejemplo, a lo largo de estos años cambiamos la Constitución para crear la Guardia Nacional, que desde su creación ha sido un cuerpo fundamental para reconstruir la seguridad y la paz de nuestro país. Además, materializamos en la ley la separación entre el poder político y el poder económico proclamada por Andrés, al eliminar del texto constitucional la posibilidad de condonar impuestos a las grandes empresas, práctica que dañaba gravemente a las finanzas públicas. También establecimos una serie de mecanismos para tomar posesión de los bienes que son producto del delito, así como para regresar al pueblo lo que se roba a través de la corrupción.

Nuevas leyes han sido creadas para garantizar la austeridad del gobierno y combatir las empresas fantasma que maquilaban el desvío de recursos, que entonces dejaban de estar disponibles para crear un país más justo. Aprobamos, además, una reforma laboral para eliminar la subcontratación de trabajadoras y trabajadores (práctica conocida como *outsourcing*), a fin de aumentar el trabajo formal y eliminar los actos que por años implicaron la violación masiva de los derechos de millones de trabajadoras y trabajadores. Además, impulsamos una reforma integral al sistema de pensiones y se han facilitado los mecanismos de acceso a créditos para adquirir una vivienda digna.

Dado que uno de los mantras fundamentales de nuestro movimiento ha sido el empoderamiento del pueblo, en estos años se incluyeron nuevos mecanismos de participación ciudadana en la toma de decisiones de asuntos clave para el país, a través de

la consolidación de figuras como la consulta popular y la revocación de mandato, que permite quitarle el poder a quienes no cumplan con las expectativas de las y los mexicanos.

Asimismo, reformamos la Constitución para eliminar el fuero presidencial, de modo que la persona titular del Poder Ejecutivo pueda ser juzgada por cualquier delito y también para asegurar el principio de paridad de género, con el fin de que sean ocupados por mujeres la mitad de los cargos de decisión en los tres poderes del Estado y en los tres órdenes de gobierno, así como en los organismos autónomos y en las candidaturas de los partidos políticos a cargos de elección popular.

Por primera vez en la historia de nuestro país se han elevado a rango constitucional los aspectos centrales del Estado de bienestar, para que los derechos de las y los mexicanos sean protegidos, independientemente de los gobiernos que lleguen. Ello implica que las personas adultas mayores con ingresos mínimos ahora tienen derecho a recibir una pensión al cumplir 65 años, y las personas con discapacidad permanente, de cualquier edad, tienen derecho a un apoyo económico. Además, por esa misma vía se garantiza una extensión de los servicios de salud, particularmente para la población que no tiene seguridad social, así como también se asegura el acceso a la educación pública de excelencia. Esto se complementa con becas para estudiantes de todos los tipos educativos del sistema de educación pública y con una serie de medidas para reivindicar el trabajo de las y los maestros responsables de su aprendizaje.

Estas grandes reformas son un pequeño ejemplo de un catálogo mayor, pero muestran la voluntad y el compromiso de la fuerza política mayoritaria para transformar a nuestro país desde las raíces.

Quizá ayude a dimensionar el trabajo en el Senado si se expone que, desde el inicio del sexenio y hasta este momento, se han aprobado 1,039. Merece ser repetido: ¡1,039 iniciativas!

Esta transformación quizá ha tenido una importancia más profunda para mí que para muchos otros que forman parte de este proceso. Por un lado, mi sensación de compromiso con la gente ha crecido a lo largo de 46 años, desde que las personas del campo me hicieron ver que sus derechos eran mi objetivo. Por el otro, así como me entregué a los estudios para aprovechar la oportunidad que ni mis padres ni millones de connacionales en situación de pobreza habían tenido, mi origen también influyó en mi manera de tomar posición al frente de la Jucopo en el Senado. Desde el primer día, he querido hacer un esfuerzo extraordinario que no deje dudas de la importancia de tirar las estructuras que han inmovilizado a más de la mitad de la población del país en condiciones que no permiten mejoras en su vida. Por ello, como senador, no he querido desperdiciar ninguna oportunidad de formular y presentar iniciativas sobre temas que han sido centrales durante mi vida política, todas enfocadas a crear condiciones de igualdad.

Por sólo mencionar algunas, he presentado iniciativas para implementar una economía circular en México; proteger los derechos de las personas trabajadoras del campo; salvaguardar el patrimonio cultural de los pueblos y comunidades indígenas y afromexicanos; regular y controlar el cannabis; proteger los derechos humanos de las personas con VIH/SIDA; aumentar las sanciones por delitos cometidos en contra de personas adultas mayores; definir sanciones por reclutamiento de niñas, niños y adolescentes para actividades relacionadas con asociaciones delictuosas y cri-

men organizado; detectar en forma temprana la deserción escolar y combatirla, así como garantizar los derechos de participación de las juventudes en asuntos públicos.

Además, ha sido imperativo para mí presentar iniciativas adicionales en reconocimiento y atención a la deuda histórica con las mujeres que han vivido en mayor desigualdad y bajo violencia sistemática. Se incluyen, entre otras, la protección a las víctimas de violencia familiar; atención durante el embarazo, así como la iniciativa para definir y asegurar los derechos de días de duelo por muertes fetal y perinatal, que han llamado la “ley de cunas vacías”.

La cantidad de propuestas que he presentado subraya lo que la transformación de México significa para mí después de tantos años de lucha para llegar a este momento. Mientras que mis antecesores al frente de la Jucopo presentaron un promedio de 10 iniciativas durante sus periodos en lo que va de este sexenio, yo presenté 298. De ellas, ya se ha aprobado una cuarta parte, mientras que el resto se encuentra en las distintas comisiones que existen en el Senado para ser analizadas y emitir propuestas para su proceso.

Para mí, ninguna posición en la administración pública es sólo “otra más en la carrera”. Sin embargo, encabezar la Jucopo me ubica en el lugar donde más puedo aportar a la transformación, sin (aún) ser presidente de México. Y mucho está en juego en este proceso. Con ello no refiero únicamente a la urgencia de hacer realidad nuestra visión de nación, sino “de qué forma”. ¿Qué queremos que nos caracterice en nuestro trabajo para progresar?, ¿buscamos los resultados finales a costa de lo que sea, o percibimos el proceso de cómo haberlos logrado como parte del mismo

resultado? Quizá la decisión entre estas formas es aquello que nos distingue en la política, aquí y en el mundo.

Al llegar a la Jucopo tenía claro que se necesitaba recuperar la verdadera función del Senado como la instancia revisora que aporta a la transformación de una forma que protege y fortalece la democracia de México. Implica que su dinámica sea un recordatorio permanente de que por más imperiosa que sea la transformación, la meta no justifica el medio. Como parte de ello, el Senado no está ni subordinado ni supeditado a la Presidencia de la República, así como tampoco se debe confundir su poder de definir y aprobar leyes con sentirse la ley.

Reivindicar al Senado ha significado para mí años de lograr equilibrios para alcanzar acuerdos entre bandos políticos, lograr la transformación sin subordinación y que mis convicciones sigan intactas bajo el peso de las presiones. En este equilibrio también se encuentran caminos para lograr un México mejor.

Equilibrios

“Tu trigo está maduro hoy; el mío lo estará mañana. A ambos nos resulta ventajoso que yo trabaje contigo hoy y que tú me ayudes mañana”, escribió el filósofo David Hume en 1739. Y abundó:

No siento afecto por ti y sé que tampoco tú lo sientes por mí. Por lo tanto, yo no quiero ahorrarme fatigas porque me preocupe tu bienestar, y si trabajara contigo por mi interés esperando que se me devolviera el favor, sé que me engañaría y que esperaría en vano tu gratitud. Así pues, dejo que trabajes tú solo y tú me tratas de la misma forma. El

resultado es que se pasa la época de la cosecha y ambos la perdemos por falta de confianza y seguridad mutuas.⁸

El ejemplo anterior muestra lo absurdo, pero también lo fácil, que es aceptar que nuestro bien común se pierda por una idea de los beneficios como un juego de suma cero. En tantos aspectos, las campañas electorales y los grandes esfuerzos por hacer cambios políticos parecen una lucha de suma cero, como si cada ganancia, idea o petición de un bando político automáticamente resultara en una pérdida para el otro bando. O como si cada vez que la oposición tuviera la razón, significara que el gobierno no la tenga. Indudablemente, de esta forma es más fácil para todas y todos poder maniobrar en un universo simplificado de “nosotros” y “ellos”, de izquierda y derecha, de la gente a favor y la gente en contra, los “buenos” y los “malos”.

Sin embargo, el país es de toda la gente que lo habita y no podemos transformarlo sin contemplar esto. La oposición no se integra por adversarios o enemigos. Son representantes de la población, es decir, la voz de millones de mexicanas y mexicanos que no votaron por Morena. Después de haber formado parte de la oposición durante 20 años, sé que la represión y persecución política, falta de respeto y maltrato por parte del régimen en el poder tuvieron un costo muy alto. Y lo pagó la población de México con pobreza, falta de oportunidades y libertad democrática.

Dejar de escuchar a la oposición y dejar de colaborar con ella significaría actuar como si no contara la parte de la población que representa, o como si no tuviera nada que aportar, agregar, recor-

⁸Hume, David (1977). *Tratado de la naturaleza humana. Autobiografía*, tomo 2.

dar o necesitar. Y peor aún, al ignorar sus beneficios y oportunidades, reducimos el bien común.

Sé que en lo más álgido de las luchas de poder no se presta mucha atención o apoyo a esta perspectiva, que incluso puede parecer un sinsentido. No obstante, es esencial que la creación de un México que ofrece calidad de vida y oportunidades para su gente jamás sea percibida como un juego de suma cero que va mermando nuestro bien común. Y, por tanto, tampoco pueden serlo las negociaciones de ese marco legal que nos funciona como herramienta principal de cambio. En congruencia con mi convicción de cómo servir mejor a la población, durante mi vida me he empeñado en que la diversidad no se perciba ni como un problema ni como una meta de moda. La diversidad es nuestro punto de partida. Mis muchos años de experiencia en política y con la gente me han dado la certeza de que la forma de integrar y manejar esta condición, en gran medida, define nuestros logros.

Por ello, desde el principio, para convertir al Senado en una verdadera instancia revisora, fue importante buscar la forma de trabajar como un presidente de la Jucopo que marcaba que la transformación del país debe ser a través de un ejercicio de pluralismo y consenso, y no a costa de éstos. Para mostrarlo y construir la confianza en que esa es la nueva prioridad, había que abstenerse de aprovechar la mayoría de Morena. En lugar de ello, insistí en debatir las iniciativas, ajustarlas y fortalecerlas con propuestas de los partidos de la oposición, así como de muchos otros actores que pudieran verse afectados por los cambios.

La mejor manera de mostrar esta dinámica plural es compartir que de las 1,039 iniciativas aprobadas desde que asumí la presi-

dencia de la Jucopo y hasta este momento, 844 han sido aprobadas por unanimidad. En otras palabras, se logró consenso en más del 80 por ciento de los casos.

Sinceramente, es extraordinario. Revela un ejercicio democrático que quisiera fuera una confirmación para las y los mexicanos de que su vida y futuro son demasiado importantes para perderse entre berrinches y vanidad política, y que uno de los centros de gobernanza de mayores contrastes y conflictos, como lo es el Senado de la República, puede ser ejemplo de integración y acuerdo.

Esta dinámica se ha generado y sostenido por voluntad de todos los grupos parlamentarios. Incluso cuando se abordaron las iniciativas marcadas por los mayores desacuerdos y los instantes más complicados, los grupos nunca renunciaron al esfuerzo continuo para mantener el diálogo necesario. Por mencionar sólo algunos ejemplos, en todo momento se preservó la colaboración durante los procesos de gran tensión relacionados con la iniciativa de revocación de mandato, la reforma de la Guardia Nacional y la reforma de subcontratación —la llamada ley del *outsourcing*.

Para ofrecer una idea de lo que eso implica, imagínese la complejidad de las negociaciones de la reforma sobre *outsourcing*: por tratarse de una ley que afecta a gran parte de los sectores privado y público, y ser percibida por algunos de éstos como un asunto altamente conflictivo, decidí realizar las negociaciones en un parlamento abierto con todos los actores relevantes, representados por más de 40 personas de seis diferentes instancias del gobierno federal, de todas las cámaras empresariales, sindicatos, sociedad civil, asesores de índole varia, e integrantes de la mesa interinstitucional del Senado. Cada actor defendía los intereses y necesida-

des de su grupo y tenía una agenda específica. Aun así, y a pesar de diferencias significativas, se encontró una forma de redactar en conjunto las propuestas de mejora.

Estas grandes negociaciones se deben entender además en el contexto del momento que, a su vez, se conforma por un sinfín de situaciones, sucesos en las noticias que cambian el ambiente, personas con influencia sobre quienes negocian y la historia compartida entre éstas.

Esto demanda mucho de todas las personas que participan. Los procesos de negociación son largos, con momentos con estancamiento y otros con tantas opciones, que es un reto saber cómo enfocarse y qué priorizar. A veces, la manera de generar progreso es —paradójicamente— regresar al inicio o parar la negociación, para reconocer el valor de lo que aportan las y los participantes, y así (re)construir la confianza en que es posible llegar a un buen resultado. Siempre repito que lo más importante es dedicar el mayor tiempo posible a escuchar, escuchar y escuchar; a veces por horas y días enteros.

Mientras tanto, se necesita poner atención a cualquier idea, palabra, propuesta o cambio de ambiente que pudiera ser útil para ir tejiendo con paciencia un acuerdo que todas y todos puedan aceptar. En esto se aplica la máxima de Napoleón, el emperador francés: “Despacio, que voy de prisa”. Y cuando el momento parece irremediable o cercano a una ruptura, algo sucede y nuevamente se avanza otro tramo en camino a esos acuerdos por unanimidad que caracterizan a un verdadero ejercicio democrático.

Los medios de comunicación son indispensables para el funcionamiento sano de una democracia y su información constante

sobre el trabajo legislativo es parte importante de ello. Sin embargo, la característica de la prensa, así como de las redes sociales, es prestar más atención a los conflictos, obstáculos y revelaciones potenciales. Esto lleva a una cobertura menor de los resultados extraordinarios de un Senado que destaca incluso a nivel internacional por su colaboración entre grupos parlamentarios de distinto signo.

Esto merece atención, análisis y reflexión, no para recibir comentarios positivos, sino porque es un logro que muestra algo distinto de la política mexicana en tiempos de polarización y división social. Es incluso una plataforma sobre la cual podemos construir un camino futuro, si también en eso nos ponemos de acuerdo. Quisiera que la población tuviera este conocimiento, para que se sepa que una nueva forma de hacer política en México, basada en reconocimiento, diversidad y colaboración, no es una fantasía, es una oportunidad real.

Podría ser, además, otro sustento para que la gente vaya recuperando la confianza en que la política mexicana puede servir para reconciliar a la nación y seguir aumentando el bien común.

En estos tiempos en que la idea de gobiernos de coalición está de moda, la actual construcción de acuerdos y consenso también resulta una muestra interesante. Estamos obteniendo una parte importante de las ventajas de la colaboración y el mayor equilibrio entre los partidos, sin la parálisis que a veces enfrentan los gobiernos de coalición por los chantajes y riesgos latentes de que uno o varios partidos se retiran y hacen caer al gobierno.

La capacidad del Senado me enorgullece y da sentido al esfuerzo de mantener los equilibrios que se necesitan para impulsar la

dinámica de colaboración que aumenta el bien común. Sin embargo, ello no es suficiente para que el Senado sea una verdadera Cámara revisora. Se requiere de otro tipo de equilibrio para encontrar, por un lado, el balance entre realizar las visiones de un México de bienestar social con urgencia y a gran velocidad y, por el otro, frenar el proceso cuando no cumple con las reglas.

En el tiempo que encabezé la Jucopo, no fueron pocas las iniciativas difíciles de operar, ya fuera por falta de calidad, coherencia, argumentos sólidos; porque distorsionaban el proceso legal de una u otra o porque eran directamente inconstitucionales. Independientemente de donde vienen, o si han sido aprobadas en la Cámara Baja, gran parte de ellas se canalizan a análisis y debate para identificar las mejores formas de lograr los beneficios que pretenden generar, o bien, ya fueron rechazadas, como es el caso de más de 70 iniciativas. Así ocurrió, por ejemplo, con las relativas a vacaciones dignas o la de reforma al quinto transitorio de la Ley de la Guardia Nacional. Poco se habla de esto, aunque es esencial para que el Senado cumpla su función como contrapeso.

En algunos casos, a pesar de que las iniciativas son claramente inconstitucionales, mi esfuerzo como presidente de la Jucopo para que no sean aprobadas, sino modificadas, ocasionó cuestionamiento, crítica y presiones fuertes para su aprobación, desde el Ejecutivo y al interior de Morena. De esa manera sucedió, por ejemplo, el caso de la reforma electoral que violaba la Carta Magna en más de 20 aspectos o el de la reforma que cambió el original mando civil de la Guardia Nacional por el mando militar de la Secretaría de la Defensa Nacional.

Puede resultar extraño que no se acepte una iniciativa cuando en su revisión el Senado identifica una inconstitucionalidad, tomando en cuenta que esa es una de las funciones principales de este órgano legislativo. Como constitucionalista de formación, a mí también me parece peculiar. Sin embargo, en política —aquí, al igual que en cualquier otro país— la interpretación de la ley estira constantemente el proceso legislativo para poder llevar a cabo los proyectos del gobierno, dejar su huella en la sociedad, en la vida de la ciudadanía y en la memoria de las y los votantes. Forma parte de la esencia de hacer política. No obstante, se debe garantizar que en el afán de querer transformar no se dañe el progreso democrático. Es un equilibrio fino que se pierde cuando pesa más el fervor de cumplir con visiones ideológicas o instrucciones del Ejecutivo, que cumplir con principios democráticos.

Desde ambas perspectivas hay mucho en juego. Para el Ejecutivo, la 4T no se debe frenar, modificar o poner en espera. La visión de la nación es auténtica —no es negociable—, y se tiene que lograr lo más posible en el tiempo disponible. Desde mi perspectiva y posición en un Senado que es auténtica Cámara revisora, la visión tiene que ser consensuada para volverse operable y poder aportar a la democracia.

Mi historia se cuenta a través de la lucha campesina por derechos, que después fue ampliada e impulsada por la corriente que plasmó la democracia en el paisaje político de México, y que nos llevó a la oportunidad de gobernar. Por ello, sin duda, entiendo la ansiedad de cambiar, pero eso no justifica ocasionar un revés en el desarrollo democrático o la solidez de las instituciones que tanto hemos luchado por tener. No es justificable arriesgar la confianza

en los procesos legislativos. Quizá en el momento pudiera parecer que vale la pena. Sin embargo, tratar de convencer a la población de que se puede violar la ley cuando parezca conveniente o causar intervalos en la democracia cuando no está de nuestro lado es señalar a las futuras generaciones el camino de regreso a las épocas en que la ley era la del más fuerte.

Comprendo ambas perspectivas y lo que representan, y percibo como mi obligación encontrar el balance entre ellas y sostener la gran presión que genera. Porque al mismo tiempo que el constante esfuerzo para mantener los equilibrios me ha dado las satisfacciones más grandes de mi vida política, también ocasiona críticas fuertes y costos que he debido asumir como persona y como político.

El espacio entre presiones

Se puede decir que en el Senado me encuentro en un espacio de presión permanente de tres frentes: los grupos de la oposición, mi propio grupo parlamentario y sus aliados, y Andrés, como presidente.

Ante la oposición, de la misma forma en que el equilibrio con frecuencia lleva al reconocimiento y a la apertura, también conduce a acusaciones de todo tipo y de todos los grupos. En los debates, que generalmente suelen ser ríspidos, me dirigen gran cantidad de críticas y comentarios fuertes. A veces rebasan el límite de lo que considero que un diálogo democrático debe incluir. Las palabras son poderosas, y cuando llegan a ser agresivas y violentas suelen despertar justo eso en la gente.

Recibir tantos insultos, groserías y acusaciones graves requiere de mí, como de cualquier política o político, una sólida capacidad

de control, contención y equilibrio emocional. Sin embargo, considero que no sólo es cuestión de soportar y resistir, sino de intentar dar ejemplos de que se puede debatir fuertemente sin que ello implique convertir el diálogo en una pelea callejera verbal. Si seguimos extendiendo los límites de la aceptación de descalificaciones, nos arriesgamos a llegar a un punto de no retorno. Sería una pena si el Senado llegase a normalizar la descalificación y los insultos, en lugar de ser ejemplo de lo contrario.

Tengo fresco en mi memoria cómo el maltrato a toda persona representante de la izquierda asfixió durante décadas la vida política de México. No debemos revivir los hábitos de un régimen sepultado, sino llenar los pulmones de aire fresco y seguir generando nuevas y constructivas formas de comunicación crítica en la política.

Los grupos parlamentarios de oposición me cuestionan por no integrar suficientes de sus puntos, por pensar que el proceso de acuerdos debería haber sido diferente o que su ganancia resulta insuficiente. Desde mi propio grupo de Morena se han lanzado acusaciones de que freno, critico y resisto la aprobación de iniciativas clave para el Ejecutivo federal y que, por lo tanto, podría no ser suficientemente leal, que quizá los quiero perjudicar o que desde la clandestinidad pertenezco a un bando opositor. Incluso las veces que he promovido el proceso democrático por encima de una iniciativa inconstitucional, han puesto mi posición seriamente en dudas.

Cuando menos tres veces mi propio grupo parlamentario cuestionó y retó mi liderazgo, demandando mi renuncia. Mientras que la primera estaba vinculada con una situación de injusticia y per-

secución política que afectó a alguien de mi propio equipo,⁹ las siguientes dos se relacionaron con mi crítica continua a la inconstitucionalidad de la reforma sobre la Guardia Nacional y la reforma electoral.

Es normal aprovechar los momentos críticos para retar el liderazgo. Considero que como coordinador político es parte de las condiciones y se tiene que poder manejar. No me causa conflicto y poseo la capacidad para separar los asuntos. Sin embargo, las dos situaciones más recientes claramente estuvieron relacionadas con la distancia que Andrés marcó hacia mí en junio de 2021, por razones similares al primer distanciamiento de 2017.¹⁰

A éstas se agregó la percepción de que mi amplia comunicación con todos los partidos seguramente fue utilizada para influir en las elecciones de 2021, de tal forma que los resultados de Morena en

⁹El 22 diciembre de 2021, el secretario técnico de la Jucopo, José Manuel del Río Virgen, fue detenido y acusado de ser el autor intelectual del homicidio de Remigio Tovar, candidato de Movimiento Ciudadano a una alcaldía en Veracruz. Claramente se trató de una persecución política, y al otro día se emitió un pronunciamiento desde el Senado, que anunciaba la integración de un grupo especial para dar seguimiento a los casos de abuso de autoridad en aquella entidad federativa, lo cual generó fuertes críticas hacia mi persona, porque parecía una acción en contra de un gobernador del mismo partido. Sin embargo, Del Río era inocente y fue liberado después de seis meses de prisión en el penal de Pacho Viejo.

¹⁰En esta segunda ocasión, el tema no fue la interpretación de mi reunión con el entonces secretario de Hacienda, José Antonio Meade, dedicada a mis intentos de conseguir recursos para la Cuauhtémoc. Más bien, la causa se relaciona con que mi comunicación con grupos diversos, que ha formado parte importante de la construcción del movimiento y el partido Morena, se percibe como la razón de que esta última perdió 6 de 13 alcaldías en la Ciudad de México, bajo la responsabilidad de Claudia Sheinbaum. Aunque impresiona que piensen que tengo la capacidad de lograr un resultado tan contundente gracias a mi comunicación, considero que el tema no merece más comentarios.

la Ciudad de México fueron peores que los esperados. Por supuesto, es sorprendente que me perciban con la capacidad e intención de lograr que la gente vote por otros partidos que no sea el nuestro. No obstante, lo que me parece preocupante es que los señalamientos sobre mí como chivo expiatorio significan que los malos resultados de la elección no dieron pie a reflexión interna o evaluación alguna.

Pareció haber sido más fácil culpar a alguien, que razonar sobre las causas más profundas de esos resultados. Era más relevante que la gente me identificara como menos morenista que como luchador y fundador del partido.

Estas circunstancias dividen mi periodo al frente de la Jucopo en dos partes. En la primera, de 2018 a 2021, Andrés y yo retomamos nuestro viejo hábito de desayunar juntos cada lunes, ahora en Palacio Nacional, donde en conjunto planteamos las grandes líneas de la transformación que pasaban por el Senado. Semanalmente le compartía mi visión de las reformas que consideraba podrían definir el cambio del país, por ejemplo, revisar la composición de los órganos jurisdiccionales cuya integración había sido motivo de pactos entre el PRI y el PAN; la indispensable reforma fiscal progresiva, que debería haberse dado desde el primer año, y la profundización del sistema de procuración y administración de justicia, esta última que resultó incompleta.

Con gran frecuencia, estas propuestas, así como otros temas del desayuno, terminaron orientando las conferencias matutinas de Andrés o dominando las cabeceras de las noticias. Cuando las negociaciones y la construcción de consenso en el Senado llevaron a modificaciones importantes a las iniciativas, le expuse los argu-

mentos y beneficios de aceptar los cambios y, en la gran mayoría de los casos, él coincidía y apoyaba. Nuestra dinámica complementaria de costumbre, era más eficiente que nunca.

Después de las elecciones de 2021 se perdió esa comunicación. Durante los primeros meses, establecimos contacto a través de Olga Sánchez Cordero, y después, en estos últimos dos años, mediante Adán Augusto López, secretaria y secretario de Gobernación, respectivamente. Sin el espacio de diálogo que siempre habíamos tenido, incluso en momentos difíciles, también perdimos el contacto de 20 años de lucha juntos, que siempre alimentamos en nuestros encuentros.

Poco tiempo después de las elecciones de 2021, en una conferencia de prensa en Villahermosa, Andrés adelantó sorpresivamente la sucesión presidencial. Se describió a sí mismo como el “destapador de corcholatas”, en referencia a la práctica del antiguo PRI de elegir aspirantes por dedazo. Hizo caso omiso al grupo de más de 14 personas de Morena que habíamos anunciado nuestras aspiraciones presidenciales. Sólo mencionó a tres de ellas: Marcelo Ebrard, Claudia Sheinbaum y Adán Augusto López. No incluirme era un mensaje contundente de exclusión para mí, y para México era un aviso de que la constelación política se estaba moviendo.

El cambio de Andrés en su trato conmigo inicialmente tuvo un impacto considerable para mi función en la Jucopo del Senado donde, por un momento, fue más difícil mantener la misma relación, particularmente con el grupo parlamentario de Morena. Me percibían sin respaldo y se especulaba que estaba por renunciar o ser expulsado del partido. Aumentaron las críticas abiertas y los cuestionamientos a mis decisiones, mientras que los medios de

comunicación interpretaban cómo se estaba fraccionando nuestro grupo parlamentario. Se convirtió en uno de los muchos momentos en política en los que se busca medir fuerzas.

Inició un nuevo capítulo en mi coordinación política de la Cámara Alta. Sin el constante intercambio con Andrés, pero aún con mi posición, redoblé esfuerzos para mantener el alto pulso de progreso y colaboración en el Senado. Primero se realizaron las amplias y complejas negociaciones de la iniciativa del *outsourcing*, y seguía la segunda etapa de acuerdos respecto a la reforma al quinto transitorio sobre la Guardia Nacional. Quedó claro que, a pesar de las circunstancias, quería y podía seguir operando e impulsando la transformación de México. Más que un ejemplo de mi trabajo, es nuevamente una muestra de la reivindicación de un Senado con su dinámica independiente.

Para el ojo entrenado, este proceso de medir fuerzas entre actores y grupos políticos fue acompañado de una serie de señales y mensajes camuflados en las conferencias de prensa, en revelaciones de información hackeada y exclusiones de reuniones y eventos.

La situación ya no derivaba únicamente del distanciamiento entre Andrés y yo. Se estaba enredando con el adelanto de la sucesión presidencial. No diría que cambiaba el juego político, sino más bien la forma de percibirlo. Por ejemplo, aumentaban los cuestionamientos de mis razones de actuar como líder. Lo que antes se entendía como mis intenciones congruentes de cuidar el proceso legislativo y la forma de transformar a México, ahora se prestaba para interpretarlas como partes o escenas en una competencia para llegar a ser candidato a la Presidencia.

Lo que anteriormente tenía potencial para detonar la reflexión sobre las iniciativas y su impacto, ahora generaba debate respecto a mis probabilidades para ganar la candidatura presidencial, a los cálculos de la diferencia de apoyo entre aspirantes y una adivinanza permanente sobre la relación entre Andrés y yo. En lugar de discutir la sustancia de nuestra política, se debatía sobre quién era más mencionado en la conferencia “mañanera” y en qué términos.

Es otro equilibrio que considero que se debe trabajar, aunque en este caso no me refiero a mí, sino a los partidos políticos, los medios de comunicación y otros actores. ¿Qué significa para la democracia y la política que se haga campaña durante tiempos tan prolongados? ¿Qué equilibrios se deben buscar para que el trabajo que se pretende realizar por México no se convierta en batallas de promoción personal? Debemos aprovechar este proceso inédito de adelanto de sucesión (que inició casi dos años antes de los comicios) para reflexionar sobre cómo lograr que las elecciones democráticas y todo lo que las rodea no perjudiquen a la misma democracia que se procura celebrar.

Más allá de las reflexiones sobre el sentido y el impacto del “destape” de aspirantes a la sucesión presidencial a mediano y largo plazos, en lo inmediato significaba un nuevo frente de lucha para mí. Sin el contacto con Andrés, que nos permitía resolver las situaciones o malinterpretaciones que nos estaban separando, lo único que me quedaba era usar cada oportunidad que se me presentaba para informar sobre el proceso y protestar contra éste.

Me parecía incomprensible que nuevamente me encontrara en una situación tan parecida a la de 1986, en las elecciones internas del CNC de Zacatecas; en 1998, en las del PRI, y en 2017, en la elec-

ción de la candidata o candidato de Morena para la Jefatura de Gobierno de la Ciudad de México. Es por demás curioso que Andrés, como la persona que me había propuesto salir del tricolor en 1998, ahora también era quien me negaba un proceso democrático para ser aspirante.

Pensé que quizá era una forma de insinuar que tendría que salir de Morena, tal como había renunciado al PRI en aquel entonces. Debía prepararme para ese escenario. En varias ocasiones me reuní públicamente con personas de la oposición, en quienes, gracias a mi amplia colaboración durante décadas, he reconocido su gran capacidad y alta sensibilidad respecto a los temas que interesan al país. Naturalmente, aumentaron las críticas de ambos lados y la presión alcanzó nuevas alturas.

Yo puedo enfrentar esto y más. Cuando estaba en aquella situación tan similar en Zacatecas a finales de los años noventa, nunca dudé de que, independientemente de si ganaba o no la gubernatura, la lucha valdría la pena, porque no se trataba sólo de mí, sino de la gente y de la democracia que queríamos. Desde entonces se ha vinculado conmigo la frase que afirma que “ni nos vamos a dejar ni nos vamos a rajar”. Está vigente.



Con frecuencia, la gente me pregunta cómo manejo el estrés que se relaciona con estar en este espacio entre grandes presiones. Sin embargo, recuerdo muy pocas veces haber sentido estrés, porque eso para mí significa algún tipo de angustia o sensación de impotencia al no poder actuar. Es algo que no reconozco ni en mi vida

en general ni en mi posición en el Senado. Más bien percibo que son situaciones de presión que se tienen que resolver. No hay razón para enredarse en ansiedades y desazones que impidan avanzar. Pongo atención para identificar acciones que pueden hacer una diferencia, y actúo. Incluso la decisión de dejar que las cosas se acomoden solas es una forma de actuar.

Siempre encuentro la fuerza en mi origen y familia, mi formación y mi fe. Mientras que muchas personas hablan de tener una o dos de estas fuentes de fuerza, yo tengo las tres, y me hace sentir muy afortunado.

Cuando estoy más presionado, me conecto con las tres. Con mi formación, estudio de manera incansable para identificar información, detalles y opciones que me pueden dar pistas de solución; traigo presente el campo, mi casa, donde también inicié en la política hace 46 años, y deposito mi confianza en algo superior.

En esos momentos, la familia es mi remanso de paz: María de Jesús, mis hijas, mi hijo, sus parejas, mis nietas y nietos, pero también mis hermanos y sus familias. Por más complejo que sea transformar un país o por más extraordinarias que hayan sido mis experiencias de vida, lo sencillo es lo que más me conforta. En particular dos cosas simples: las caminatas y la comida.

Caminar ayuda a que se muevan los pensamientos. Además, cuando avanzo entre la naturaleza, su inmensidad pone todo en perspectiva y sirve como otro canal para conectarse con algo superior, que nos recuerda que independientemente de quienes somos y lo que hacemos, somos infinitamente pequeños en el universo. Debemos mantenernos humildes.

Estar en familia y comer un platillo sencillo tiene un efecto similar para mí. Me ayuda a verlo todo desde otro punto de vista. Me gustan esos alimentos que no son complicados ni elevados, un guisado simple, frijol, queso, nopal, ¡y la salsa picante casera de molcajete! Esos sabores son acompañados por recuerdos de mi tierra y me generan una sensación de arraigo.

Es curioso que estas dos cosas sencillas sean las que me unen con lo superior y con lo más terrenal. Allí están mis fuentes de fuerza que me ayudan a no sentir estrés, sino sólo la necesidad de resolver y continuar.

Con esa fuerza escucho, busco retroalimentación, intercambio ideas y perspectivas, solicito opiniones, consejos y recomendaciones. Y, sin embargo, hay decisiones importantes que tomo en soledad...

Convicciones y decisiones

Cierro la puerta y me vuelvo a sentar en el sofá que está en la esquina de mi oficina. Quiero estar solo. En estos días, muchas personas me han hecho saber que no estarían de acuerdo con la decisión que había pensado tomar. Me han aconsejado, insinuado y empujado para que esta situación termine sin mayor conflicto. Sus argumentos se basan en evitar las grandes consecuencias que probablemente esperan si opto por seguir mi convicción. Son acertados y buenos. Sin embargo, no me generan esa certeza que comúnmente me acompaña.

Me levanto y camino hacia la vidriera que da al patio. La luz es fuerte y, cuando entrecierro los ojos, tiene una ligera similitud con cómo se siente el sol en mi tierra de pensamientos libres.

Repito las palabras que me generan una sensación de calma y serenidad que siempre me permiten escuchar mis pensamientos con claridad y sin interrupción. Ahora en este espacio no siento duda alguna. Mi convicción esta en equilibrio con mi decisión.

Me quedo un tiempo más, muy consciente de lo que espera afuera. Es uno de esos raros momentos cuando me siento en presencia absoluta en el ahora y, al mismo tiempo, estoy en el mañana. Haber recorrido mentalmente las consecuencias futuras tantas veces, convierte el momento en una pisada ligera para llegar a lo que sigue.

Y esa ya es mi clave para irme. Al abrir la puerta, afuera está buena parte de mi equipo y vamos subiendo las escaleras para la sala de sesiones en el Senado, mientras que hablamos de cosas que no tienen nada que ver con lo que está por venir.

Poco después, me encuentro ante el micrófono de la tribuna para presentar mi voto particular sobre la ley que la gente conoce como Plan B, y expreso lo siguiente:¹¹

Muchas gracias, ciudadana presidenta. Ciudadanas legisladoras y legisladores:

Vengo, estimada Asamblea, a presentar un voto particular respecto del contenido de distintas disposiciones que se modifican, o que se intentan modificar, en seis ordenamientos jurídicos; cinco de ellos modifican el cuerpo normativo y uno de ellos es de nueva creación.

En el voto particular, que aquí solo he escuchado posicionamientos respetables, pero en el documento que ya tiene la Presidencia en la Gaceta Parlamentaria plasmado, expreso mis razones, mis argumen-

¹¹Mi voto particular se puede leer en toda su extensión en https://www.senado.gob.mx/65/gaceta_del_senado/documento/131580

tos, mis justificaciones, mis causas por las que he decidido tomar esta posición.

Aclaro que es un asunto estrictamente personal, no involucra al grupo parlamentario en el que participo y es un asunto que me mueve asumir con toda integridad y responsabilidad, incluyendo los desenlaces, las consecuencias o lo que de ello resulte, así ha sido mi vida pública y política, nunca ha sido fácil para mí tomar decisiones y en el documento se expresa por qué razón creo que se vulnera la Constitución, con seriedad, atendiendo la doctrina, la jurisprudencia, los principios generales del derecho, afirmo y sostengo que algunas de las normas que pudieran aprobarse esta noche pueden alejarse de los principios constitucionales y esa es mi defensa.

Soy legislador y es un honor y un privilegio serlo.

Soy académico y asumo, con integridad, lo que enseñé en las aulas de la división de estudios de postgrado de la UNAM.

Y soy político, servidor público, el que corre riesgos y asume compromisos con la sociedad.

Aquí está plasmado, ¿por qué razón?

Recuerdo que cuando el embajador británico, en 1860, le ofrecía a Benito Juárez una solución para pacificar al país y amnistía para aquellos que habían iniciado con Maximiliano la revuelta en contra de la República, Juárez, Benito Juárez, sostuvo con firmeza y le respondió: “Yo he sido llamado a sostener la Constitución que juré cumplir y hacer cumplir, como soy un hombre de honor y de conciencia no puedo burlar la voluntad de los pueblos con la violación de mis juramentos”.

Y Juárez sostuvo su convicción por velar por la Constitución nuestra Carta Magna.

¡Gigante Juárez!

Es un momento difícil, pero al mismo tiempo con razones jurídicas.

En el momento procesal oportuno, señora Presidenta, también presentaré un paquete de reservas cuando estemos en la discusión en lo particular, reservas y propuestas de modificación, no es un ejercicio retórico, falso o demagógico, es un ejercicio de auténtica preocupación por nuestra democracia.

No voy a hablar más, simplemente expreso a todos mis respetos, mi aprecio y mi reconocimiento por escucharme, es un asunto de carácter personal y no debe de ofender a nadie porque esta es una Cámara Revisora, y la Cámara Revisora tiene esa obligación constitucional, a nadie debe extrañar que asumamos con integridad nuestros actos, no soy ingenuo y sé a lo que me enfrento, lo único que quiero es que se respete la Constitución.

Gracias.

Presenté mi voto particular, que plasma el *Diario de los Debates*, especifica mi posicionamiento político y define los 21 aspectos de inconstitucionalidad del proyecto del Plan B.

Después de haber sido llamado con nombres, expresiones y adjetivos verdaderamente denigrantes por parte de senadoras y senadores de mi propio grupo ante micrófonos abiertos, venían días de torbellinos mediáticos y crucigramas de especulaciones políticas. A muchas personas quizá les parecerá curioso que, al contrario de lo que sería lógico, sentí una gran calma cuando salí a enfrentar ese escenario. Era así porque había actuado en congruencia con mis convicciones.

Primero, estoy convencido de que las instituciones electorales tienen que ser autónomas y fuertes para seguir siendo las estructuras que sustentan nuestra democracia. Segundo, mi voto también nació de la convicción e insistencia de que, parte de la forta-

leza de esa misma estructura democrática, el Senado sea un auténtico contrapeso que no acepte trabajo legislativo inconstitucional, tampoco cuando se trate de nuestras propias propuestas. Ambas razones forman parte de mi lucha por dar una oportunidad real a México para que el país y su gente puedan desarrollar su potencial. Tercero, es mi convicción que la nación y su ciudadanía merecen esa oportunidad, porque aún podemos mucho más.

Por ello, me sentí tranquilo y preparado para enfrentar lo que viniera, fuera lo que fuera. Al igual que muchas otras personas, pensaba que trabajaba mis últimos días en la Jucopo, y que quizá incluso estaba por tener que salir de mi propio partido, a cuya construcción había contribuido durante 20 años. Sería con profunda pena y frustración, pero no la primera vez que sucediera en la política mexicana. También Cuauhtémoc Cárdenas, fundador del PRD, terminó por dejar su propio partido, luego de haber sido empujado constantemente hacia su límite.

En todos sentidos, el momento era peculiar. El 14 de diciembre de 2022 empezaron las vacaciones navideñas, en medio de la gran incertidumbre sobre cómo iba a terminar aquella medición de fuerzas. En el Senado concluyó el periodo de sesiones; los medios de comunicación tenían baja actividad; todas y todos regresaron a sus estados y sus casas para celebrar las tradiciones de fin de año. La tensa situación, al parecer, quedó en suspenso, no sin antes darle una vuelta más a la tuerca. Andrés decidió invitar a todas y todos los legisladores federales de Morena y sus aliados a Palacio Nacional para agradecerles su apoyo y lealtad. Yo fui excluido de esa invitación.

Cuando ya, en mi carácter de presidente de la Jucopo del Senado, no estaba considerado como parte de la labor que se agradecía, la

señal enviada era muy clara: no se trataba de la exclusión de una reunión, sino de una comunión.

Fue el 20 de diciembre, y recuerdo cómo se instaló en mí la sensación de que ya no sólo se trataba de mantener equilibrios importantes en los procesos legislativos y democráticos del país, ahora estaba en una situación que requería que yo mismo mantuviera el equilibrio. Estaba en el filo entre ser parte de mi partido y estar fuera de él, y por primera vez había nadado a contracorriente tanto tiempo y con tanto esfuerzo que estaba llegando al borde de lo que tenía sentido.

En esta ocasión, mi convicción y llamados a la reflexión no habían tenido el impacto esperado. No estaba logrando un cambio de percepción, ni siquiera una evaluación de lo que estaba en juego. El tema que dominaba en el debate no era la fidelidad a nuestros principios como garantes del futuro de México y su democracia, sino *mi* lealtad a la línea del partido. Era momento de pensar y volver a contemplar las opciones.

Lo que sigue

Regresé a mi casa en el campo de Zacatecas, a mi tierra de pensamientos libres. Caminaba en la frescura de las mañanas, levantando el polvo rojo con las botas. Ahí, en el paisaje abierto, en una especie de evaluación que sólo surge cuando se está al límite, pude ver todo en su justa dimensión. Pensaba en los grandes logros del primer gobierno de la izquierda en México: desde el compromiso que, por fin, se cumple con las personas adultas mayores que han aportado toda su vida al país y a quienes ya se les garantizó

una pensión, hasta en los mecanismos para identificar y castigar las desviaciones fiscales, para que esos recursos regresen al Estado y se utilicen para mejorar la vida de las mexicanas y los mexicanos.

¡Tantas iniciativas y acciones realizadas para cambiar un modelo neoliberal fracasado a nivel mundial! Y aun así, después de percibir y manejar el mundo según ese modelo durante más de 60 años, difícilmente se pueden revertir y reparar sus daños por completo en un décimo de ese tiempo, es decir, en un sexenio. Todavía hay mucho por hacer. Esto incluye la corrección de planteamientos formulados para lograr grandes mejoras, pero que actualmente requieren ajustes para un funcionamiento óptimo, como es la situación de salud y seguridad, que está lejos de mostrar los resultados que todas y todos deseamos y necesitamos ver.

Quisiera que esta reflexión no fuera sólo mía, sino una colectiva. ¿Qué se requiere para que el cuestionamiento crítico en el ambiente político sea una herramienta de mejora y no de ataque? ¿Qué se necesita para que en la política el reconocimiento de errores o la necesidad de correcciones no se perciba como debilidad?

Caminando al costado de los cultivos que siguen cubriendo el paisaje de mi pueblo, hice una anotación en mi mente de estas preguntas. Merecen un debate serio.

En soledad, repasaba en mi lista de pendientes algunas de las reformas que siento le debemos a México. Varias la encabezan: una, al Poder Judicial, para que regrese la confianza de la ciudadanía en la justicia; una reforma fiscal, que asegure la continuación de un Estado de bienestar con una política social enfocada a crear piso parejo para el pueblo mexicano, sin que sea a costo

del crecimiento y de la productividad que impulsan al país a la prosperidad.

Asimismo, en mi perspectiva, tiene gran urgencia una reforma que sitúe al cambio climático en el centro de las acciones del gobierno, incluyendo la aceleración de la transición a energías renovables. Y, pensando en los grandes retos del futuro, también es impostergable crear iniciativas para el manejo de la inteligencia artificial, que tiene más capacidad que cualquier otra herramienta para transformar completamente nuestra sociedad en un abrir y cerrar de ojos.

Esto forma parte de una serie de cambios que vislumbré y que están relacionados con la necesidad de sobreponernos a lo que nos divide y aleja como pueblo mexicano, para crear un país con igualdad y piso parejo en el sentido más amplio. Significa vencer la distancia entre géneros; entre personas jóvenes y adultas mayores; entre norte y sur; entre el campo y la ciudad; entre la población de mayores ingresos y la de los menores; entre migrantes y quienes no han dejado su tierra; entre los que viven de una producción que pudiera contaminar y los que viven en y del medio ambiente que la contaminación destruye; entre los bandos políticos de la izquierda y la derecha, y entre la esperanza de un mejor futuro y una oportunidad real de que sea así.

Estas distancias se acompañan de conflictos, violencia y sufrimiento, los cuales aumentan la desigualdad. De manera que, lograr un México igualitario y con justicia social está estrechamente conectado con los mecanismos de diálogo, colaboración y reconocimiento del valor de cada persona y grupo.

Por ello, con frecuencia llamo a la reconciliación. Cuando por primera vez lo hice, al tomar posesión como gobernador de Zacatecas en 1998, muchas personas me dijeron que no era lo correcto ni era posible o deseado. Durante décadas me han repetido esos mismos argumentos. Sin embargo, en aquellos momentos, hace más de 20 años, resultó ser lo que quería la gente, y era posible dar pasos grandes de colaboración para crear mayor igualdad. Ahora más que nunca existe un anhelo en nuestra sociedad por poder avanzar *sin* polarización, discriminación ni condiciones desiguales. Pese a ello, tenemos que reconocer que no está disminuyendo la división, sino aumentando.

Por tal motivo sigo hablando de la reconciliación —de una verdadera reconciliación mexicana—, y lo hago en voz alta y en grande, para que se escuche. Con esta intención decidí realizar un gran evento en noviembre de 2022 en la Arena México, lugar conocido por albergar contiendas de lucha libre y el eterno combate entre los bandos rudos y técnicos. El ring, que normalmente es centro del gran espectáculo de golpes, patadas y movimientos aéreos para tirar el oponente al suelo, se transformó en el lugar desde donde propuse la reconciliación mexicana.

Entre máscaras de luchadores, disfraces coloridos, banderas, letreros y música de tambores, 10,000 personas y yo mandamos un mensaje a México de que existe una ruta de reconciliación que puede ser nuestro proyecto común.

En su momento, nuestro movimiento fue nombrado como Morena, acrónimo de Movimiento Regeneración Nacional. Para mí, la continuación natural es la reconciliación nacional. En otras palabras, reconciliación es transformación.

En la caminata por mi tierra de pensamientos libres, los recovecos de mis reflexiones me habían llevado a lo que ha sido parte de mi impulso para continuar durante 46 años en la política: un México reconciliado e igualitario. Los grandes empujones para llevarme al margen de mi partido y las últimas maniobras realizadas para que pierda el equilibrio y caiga serán en vano. Me quedaré y resistiré.

Ni me dejo ni me rajo.

Así como diría mi padre: “No es momento de sentarse. Vamos a lo que sigue”. Lo que sigue...



Posdata

Regresé al Senado al inicio del nuevo año, 2023, sin certeza sobre mi situación, pero con claridad en mi mente, con un manuscrito prácticamente terminado del libro que usted está leyendo. No obstante, durante los siguientes meses, este proyecto quedó como uno de esos puntos aplazados en la lista de qué hacer en un momento libre, que parece nunca llegar. Los sucesos significativos se fueron reemplazando.

Y justo cuando parecía que mi situación iba empeorando, hubo un giro y todo se empezó a recomponer, sólo para que surgieran nuevas complicaciones. Eran idas y vueltas en un ritmo cada vez más acelerado.

14 de enero. Se publica un escrito oficial del presidente de Morena, Mario Delgado, en el cual se anuncia que las y los gobernadores de los estados del país deben fortalecer la presencia de las personas recono-

cidas como aspirantes a la candidatura presidencial. Se menciona el nombre de cada una y uno de estos últimos... ahora incluyendo el mío.

Ya era oficialmente aspirante, aunque en una competencia peculiar, pues las demás personas tenían una ventaja de 18 meses, un terreno preparado y actos de promoción junto a Andrés. Días después, envié una carta en respuesta, agradeciendo la decisión y agregando cuatro propuestas para que el proceso fuese más justo; entre éstas, una metodología con el fin de asegurar que la encuesta que se aplicará para elegir a la persona candidata sea imparcial. Era un gran paso hacia adelante.

15 de marzo. Andrés veta el nombramiento de las dos personas que varias semanas antes habían sido seleccionadas por el Senado como comisionadas del INAI.¹² Argumenta no estar de acuerdo con el proceso liderado por mí, pues le pareció el resultado de algún tipo de negociación que favorecía esa elección. Un paso para atrás.

27 de abril. Se hace otra votación en el Senado para elegir a Ricardo Salgado como comisionado del INAI, en el entendido de que tanto la bancada de Morena como la oposición estaban de acuerdo con su aprobación. No sucedió así. Mi grupo parlamentario sorprende y vota en contra. Por primera vez en los cinco años de presidente de la Jucopo, no sabía si aún podía llamarme líder del grupo.¹³

¹²Instituto Nacional de Transparencia, Acceso a la Información y Protección de Datos Personales.

¹³Al momento de escribir esto, aún no se ha nombrado a las o los comisionados, lo que impide que la Comisión sesione y tome decisiones, por lo que la institución no puede operar o cumplir su función adecuadamente.

Después del giro inesperado dado por mi grupo parlamentario, la oposición tomó la tribuna del Senado en protesta contra el resultado, y la población pudo ver en las noticias un momento lamentable, cuando el diálogo y la colaboración se sustituyeron por ofensas, gritos y empujones entre bandos políticos. Ante el cierre del periodo legislativo pocas horas después, se decide cumplir con la agenda y seguir sesionando en una sede alterna, la de Xicoténcatl, en donde Morena y aliados aprueban 19 iniciativas, haciendo uso de la mayoría con que cuentan. Durante el sexenio se hubiera podido actuar en forma similar pero, como ya se sabe, en mi periodo al frente la prioridad fue construir acuerdos aprobados por unanimidad. Resaltó, entonces, el uso de la mayoría de Morena en lo que se llamaría “la noche guinda”, porque la oposición no apareció en la sesión y su protesta se silenció. Mi liderazgo siguió en duda. Unos pasos para adelante y otros para atrás, para tener estabilidad en el tambaleo.

28 de abril. Adán Augusto, el secretario de Gobernación, me llama e informa que el presidente, de manera sorpresiva, decidió invitar a las y los senadores de la bancada y de los partidos aliados a Palacio Nacional. “Es a las 18:00 horas”, me precisa. Yo notificaría a las personas convocadas, pero ofrecí no participar en la reunión, para que mi presencia no impidiera un resultado positivo. Sin embargo, quedó claro que Andrés había especificado que la invitación me incluía. Nos veríamos en persona por primera vez en dos años. Un paso importante hacia adelante.

11 de junio. El Consejo Nacional de Morena anuncia las reglas para el proceso de elección de candidata o candidato del partido en las elecciones del 2024, lo que será denominado “Coordinación de Defensa de la Transformación”. Entre éstas, se establece que cada aspirante debe renunciar a su cargo y desistir de descalificar a los demás candidatos en la contienda; así también, de usar recursos públicos para promoción. La encuesta para elegir quién quedará a cargo de la coordinación se realizará del 28 de agosto al 3 de septiembre de 2023. Otro paso hacia adelante.

16 de junio. Mi último día en el Senado y el registro como aspirante a la Coordinación de Defensa de la Transformación. Son momentos emotivos y de profundo agradecimiento por los años al frente del Grupo Parlamentario de Morena y de la Jucopo. Inicio con gran entusiasmo mis recorridos por cada estado del país. Este es el momento que he estado esperando.

Al libro terminado, agregué esta nota a manera de posdata sobre los movimientos que han dibujado un patrón de imprevistos, de decepciones y grandes motivaciones. La velocidad ha cambiado, pero no mi curso. Éste sigue fijo en mi anhelo por la presidencia de México y en una verdadera reconciliación de la nación.

A partir de ahora, la historia que sigue apenas comienza...



EPÍLOGO

Me gusta la música. Desde los boleros, el maria-chi y el pop latino, hasta el rock y la música clásica. Con frecuencia reflexiono sobre el hecho de que la melodía no sólo se hace con los sonidos, sino también con el espacio o silencio entre ellos. Es decir, las pausas son las que dan sentido a lo que acaba de pasar y lo que viene.

Pienso en este libro como una pausa en la historia, que resalta el sentido de tanto que ha sucedido y de lo que está por venir.

Compartir mi historia por este medio ha sido una experiencia peculiar. Aspectos poco visibles en la superficie de mi vida cotidiana resultan tener raíces profundas en mi forma de ser, y otros —que parecieron muy dominantes—, en retrospectiva, sólo eran un peldaño para llegar a lo importante. En la narración se distinguen las grandes líneas, no sólo de mi historia, sino también la de nuestro país. Me hace pensar que en general tenemos que estar conscientes de que cuando actuamos en la vida siempre nos insertamos en un momento de la historia. ¿Sobre qué estamos construyendo y qué dejamos para las demás personas?

Este libro resalta la importancia que ha tenido y tiene mi origen campesino en mi forma de ser, de pensar y de hacer política. Ahí se sembró mi convicción de que el punto de partida y de llegada es la gente, y aquella se fue convirtiendo en una nueva forma de gobernar para la gente, con la gente, y sin dejar de acompañarla en sus propios espacios. Es también mi origen que me enseñó en carne propia sobre los obstáculos que la mayoría de las personas en México enfrenta para mejorar su vida, y me dio las razones para dedicar mi vida a luchar en contra de la desigualdad y la discriminación, que día a día impide que nuestros derechos se reflejen en hechos.

Al mismo tiempo, es justo el esfuerzo por resistir el peso de la injusticia y seguir adelante, que hace del campo un lugar donde la vida depende del trabajo en equipo. Y por ello, el valor de la colaboración se arraigó en mi forma de ser y es el principio que dirige cualquier cosa que emprendo.

Siento profunda gratitud por estas enseñanzas que forman mi vida y que muestran que todas y todos estamos parados sobre los hombros de muchas personas que en el pasado han luchado para que ahora nosotros podamos retomar y construir sobre los cambios que generaron. Así fue cuando los sueños de mi padre me impulsaron a estudiar y una generación anterior de jóvenes hizo posible que tuviera esa oportunidad, por haber enfrentado a las autoridades y revolucionado las universidades.

También sucedió así cuando fui líder campesino en mi estado, mientras que un pequeño grupo de políticas y políticos valientes y visionarios generaba una corriente democrática tan

fuerte que podía llevarnos a todas y todos hacia adelante. Una corriente cuyo cauce me llevó a ser gobernador e iniciar el trabajo para demostrar que la democracia se despliega y se consolida *entre* las elecciones y no que se limita a ellas. Me permitió convertir el desarrollo del estado en un verdadero proyecto común, donde cada persona y grupo de la sociedad sabía que su valor era reconocido y su participación necesaria.

En el resto del país, donde aún no era así, la gente ya había luchado durante décadas para generar un cambio. Fueron sus anhelos, protestas y propuestas las que nos dieron el sustento para crear un nuevo movimiento social, luego un partido y después un nuevo régimen que unificó la lucha social, la cercanía entre la gente y una nueva forma de hacer política. Esto me permitió integrarme (nuevamente) a una institución anclar de la democracia, el Senado de la República, constituido y defendido por mexicanas y mexicanos durante cerca de 200 años.

Desde que me convertí en el presidente de la Jucopo, me he inscrito en este linaje de personas defensoras y, al mismo tiempo, he luchado por fortalecer al Senado de la República como un verdadero contrapeso. Aquí también corroboré que, aun en procesos que se caracterizan por luchas de poder y desacuerdos, es posible colaborar en la construcción de las grandes reformas para el desarrollo de México. La voluntad de todos los grupos parlamentarios, de la mayoría y de la oposición para aprobar iniciativas por unanimidad es un acto que materializa el verdadero sentido de la política, porque rechaza enfáticamente que divisiones y supuestos bandos opuestos arriesguen nuestro futuro democrático.

Cada uno de estos logros muestra que la confianza es protagonista de cualquier proceso democrático, y sirve como afirmación y recordatorio de la importancia de cuidarla, así como de multiplicar los ejemplos que evidencian que la política mexicana la merece.

De esta forma, mi historia, inseparable de los cambios generados por tantas personas, es parte de una historia mayor: de lo que se puede lograr cuando salimos de las dinámicas de suma cero, en las que la ganancia de unos debe ser pérdida para otros y, en su lugar, aumentamos el bien común a través de la diversidad de perspectivas, el diálogo, la colaboración y la construcción de acuerdos.

Son estas mismas acciones las que suelen caracterizar los procesos de reconciliación que sanean situaciones donde la gente se encuentra distanciada o enfrentada. Por ello, en este momento de *nuestra* historia, marcada por divisiones sociales, culturales, económicas y políticas, la reconciliación nacional se presenta como el camino para vencerlas y para crear una oportunidad real de desarrollar nuestro potencial como personas y como país.

Es con una política de reconciliación que podemos construir un México igualitario e inclusivo, colaborativo, seguro, verde, con prosperidad y justicia social. Estos son los propósitos de mi visión para el país, que comparto a continuación. Esa visión se ha pensado como un primer paso en un proceso colectivo para crear un proyecto de nación que integra la perspectiva y voz del pueblo mexicano. Todas y todos somos parte de la creación de ese México que le permitirá a las siguientes

generaciones estar sobre nuestros hombros y poder contemplar una vida con una oportunidad real para desarrollarnos en libertad, tal como somos y con las herramientas para convertirnos en lo que podemos y deseamos ser.

Esa es la verdadera reconciliación mexicana que asegurará que tengamos un país en el que una historia como la mía, que se desprendió de la pobreza y se formó por grandes oportunidades, ya no sea excepcional, sino al contrario, sea la regla.





MI VISIÓN DE MÉXICO

UN PROYECTO EN CONSTRUCCIÓN



Todas las personas queremos una vida en la que nos sintamos vistas como valiosas por la gente cercana y por la sociedad. Una vida en la cual podamos desarrollarnos libremente, aprender, tener un trabajo con sentido y aportar en lo que somos buenas y buenos para hacer. Anhelamos una vida con oportunidades que nos hagan pensar en el futuro con esperanza y sin preocupación.

Todas y todos sabemos bien que México tiene lo que se requiere para ofrecer eso y más. Y, sin embargo, no es la realidad que tenemos. Aún. El cambio que se ha buscado crear, no es inmediato.

Esto genera frustración; es comprensible. Pero la solución no está en ponernos unos contra otros. Ni en descalificarnos. Cuando la división y la distancia entre nosotras y nosotros va creciendo, México se va debilitando. Su potencial se encoje y nuestra diversidad espléndida se aplasta bajo la idea de que pertenecemos a grupos diferentes y distanciados.

No somos de grupos opuestos. ¡Somos México!

Podemos lograr el México que queremos. Podemos lograrlo si dejamos de combatir entre nosotras y nosotros para, en conjunto, luchar por avanzar.

Salgamos ya de los estereotipos que nos encasillan y que no permiten ver todo lo que somos y todo lo que podemos hacer. Somos un pueblo con una capacidad extraordinaria para enfrentar retos y crear nuevos caminos. Detrás de nuestras diferencias y de la insatisfacción con nuestra situación, sabemos que no es posible tener un país más fuerte si nos descontamos y desvaloramos.

Necesitamos reconciliar a México.

Una reconciliación mexicana es vencer las brechas sociales que nos dividen y separan.

Reconciliar a nuestro país es luchar para que cada persona se sepa valorada y necesitada por la sociedad, y que nuestra diversidad sea la herramienta para tener productividad y creatividad. Es asegurar que las injusticias que arrastramos, como la desigualdad y la pobreza, se sanen construyendo un Estado que cambie de fondo las condiciones económicas y sociales.

Un México reconciliado debe estar organizado en un solo frente común para recuperar nuestra vida y luchar en unidad contra la violencia y el crimen, que cada vez más nos separan y aíslan, manteniéndonos en un estado permanente de ansiedad y precauciones.

Reconciliar a nuestro país es lograr que todas y todos tengamos la posibilidad de desarrollar y ampliar nuestras competencias con estudios, cursos y certificaciones, independientemente de nuestra edad. Es aprovechar el enorme potencial que tiene cada sector que impulsa nuestra economía, a fin de destacar en el mundo. Eso implica generar empleos que ahora están buscando las personas de cada lugar de México. Es vincular nuestras capacidades con oportunidades.

Una reconciliación real es cuando los momentos difíciles de la vida, como la pérdida de empleo o la interrupción abrupta de estudios, no se convierten en una amenaza de pobreza. Es cuando, en lugar del miedo de ser excluidas o excluidos, el gobierno crea mecanismos para sustentar a las personas y lograr que sean incluidas en la sociedad; es decir, existe sustento gubernamental para lograr la inclusión.

Porque México necesita de ti. Tu participación en nuestra sociedad contribuye a fortalecer la nación que queremos.

¡Iniciemos ya el diálogo y la colaboración que marquen el camino para nuestra reconciliación!

Para que cada persona, así como el país, tenga una oportunidad real de alcanzar su potencial, es necesario que nos reconciliemos y comencemos a vernos como personas que forman parte esencial de los cambios que se requieren. Para ello, es preciso que todas y todos los mexicanos nos unamos: la gente que viven en nuestras ciudades, en las costas y en el campo; quienes están en la sierra y en la selva; las personas de todos los géneros; de todos los tonos de piel; de cada etnia, religión y creencias; de todas las edades y preferencias sexuales. Colaboremos con quienes tienen convicciones políticas diferentes a las nuestras; con quienes forman parte de la iniciativa privada, de la sociedad civil y los medios de comunicación, así como con servidoras y servidores públicos.

La reconciliación mexicana que proponemos es un camino común para llevarnos a una nación próspera, con justicia social.

Podemos tanto más, y merecemos una oportunidad real.

RMÁ





MÉXICO INCLUSIVO E IGUALITARIO

Avancemos con diversidad



México es uno de los países con mayor diversidad cultural del mundo. En él coexiste una gran cantidad de grupos sociales con distintas circunstancias, características e identidades. Esta diversidad tendría que ser nuestra fuente de orgullo, inspiración y fortalecimiento.

Está demostrado que las sociedades con mayor activación de la igualdad y la equidad de género, así como de la diversidad e inclusión, salvan más vidas; padecen menos pobreza y poseen mejores índices de salud; en ellas se aumenta la productividad y crece la economía; se fortalece la justicia y hay una mayor percepción de paz.

Sin embargo, una mayoría de la población de nuestro país no se siente incluida ni valorada por la sociedad. Aunque su valor y sus derechos están reconocidos en papel, la discriminación, exclusión y persistencia de estereotipos impiden que los experimenten en la vida cotidiana.

La visión de México desde la reconciliación surge de la urgencia de construir un país donde nuestra diversidad cultural y social sea nuestro motor de progreso, y donde se ponga fin a la discriminación y la desigualdad, que ahora son motivo de exclusión social.

Tenemos una historia en la que ser mujer significa ser más pobre, tener empleos peor pagados y menor acceso a salud, educación y posiciones de poder. Esta exclusión sistemática ha sido acompañada por abusos y una violencia contra las mujeres que lamentablemente está normalizada. En los años recientes, grupos liderados por mujeres jóvenes lograron hacerlo aún más visible, pero a pesar de que hay avances importantes, también queda mucho por hacer para que en nuestra cultura se fomente la igualdad de género en lugar de obstaculizarla.

De igual manera, sigue habiendo una brecha dolorosa entre la enorme importancia que tienen los pueblos indígenas y afroamericanos para México, y la realidad que afrontan, de pobreza y falta de visibilidad.

La creciente comunidad LGBTQ+, en su esfuerzo por participar en la sociedad, se enfrenta a rechazos, estereotipos y violencia. Esto es similar a lo que vive uno de cada cuatro mexicanos con alguna discapacidad física o con distintos retos mentales y emocionales.

Estos grupos representan la mayoría de México. Forman parte de la esencia de nuestra historia, de la riqueza cultural que nos hace destacar como un país con una diversidad espléndida. No es aceptable que ni una sola persona en México, sólo por sus orígenes, creencias y características, deba tener una vida más difícil y con menos oportunidades.

Tenemos que empezar a frenar ya la percepción de que las injusticias se resuelven con descalificación o exclusión. En la dinámica de la polarización se buscan culpables y no soluciones; se reconoce a unos, mientras que se descalifica a otros. En lugar de

ser aliados en la lucha por un país justo e igualitario, nos dividimos en “nosotros” y “ellos”. Se percibe a la gente en polos opuestos: “gente blanca o de color”, “gente de campo o de ciudad”, “los ricos y los pobres”, “los buenos y los malos”. Se está empezando a notar una tendencia de cambiar la lucha contra la desigualdad por una entre grupos sociales. Cuando destacamos las diferencias se genera división y se empieza a percibir que el valor de otras personas u otros grupos es menor o cuestionable.

Gobernar responsablemente para todas y todos, empieza por reconocer primero el valor de cada una de las personas y convertir la diversidad en nuestra base de unión y fortaleza.

Reconciliar a México es avanzar en comunidad.



LO QUE QUEREMOS...

La primera Secretaría de Diversidad, Género e Inclusión en la historia de México

La diferencia será notable cuando un gobierno con la visión de reconciliación convierta la diversidad e inclusión en fortaleza y prioridad al mismo tiempo. Una forma de expresar esta visión será a través de la creación de la primera Secretaría de Diversidad, Género e Inclusión. Los muchos proyectos y programas que desde diferentes áreas han estado dirigidos a generar mayor inclusión deben ser concentrados, potenciados y elevados a un nivel prioritario.

Esta nueva secretaría concentrará sus esfuerzos en diseñar mecanismos para garantizar la inclusión de todas las personas en la sociedad; su representatividad en todos los espacios, y la igualdad de todos los grupos culturales y sociales.

El gobierno tiene que reflejar en su interior la misma diversidad cultural y social de la población. Eso genera un cambio cultural hacia la inclusión que, a su vez, ha demostrado aumentar la productividad, la sensación de pertenencia y el bienestar colectivo. Por primera ocasión se aplicará una política de representatividad. Seremos un gobierno que logre aumentar la productividad.

Una nueva forma de hacer política con un enfoque vanguardista centrado en las personas

Implica que representantes de la diversidad de nuestro país participen en la identificación de obstáculos, oportunidades y diseño de políticas públicas, para asegurar la mayor eficiencia y mejores soluciones.

Un país de igualdad y equidad de género, donde los derechos se reflejan en hechos

Tenemos que visibilizar que, a pesar de avances importantes, los derechos que tienen las mujeres aún no forman parte de la realidad cotidiana que viven.

Se propone que no sólo se fortalezca la transversalidad de la perspectiva de género, para que forme parte de cada política, así como de la planeación, estrategias, programas y presupuestos del gobierno, sino que se implementen mecanismos de rendición de cuentas, que permitan determinar cuáles son los logros efectivos en la igualdad de género.

Esto se debe acompañar con prácticas de supervisión al interior de las instituciones públicas, con énfasis en las de seguridad, para identificar el uso de estereotipos o la formulación de medidas que impiden un cambio cultural a favor de la igualdad sustantiva de género.

Pueblos y comunidades indígenas y afromexicanos con inversión local, representatividad e inclusión en toma de decisiones

Fortaleceremos las instituciones que apoyen y difundan la riqueza e importancia cultural de pueblos y comunidades indígenas y

afromexicanos, y realizaremos campañas nacionales permanentes para visibilizar sus grandes aportaciones tanto al país como al resto del mundo. Esto implica la implementación efectiva de políticas de prevención y actuación ante la apropiación cultural, así como para la defensa de sus derechos.

Fomentaremos la inversión en los proyectos locales en las zonas donde habitan las personas indígenas y afromexicanas. Asimismo, se priorizará su integración en la toma de decisiones sobre megaobras u otros desarrollos que pudieran afectar su región, su entorno y sus culturas, así como las decisiones sobre la distribución de los beneficios que generen los que hayan sido aprobados.

Se garantizará su acceso a servicios públicos de calidad y con pertinencia cultural, incluyendo los relativos a salud, educación bilingüe, acceso a justicia y vivienda.

El primer Plan Nacional de Acción LGBTTTIQ+ en México

Un gobierno inclusivo, que asuma su responsabilidad de unir al país en diversidad e inclusión, tiene que reconocer la realidad y los retos de la comunidad LGBTTTIQ+ y actuar para enfrentarlos. El Plan Nacional de Acción tendrá los objetivos principales de promover y garantizar los derechos de participación de las personas de la comunidad LGBTTTIQ+ e integrarlas en el diseño de políticas públicas, así como en el monitoreo y la evaluación de su implementación y resultados. Hagamos que el género y la sexualidad no definan la participación y el bienestar en nuestra sociedad.

Inclusión plena para personas con discapacidad

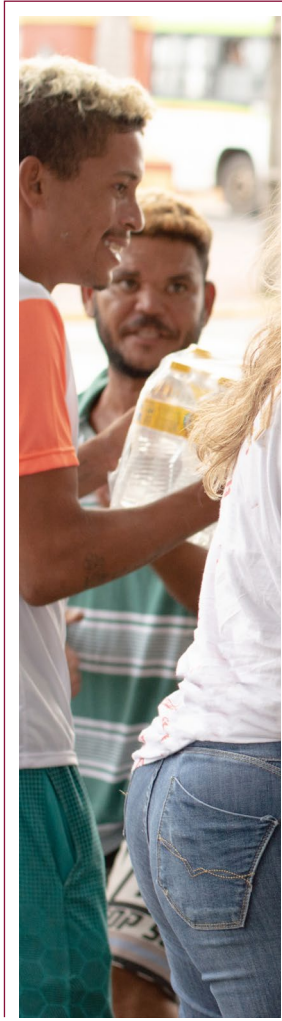
Incluir a los 6 millones de personas que viven con alguna discapacidad es más que otorgarles apoyo económico. Aseguraremos que ejerzan plenamente sus derechos, que estén representadas en la formulación de políticas y en el diseño de procesos que garanticen su inclusión plena, también a través de la facilitación de accesos aptos.

Iniciativas que combaten los estigmas de salud mental

Se visibilizará la grave situación de salud mental en México y se actuará de manera integral para que se mejoren sus condiciones en la población, y para que las personas que luchan con enfermedades o momentos complicados de salud mental sean reconocidas e integradas.

Se priorizará la intervención conjunta desde distintos sectores, a fin de promover la salud mental, ofrecer mayor seguimiento a las personas que sufren y dar tratamiento integral a quienes lo requieran. Esto implica un trabajo importante para combatir el estigma social y los estereotipos que actúan como una gran barrera que limita la expresión abierta de los sentimientos y emociones de las personas.





MÉXICO COLABORATIVO

Las mejores soluciones
surgen de la colaboración



Después de décadas con gobiernos alejados de la población y sus necesidades, se está cambiando la forma de hacer política. Tenemos que seguir fortaleciendo el esfuerzo por dejar atrás las tendencias de gobernar para la mayoría o para las minorías y simplemente gobernar *con* la gente. Esto significa que, por fin, las mexicanas y los mexicanos no serán objetivos de políticas públicas que puedan o no ser eficientes, sino que sus voces serán escuchadas y formarán parte de las decisiones y soluciones a los problemas de la vida cotidiana.

Una verdadera colaboración requiere espacios de diálogo y construcción de confianza, para asegurar que las soluciones a los problemas que afectan a la población sean implementadas de la manera más eficaz.

Lo necesitamos porque la división, la desconfianza y la polarización que están dejando huellas por todo nuestro país no sólo nos separan en la vida social, sino que también generan distancia entre el gobierno y la población. Esto afecta a cada persona en nuestro país, porque es la cercanía la que asegura que todas y todos sean escuchados y que la política y los programas gubernamentales se desarrollen con comprensión de las realidades y necesidades de la gente.

Con un gobierno colaborativo se integrará a cada parte de la población, la sociedad civil, cada sector y cada comunidad en los procesos que aseguran que los problemas de nuestra nación se resuelvan con eficacia.

Es el camino para reconstruir la confianza de la gente en su gobierno e instituciones públicas y llevar a nuestro país a consolidarse como una democracia participativa, con un gobierno transparente y eficiente.

¡Reconciliar es colaborar!

“Colaborar es valorar la diversidad y reconocer que la necesitamos para generar las mejores soluciones a los problemas que enfrentamos. No quedarán voces sin escuchar. No habrá preocupaciones que queden fuera ni propuestas sin contemplar”.



LO QUE QUEREMOS...

Una nueva forma de gobernar y formular programas, políticas públicas e iniciativas a través de una nueva metodología enfocada en la persona

La introducción de la metodología enfocada a la persona garantizará la participación a la población, la sociedad civil, la comunidad académica y la iniciativa privada en el diseño, la implementación y evaluación de las políticas que les atañen. En esta nueva forma de hacer política, no sólo existirán espacios de construcción conjunta, sino también de participación en la toma de decisiones respecto a los temas más relevantes para la población.

Una sociedad civil fortalecida

En un país con tanta diversidad como el nuestro, las organizaciones civiles son la vía para asegurar la participación social. Se aumentarán los mecanismos y espacios de colaboración y se diseñarán iniciativas para combatir los ataques a activistas defensores de los derechos humanos de las mexicanas y los mexicanos; protectores del medio ambiente y su biodiversidad o de los animales en vías de extinción y su hábitat.

La iniciativa privada como aliada esencial para potenciar el desarrollo

Se priorizará crear un diálogo constructivo y establecer comisiones intersectoriales para la identificación y negociación de soluciones comunes de las problemáticas que enfrenta el país, ya sea en la generación de empleos formales, la inversión o el impulso a los sectores de comercio, manufactura, agropecuario y turístico.

Las fuerzas políticas como ejemplo de diálogo y no de descalificación

Se trabajará con insistencia en recuperar un ambiente de respeto y colaboración entre las diversas fuerzas políticas —los partidos políticos, los gobiernos locales y las Cámaras del Congreso. Esto también implicará fomentar una política de amplios compromisos, que traduzca las diferencias en acciones a favor del país.

Gobierno abierto

México tendrá su primer gobierno abierto, el cual, a través de herramientas tecnológicas, insistirá en la transparencia de todos los procesos públicos. De esta forma, el diálogo democrático se volverá confiable y efectivo, y permitirá hacer realidad nuestra visión compartida de México.



MÉXICO JUSTO

Por una potencia con piso
parejo y justicia social



La vida no se tiene que definir por nuestro origen, lugar de nacimiento, nivel de ingresos o características físicas. Cada mexicana y mexicano tienen valor y merecen un país donde haya piso parejo y oportunidades para mejorar las condiciones sociales y económicas a lo largo de la vida. Por ello, para nosotros no habrá una reconciliación real en nuestra nación hasta que cerremos todas las brechas sociales que nos separan y alejan.

Eliminemos las distancias que generan desigualdad de oportunidades, educación, salud y empleo. Cerremos las brechas entre la ciudad y el campo, entre el norte y el sur, y entre nuestros derechos y los hechos.

Queremos crear un país con una justicia social que perdure. Esto no se logra con confrontaciones o compensaciones. Se deben tomar en serio los problemas y las necesidades que expresan la población, sociedad civil e iniciativa privada. Por ello, planteamos iniciativas responsables, realistas y de vanguardia que, simultáneamente, llevarán a beneficios notables en la vida laboral, en la formación profesional y la salud, y que proveerán un respaldo cuando se esté en riesgo de perderlos.

Cambiarán, entonces, la vida de millones de personas y, con ello, el destino de México. Así avanzaremos en comunidad.

“Queremos que cada mexicana y cada mexicano vean el futuro con la certeza de que podrán realizar sus aspiraciones, y no como un motivo de preocupación”.



LO QUE QUEREMOS...

Empleos para la prosperidad

Una parte esencial en el combate a la desigualdad en México es el desarrollo económico y la generación de empleos. Por ello, se priorizará la creación de trabajos formales y bien remunerados, con una actividad económica dinámica, impulsada por condiciones que permitan el fomento de la inversión privada.

Se desarrollará un nuevo sistema nacional para vincular conocimientos, habilidades y destrezas de las personas, con los requerimientos de las y los empleadores. Formará parte importante de iniciativas enfocadas a revertir el trabajo en la informalidad, que actualmente es la condición que viven más de 32 millones de personas en México.

Asimismo, invertiremos recursos específicos para integrar a quienes históricamente han enfrentado mayores barreras para acceder a la educación y al empleo, como las mujeres, las personas con discapacidad, y los pueblos y comunidades indígenas y afroamericanos. Hacerlo saldrá una deuda de justicia que venimos arrastrando desde hace mucho tiempo y dará un impulso significativo a la economía. Sólo con el aumento de la participación de las mujeres en la fuerza laboral se puede elevar hasta en un 20 por ciento el Producto Interno Bruto (PIB) per cápita.

La educación de las y los jóvenes de México tendrá una visión de futuro

Para un gobierno dedicado a lograr un México próspero y justicia social, la educación es clave y trae consigo beneficios a largo plazo. Para la gente, los estudios mejoran su economía y su situación de vida, incluso generan movilidad social. Para nuestro país, un mayor nivel de educación mejoraría las condiciones en el mercado laboral, llevaría a un crecimiento económico y otorgaría mayores ventajas en la competencia internacional. Por ello, se reforzará el acceso a servicios gratuitos y de calidad para que el derecho a la educación se ejerza plenamente.

Se realizará una iniciativa interdisciplinaria e intersectorial para analizar los escenarios futuros, las oportunidades y los retos nacionales e internacionales, con el fin de definir las necesidades futuras que habrán de ser tomadas en cuenta para plantear cómo debe ser la formación y preparación de las próximas generaciones de mexicanas y mexicanos, y qué disciplinas serán fundamentales.

Se desarrollarán amplias iniciativas para subsanar el profundo impacto que ha dejado la pandemia en la educación y las consecuencias que seguirá teniendo para México. Como parte de ello, para niñas, niños y jóvenes se requieren de manera inmediata acciones en materia de salud mental y trabajo social proactivo que, en forma continua, den seguimiento a su bienestar y actúen ante el abandono escolar.

Se desarrollará un programa enfocado a la infraestructura, que buscará proveer a las escuelas con los materiales y servicios básicos para su funcionamiento, ampliar su conectividad y, sobre todo, expandir las zonas de cobertura de Internet.

Un sistema de profesionalización para todas las personas, de todas las edades

Abriremos un nuevo capítulo en la historia de México, con la introducción de un sistema de educación para la vida, el Programa Nacional de Actualización y Profesionalización, que ofrecerá espacios para que las personas de todas las edades puedan actualizar y profesionalizar sus capacidades y aprendizaje. Realizaremos programas de certificación de saberes, sin que éstos sean, necesariamente, adquiridos mediante educación formal, sino a través de, por ejemplo, el trabajo obrero, el de campo o en el comercio informal.

Tendrá un efecto positivo para aumentar el empleo formal, así como para incrementar el pago por el trabajo. Al mismo tiempo, podrá fortalecer la mano de obra especializada que tan necesaria es para impulsar cada sector de la economía. Hagamos que México sea un país vibrante de habitantes que sientan orgullo por sus capacidades, y que cuenten con oportunidades para desarrollarlas y mostrarlas.

Un cambio urgente en la salud para la gente

La salud tendrá que dejar de ser un lujo para algunas personas y convertirse en una condición generalizada. Esto implica aumentar gradualmente el gasto público en salud, para unificar el sistema de salud fragmentado, lo cual permitirá hacer realidad que cualquier persona, esté o no asegurada, tenga acceso a un servicio de salud universal, gratuito y de calidad. Sin embargo, no basta con poder acceder a la salud, sino que el sector sanitario también deberá contar con lo que se requiere para cumplir con su objetivo. Significa que la prioridad será tener hospitales con personal, herramientas, servicios de calidad y, desde luego, medicamentos.

Se plantea incluso una visión integral y preventiva de la salud con acciones de acompañamiento, no sólo en momentos críticos, sino en el día a día, en términos de alimentación, trabajo, edad y salud sexual y reproductiva. Ello requerirá una mayor cercanía y acompañamiento de las instancias de salud, a través de módulos sanitarios locales con equipamiento, sea en las ciudades o en las comunidades rurales.

Apoyos que hagan la diferencia en los momentos críticos de la vida

Por primera vez en la historia de nuestro país, se plantea un sistema de sustento social que respalda a la población en momentos críticos que puedan presentarse a lo largo de su vida. Asegurará que, aunque la gente atraviese situaciones demandantes, inesperadas o difíciles, ello no la pondrá en riesgo de empobrecimiento o en problemáticas cada vez más difíciles de superar.

Consistirá en diferentes programas de apoyo para cuando sucedan eventos críticos, como el desempleo, un momento de intensificación de elementos de alto estrés o la recuperación de una situación severa de salud. El respaldo podrá ser en forma de apoyo psicológico, capacitación y certificación para acceder a nuevas oportunidades, o bien una orientación para buscar empleo. Implicará otra iniciativa histórica que nace con la implementación gradual de un seguro de desempleo.

Un manejo responsable e integral de las finanzas públicas

Si bien hoy se apuesta por alcanzar la justicia social a través de la transferencia directa de apoyos económicos en efectivo, a una gran

parte de ese sector de la población, mantener esta política y, al mismo tiempo, hacer frente a todas las inversiones necesarias para que México crezca requiere, también, de un manejo responsable e integral de las finanzas públicas.

Para asegurar un futuro con justicia social, nos enfocaremos en simplificar los procesos de registro y cumplimiento de obligaciones fiscales ante el Sistema de Administración Tributaria (SAT), y lograr un aumento en la cantidad y calidad de la base gravable; que los sectores con mayores ingresos aporten más y que se subsidie a los grupos menos favorecidos de la población.

Combinaremos estas iniciativas con un mayor control en el padrón de contribuyentes, para evitar la evasión fiscal, así como con la integración del Padrón Nacional de Beneficiarios de Programas Sociales, que evitará duplicidades y facilitará la coordinación entre dependencias y entidades. Los recursos de esos programas se distribuirán a través de medios formales de pago para promover la inclusión financiera y la bancarización.

Para alcanzar los beneficios buscados con la reforma, los controles serán acompañados con la reducción y simplificación del Impuesto sobre la Renta (ISR); esto fomentará la inversión y disminuirá la sobrecarga fiscal del sector formal de la economía.

El futuro es mañana, no esperemos para asegurarlo.





MÉXICO SEGURO

Recuperemos el rumbo y la
vida en comunidad



La inseguridad en el país está limitando nuestra vida de una manera alarmante y dolorosa. Literalmente, nos encierra en nuestras casas, nos aleja de la vida social y nos deja en un estado de constante angustia. La mayoría de la población ha dejado de salir a ciertas horas y de ver a sus amistades y familiares, si ello implica salir por la noche. Se cancelan planes y se toman precauciones en cada momento del día. Niñas y niños practican técnicas para salvar sus vidas ante la violencia y desconfiamos cuando alguien desconocido nos ayuda. Es decir, planeamos nuestra vida siempre con incertidumbre y miedo a que algo nos suceda o a las personas que queremos.

Todas y todos los mexicanos estamos afectados de alguna manera. Hemos normalizado una situación inaceptable, pero vivir así no es normal ni debemos acostumbrarnos a creer que lo contrario.

Además, la corrupción y la abrumadora impunidad crean un entorno propicio para la violencia y la inseguridad en México, donde nueve de cada 10 delitos cometidos contra la población quedan impunes. La falta de investigación efectiva de los ilícitos perpetúa y anima las muchas formas de violencia que existen y parece dar licencia para ejercerla, pues hay certeza de que hacerlo no traerá ninguna consecuencia.

En términos de Estado de derecho, nuestro país ocupa hoy el puesto 115 de 140 naciones de todo el mundo. Los factores que más contribuyen al deterioro del orden y de la seguridad son el debilitamiento del sistema de justicia civil y de los contrapesos, como la sociedad civil y la prensa. A esto se suman los retos en materia de anticorrupción y sus grandes consecuencias.

El gobierno que genuinamente se interesa por restituir un verdadero Estado social de derecho y de regresar a las personas la seguridad perdida estará enfocado en actuar responsablemente para generar un diálogo público, abierto y sonoro sobre las consecuencias de la inseguridad, la impunidad y la corrupción en cada aspecto de la sociedad y de nuestra vida.

Este proceso iniciará por reconocer que muchos aspectos del modelo adoptado hasta ahora, contra toda la intención, no han sido suficientemente benéficos; incluso, provocaron profundo dolor, frustración y ansiedad. El reconocimiento de las experiencias lacerantes y las limitaciones será un paso indispensable para empezar a restituir la confianza de las y los mexicanos, e iniciar entonces una seria y necesaria revisión de lo que se ha hecho, así como sobre lo que se debe cambiar, corregir o profundizar para caminar en la dirección correcta.



LO QUE QUEREMOS...

Reconocer el sufrimiento y los daños generados por políticas que no han sido suficientemente exitosas

Que la estrategia adoptada desde 2006 en materia de seguridad ha traído inmenso dolor, desesperación y sufrimiento es una realidad innegable; no aceptarlo sólo profundiza la rabia y la decepción de las personas respecto de su gobierno. Reconocer los fallos de las estrategias —en sus diferentes variantes—, por las que se apostó para afrontar la violencia brutal que viven día a día las y los mexicanos, será el primer paso del gobierno que deseamos encabezar.

Lograr este ambicioso objetivo requiere de la colaboración constante y cercana entre el gobierno, la sociedad civil, la iniciativa privada y los medios de comunicación. Las y los mexicanos merecen vivir sin miedo, sintiendo que el gobierno es su aliado, no su enemigo. La reconciliación será un proceso clave para construir esta confianza y, entonces, luchar juntas y juntos por un México seguro y con Estado de derecho.

Revisión íntegra de las estrategias que se han aplicado

Un análisis amplio y profundo de los distintos elementos y fases de las estrategias aplicadas para combatir la inseguri-

dad, implica revisar integralmente los sistemas policial, judicial y penitenciario, así como diseñar y ejecutar un plan que garantice el cumplimiento del plazo, los propósitos y las condiciones para desmilitarizar a nuestro país.

Una de las consecuencias de los muchos esfuerzos por mejorar las estrategias ante la inseguridad del país ha sido el uso de personal militar, para proteger a la población en zonas de mayor concentración del crimen y la violencia. A fin de cumplir con el plazo constitucional que mandata el regreso de los elementos castrenses a sus cuarteles, se aumentarán la inversión y el uso de inteligencia para combatir al crimen organizado, como mecanismo de anticipación en la lucha contra éste y la delincuencia grave. Además, se seguirá neutralizando su economía a través de acciones que permitan confiscar y eliminar los beneficios que obtengan a partir de actividades criminales. De manera prioritaria, se buscará fortalecer la cooperación internacional contra la delincuencia organizada que trasciende fronteras.

La revisión y redefinición de las estrategias contra la inseguridad también estarán marcadas por la urgencia de crear una política penitenciaria que ayude a resolver los grandes retos de control, regularización y supervisión de las cárceles; la violación de derechos humanos; la mezcla en privación de la libertad de personas consideradas como de alta peligrosidad con las demás, y la cantidad de crímenes cometidos contra la sociedad, pero que están planeados en las cárceles. Este tema, tan importante para combatir la inseguridad y, a la vez, tan poco presente en el debate público, tendrá un lugar central.

Enfoque preventivo

Esto implica la creación de instituciones y políticas públicas que atiendan las causas reales de la violencia, a través de mecanismos diversos que sean transformadores de la realidad. Se diseñarán políticas que apuesten por tener un país con menos pobreza y marginación; mayor inclusión social y más crecimiento económico. Ninguno de esos objetivos es sencillo, no obstante, atender la inseguridad sólo por la vía de la fuerza ignora las dinámicas que generan la violencia y el crimen.

Saldar la deuda con las víctimas

En nuestro país existe una serie de leyes e instituciones dedicadas a la reparación del daño a víctimas de la inseguridad. Sin embargo, aún estamos ante una deuda grande por saldar para que éstas se sientan plenamente escuchadas y genuinamente atendidas. Con ese propósito, diseñaremos nuevas políticas enfocadas en la verdad, la justicia y la reparación, que enfrentarán el problema de manera integral.

Asimismo, se propondrá la creación de un modelo de reparación extraordinario, que sea integral y garantice la existencia de mecanismos efectivos de resarcimiento a víctimas de violaciones graves de los derechos humanos en el país. Este modelo contará con mecanismos sencillos, rápidos y accesibles, a fin de dar solución a los problemas que hoy enfrentan las víctimas para acceder a las medidas reparatorias contempladas en la legislación actual. Un elemento fundamental en la construcción de una política integral en esta materia es la participación de las víctimas en ese proceso, por lo que se

crearán mecanismos efectivos para que sean ellas quienes determinen qué medidas atienden mejor sus necesidades.

Un Estado de derecho omnipresente

La defensa del Estado de derecho y el respeto a los derechos humanos en el territorio nacional nos atañen a todas y todos, pues refieren a la igualdad, la seguridad jurídica y la justicia como las grandes causas de México. En nuestro país es urgente contar con un Estado de derecho robusto, en el que las leyes sean observadas y aplicadas; den certeza jurídica y vigilen el cumplimiento de las responsabilidades.

La justicia en el país enfrenta retos para ser suficientemente expedita e independiente, y esto socava el Estado de derecho, mengua los derechos y las libertades de la población y reduce los estándares de competitividad.

Para que México alcance su máximo potencial y sea el país que todas y todos merecemos, se colocará al Estado de derecho como una de las metas superiores que queremos alcanzar. Con ese propósito, toda actuación del gobierno se apegará estrictamente a lo que dicten la Constitución y las leyes que rigen a nuestro país. En la visión de este proyecto, la supremacía de la ley será el principio que guiará cada acción emprendida, porque para nosotros “la ley es la ley”. Ello implica un compromiso pleno con el principio de legalidad en los actos de autoridad y un reconocimiento a la importancia de mantener un estricto respeto a la separación y autonomía de los poderes, sin que esto cancele el espíritu colaborativo entre ellos.

Lo que queremos es un Estado de derecho en el que, si los derechos de las personas son violentados, existan mecanismos para subsanar las afectaciones producidas. Queremos un Estado de derecho en el que la justicia jamás se supedita a la política.

La independencia de los poderes judiciales

La independencia judicial constituye un derecho humano en favor de todas las personas. Es, además, una garantía frente a posibles intromisiones o presiones indebidas en el ejercicio de la función de las y los juzgadores, lo cual guarda íntima relación con la existencia de un Estado de derecho en el que tengan plena vigencia la igualdad ante la ley, la imparcialidad en su aplicación y la seguridad jurídica, así como la eliminación de la arbitrariedad en los procesos judiciales.

Para materializar un México seguro y con Estado de derecho, nuestra visión parte de darle un lugar privilegiado a la defensa de la independencia judicial que se exprese en cada institución involucrada en procesos de impartición de justicia. Esto será complementado con mecanismos que, desde el mando de los poderes judiciales, garanticen la independencia de las personas juzgadoras, tanto en el ámbito estatal como en el de la Federación. En ambos aspectos, impulsaremos que los poderes judiciales actúen de manera independiente, libres de presiones externas e influencias políticas o manipulaciones de cualquier tipo, lo que es una parte integral del principio de separación de poderes, de la cual no sólo seremos fervientes defensores, sino impetuosos aplicadores.

Cultura de la legalidad

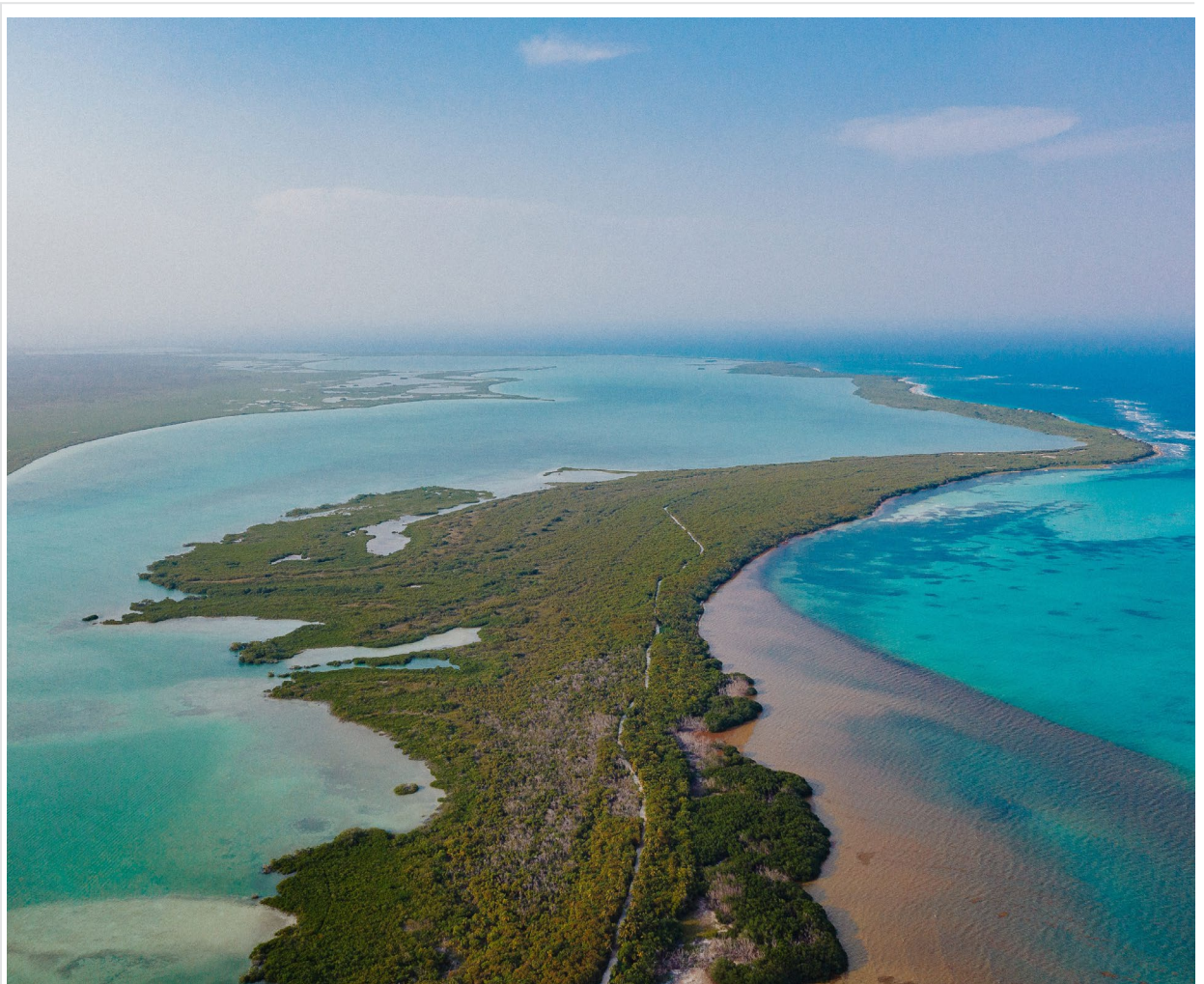
La seguridad y el Estado de derecho están ampliamente ligados con la cultura de la legalidad. Desde el momento en que hay tolerancia ciudadana al delito, al igual que propensión de ciudadanía y autoridades a pasar por encima de la ley, se genera un ambiente ideal para la expansión de la violencia y la criminalidad, y se fomenta la idea de que incumplir, torcer o usar la ley, para beneficio propio, es posible, incluso deseable. Si la autoridad no pone el ejemplo de apegarse a la ley y a la civilidad, la población no se siente obligada a hacerlo.

Para recobrar la confianza en las autoridades, el gobierno pondrá en marcha un ambicioso plan para promover la cultura de la legalidad tanto en las instituciones como en las comunidades. Involucrará a escuelas, madres y padres de familia, Iglesias y organizaciones comunitarias. Una comunidad que forma parte de las estrategias para recobrar la seguridad es mucho menos vulnerable a las amenazas externas, y logrará recobrar la confianza al ver los frutos que el trabajo coordinado, activo y participativo con su gobierno son capaces de dar.



MÉXICO VERDE

Cambio responsable para
un futuro sustentable



En México tenemos abundantes recursos naturales y, en gran medida, nuestro país se sostiene del aprovechamiento de éstos. Sin embargo, nuestro sustento peligra debido a los daños causados por el cambio climático, que avanza rápidamente y por la gestión irresponsable de los recursos naturales.

El aumento del nivel del mar amenaza a todas las comunidades costeras; las heladas destruyen cada vez más cultivos; las olas de calor hacen más difícil el acceso al agua para la agricultura, mientras que la infraestructura de nuestros pueblos y ciudades en todo el país está al borde del colapso por eventos climáticos extremos.

Esto se traduce en mayores costos de los alimentos; servicios públicos menos eficientes; una reducción en la calidad de vida de todas las personas y, finalmente, en la pérdida de vidas humanas.

Este desarrollo devastador amenaza nuestro patrimonio cultural, la economía y el bienestar colectivo. Empeora las condiciones de la población más desfavorecida y, con ello, aumentan la desigualdad y la división social.

Para lograr una justicia social sostenible en nuestro país, a fin de que vivamos en condiciones de igualdad, necesitamos

atender las causas del cambio climático y hacer uso responsable de nuestro patrimonio y los recursos naturales.

Por ello, se plantea un gobierno verde, dedicado a atender esta situación con urgencia, antes de que sea demasiado tarde. Una política verde y responsable se enfocará en cuatro sectores clave, para garantizar este futuro sostenible con justicia social: i) una firme transición hacia fuentes de energía renovable; ii) una economía con emisiones cero de carbón; iii) atención y protección de nuestros ecosistemas, y iv) un desarrollo urbano sustentable.

Actuar para crear un México verde no es cuestión de si tenemos o no los recursos, sino que no tenemos opción. Si no actuamos ahora perderemos el sustento de nuestro país y de millones de personas.

“El cambio climático y las afectaciones al medio ambiente no son problemas lejanos, sino amenazas inminentes. ¡Tenemos que actuar sobre ambas en este momento!”



LO QUE QUEREMOS...

Medio ambiente sano

Como compromiso con el medio ambiente, por ser un elemento central en nuestras vidas y comunidades, se planteará una estrategia nacional para alcanzar la deforestación cero en el 2030.

Se incrementará la superficie de tierra destinada a la conservación y protección de recursos naturales, además se impulsará la protección de sitios, ecosistemas o regiones por su valor biocultural y tradicional.

Cero emisiones

A partir de los estándares y compromisos internacionales adquiridos por México, se priorizará llegar a cero emisiones netas en el mediano plazo. Asimismo, se plantea exigir mayor responsabilidad de aquellos que más contaminan. Para esto se ajustarán los sistemas de transporte y de producción de alimentos y electricidad, así como el manejo de los residuos y la producción industrial a un modelo en el que los recursos se usen de manera responsable, se evite el desperdicio y se utilicen fuentes renovables de energía.

La exigencia del cumplimiento estricto de obligaciones se complementa con incentivos fiscales, que apoyarán a los sec-

tores para contribuir a la transición hacia la economía verde. De esta forma se buscará conseguir un balance social, económico y ambiental para que los procesos de producción generen riquezas en las sociedades.

Transición eléctrica

Todas las personas tenemos derecho a contar con energía a bajo costo, limpia y confiable. Para conseguirlo, se reforzarán las acciones que garanticen la transición efectiva del uso de combustibles fósiles al de energías limpias y renovables.

En este proceso se sugiere que las empresas privadas y extranjeras puedan participar en la generación de energía, siempre bajo reglas claras, transparentes y justas.

Por primera vez en México, se planteará permitir la participación de proyectos pequeños, como la tenencia de techos solares o la ejecución de planes comunitarios y cooperativos, y que los beneficios de la generación de energía limpia se queden en las mismas comunidades. Para ello, se propone el Programa Nacional de Incentivos a la Generación, distribuidos en hogares y comercios, así como el Programa Nacional de Incentivos para la Generación Comunitaria y Cooperativa en todas sus escalas.

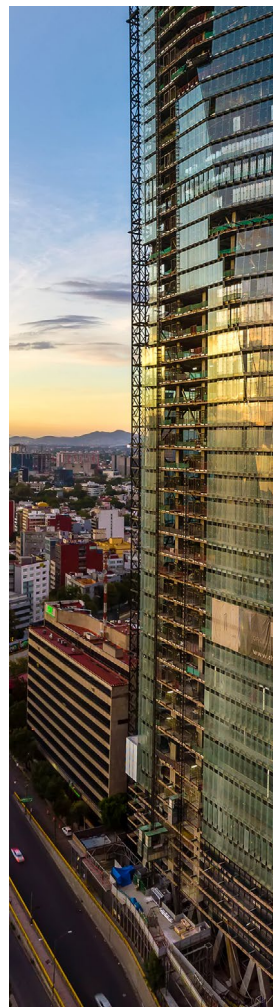
Urbanismo sustentable para crecer sin comprometer el futuro

En nuestro país, ocho de cada 10 personas viven en localidades urbanas y áreas metropolitanas importantes. Esto implica una gran presión sobre los sistemas de transporte, las viviendas y la infraestructura, así como en la energía, la gestión de desechos y el acceso

al agua. Si continuamos de esta forma, la vida en las ciudades será cada vez más complicada, incómoda y conflictiva. El crecimiento de las urbes no tiene por qué comprometer la calidad de vida de las personas ni el futuro de las próximas generaciones.

Para asegurar la prosperidad de generaciones futuras, diseñaremos una política que concilie el crecimiento urbano con el uso sostenible de los recursos, promoviendo la transición hacia el modelo de comunidades y ciudades inteligentes, así como de espacios sustentables.





MÉXICO PRÓSPERO

Un México productivo
que destaca en el mundo



La gran mayoría de las y los mexicanos nos sentimos orgullosos y seguros de la grandeza de México. Estamos convencidos de que el potencial de nuestro país es extraordinario. A pesar de ello, más del 70 por ciento de la población cree que México está lejos de ser el país que desea, y más de una tercera parte piensa que el futuro no va a mejorar, sino más bien empeorará.

Al mismo tiempo, en el mundo se habla cada vez menos de todo aquello que hace destacar al país por su esplendor y, en su lugar, son las tendencias negativas las que resaltan. No tiene por qué ser así. Pocos países cuentan con tantos recursos como el nuestro para crear riqueza, generar crecimiento y lograr competitividad para eliminar la pobreza y la injusticia social. México posee lo que se requiere, pero se necesita un plan ambicioso, enfocado a aprovechar todo ese potencial.

El tipo de gobierno que proponemos tendrá como prioridad unir voces, experiencia y esfuerzos del campo, el comercio, la industria, la manufactura y el turismo para construir un Estado de prosperidad a largo plazo.

Son estos sectores los que siguen dando al país una sólida plataforma para crecer, así como los medios viables

para sobreponerse a los obstáculos. En cada uno de estos rubros, México ya ocupa una posición importante; sin embargo, su potencial todavía tiene mucho para dar y por eso queremos impulsarlos aún más, a fin de asegurar que se multipliquen los beneficios y, sobre todo, se perciban en la vida cotidiana de las y los mexicanos.

El campo, la palanca para un México mejor

El campo es una parte esencial para asegurar un México próspero, en particular por lo que significa en términos de productividad, no sólo para nuestro país, sino para el resto del mundo. Y es que, cada día, cerca de 6.5 millones de mexicanas y mexicanos trabajan en el campo y dedican su vida a producir lo que cientos de millones de personas consumen en esta nación y en otras partes del mundo.

La riqueza de productos que ofrece nuestro campo y su biodiversidad son las razones que colocan al país como el octavo exportador de alimentos a nivel mundial, y lo ubican entre los 10 productores agrícolas más grandes. Como se observa, el campo mexicano tiene un potencial extraordinario y, sin embargo, contra toda lógica, sigue siendo percibido como ajeno y lejano, al tiempo que vive la carencia de apoyos y herramientas que corresponden a todo lo que nos da. No apostar por el campo es sabotear nuestro futuro; por eso, el gobierno que proponemos hará de él una de sus prioridades dentro de la estrategia para la prosperidad.

Una fuerte alianza con la industria: la clave para la prosperidad

La industria es sin duda un sector fundamental para cerrar las brechas que nos han impedido alcanzar ese potencial; sin su participación es imposible pensar en un Estado capaz de afrontar los desafíos presentes y futuros. Para que la industria siga siendo el motor que mueve al país, el gobierno comenzará por generar un entorno de confianza, respeto y colaboración con el sector, al tiempo que diseñará una política industrial centrada en las personas, de modo que haya un balance entre ganancias económicas y el bienestar de las y los mexicanos.

Asimismo, este proyecto priorizará a la ciencia, la tecnología y la innovación como elementos transversales, no sólo para incrementar nuestra capacidad de competir, sino también para enfrentar muchos de los problemas que impiden que seamos un país próspero. Tenemos que integrar a nuestras estrategias las herramientas que nos aseguren que seremos parte del futuro tecnológico y de las economías que se fundamentarán en el conocimiento y la creatividad.

Por un México como primera potencia mundial en turismo

Otro de los sectores que se busca fortalecer es el del turismo. A pesar de su magnífico desarrollo, la visión de un gobierno comprometido con la prosperidad perdurable es reforzar este sector para convertir a México en la primera potencia turística del mundo. Esto requiere que se fortalezca, se incremente, se amplíe y que los beneficios que arroja se distribuyan mejor al interior del país y entre su población.

Más México en el mundo, más mundo en México

Por otro lado, para el gobierno comprometido con una genuina prosperidad a largo plazo, la política exterior se entiende como la visión para fortalecer a nuestro país y tener un lugar destacado en el mundo. Es por ello que en ese rubro se propone fortalecer la actuación de México en el mundo, así como sus alianzas, y generarle prestigio por impulsar las agendas globales en favor de un mundo pacífico, democrático, justo e innovador.

En esta visión de México próspero no hay grupos buenos o malos, ni ciudadanas y ciudadanos mejores o peores. En este proyecto todas y todos formamos parte del país que sabemos que podemos llegar a ser. Así, nuestro propósito es devolverle a las y los mexicanos la esperanza en el presente y en el futuro.

Reconciliar a México es hacer lo necesario para generar una prosperidad perdurable.



LO QUE QUEREMOS...

Un campo tecnologizado para enfrentar los retos

La integración de la tecnología en las actividades agrícolas puede cambiar radicalmente al campo de nuestro país; sin embargo, se invierte muy poco en ello. Incluso, entre los pequeños y medianos productores, menos del 6 por ciento emplea la tecnología.

Con ello en mente, por primera vez en la historia del país se establecerá una comisión de agrotecnología con los pequeños, medianos y grandes productores de cada región, a fin de identificar necesidades tecnológicas y definir las condiciones que puedan facilitar su manera de adquirirlas y aplicarlas.

Además, se crearán entidades móviles para ofrecer asesoría tecnológica y financiera a la población rural, y se implementará un programa nacional de certificación de las competencias técnicas de mexicanas y mexicanos del campo, aumentando con ello sus oportunidades de conseguir empleos formales y mejor pagados en el sector, o bien mejorar la calidad de su producción.

Aunque nuestro país tiene capacidad de sobra para tener autosuficiencia alimentaria, hoy se importa el 43 por ciento de los productos que consumimos las y los mexicanos. A di-

ferencia de otros gobiernos, que han apostado por otorgar apoyos económicos directos al sector o establecer precios de garantía, este proyecto propone generar grandes cambios en las condiciones de la producción. Esto se hará a través de una iniciativa nacional para el financiamiento e integración de las tecnologías, que permita que tanto pequeños como medianos y grandes productores puedan optimizar sustancialmente su producción y lograr una mayor calidad de sus productos sin causar daños al medio ambiente.

El campo está marcado por diferencias regionales y culturales, así como por la cantidad de producción. Se impulsará una política pública que contemple estas diferencias y actúe con firmeza para equilibrarlas, generando beneficios y oportunidades para los pequeños, medianos y grandes productores.

En la visión de un México Próspero, la población que habita y trabaja en el campo vivirá con la certeza del valor y la importancia que tiene para nuestro país. Por ello, se buscará apoyarla para que sobreviva a las adversidades, pero también para darle las herramientas que le aseguren vivir plena y dignamente. Se generará un sistema de seguro social para la población adulta, que protegerá su salud y le garantizará un retiro digno. Se implementará un enfoque especial centrado en las familias rurales, que implica su reconocimiento jurídico como unidad de producción, así como iniciativas que se dirijan a cada generación de la familia. Además, aumentaremos el gasto público destinado a acercar y mejorar la educación de niñas, niños, adolescentes y jóvenes del medio rural, así como implementar un sistema que facilite el vínculo entre las empresas medianas y grandes y las y los jóvenes que viven en el campo.

Una fuerte alianza con la industria para impulsar la prosperidad

El gobierno comprometido con la prosperidad fungirá como un regulador imparcial y eficiente, y no como una barrera constante. Invertiremos mayores recursos en el sector, fomentaremos la adopción de tecnologías e innovaciones para potenciarlo y desarrollaremos los espacios institucionales para que las y los industriales no sólo opinen, sino que participen en el diseño y la ejecución de las políticas que les atañen.

Además, será vital aumentar la confianza mutua entre el sector y el gobierno, comenzando por brindar la certidumbre y certeza necesarias para elevar la inversión, colaborar y hacer alianzas con el Estado, a fin de detonar el crecimiento y la competitividad. Una prioridad en este sentido será la mejora del entorno regulatorio, incluyendo la simplificación y digitalización de los trámites, así como la reducción y el cumplimiento de los plazos de respuesta gubernamental.

En lo que respecta a la fuerza laboral, se promoverán las carreras del futuro, como la ingeniería cibernética y de software, la robótica y la inteligencia artificial, la logística, la ciencia de datos, las ciencias para la sustentabilidad, entre otras, así como una política de justicia salarial, que reconozca el trabajo de todas y todos. Además, y en concordancia con los compromisos de transitar hacia una economía verde, se establecerán incentivos para lograr que las industrias garanticen un balance entre la generación de riqueza y la protección del medio ambiente, en virtud de los compromisos internacionales adquiridos por México.

Dar nuevos aires a la industria manufacturera

En México, la industria manufacturera es el principal sector exportador, con un 87 por ciento. Aunque sus números son magníficos, dejar que su futuro se construya por inercia o azar sería un error. Por ello, se pretende darle mayor impulso a través de varias iniciativas, que implican:

- Incrementar el uso de métodos y tecnologías innovadoras, como la robótica, los procesos de automatización y el uso de Inteligencia Artificial (IA), a fin de que la industria expanda sus capacidades de producción y proteja la rentabilidad a largo plazo.
- Hacer crecer la fuerza laboral que se incorpore al sector, incluidos los grupos que han sido excluidos. Para ello, se establecerá una política de diversidad, equidad e inclusión (DEI) que atraerá a más mujeres y personas indígenas o con discapacidad. También promoveremos una renovada alianza entre la iniciativa privada (IP) con el gobierno, para fortalecer las habilidades de las y los trabajadores de la industria, a través de sistemas atractivos de educación y capacitación que se mantengan al día con la innovación.
- Aumentar el atractivo del país como destino de la inversión en un entorno creciente de competencia mundial por las inversiones extranjeras y fortalecer su capacidad para retener dicha inversión. Ello incluye crear las condiciones para que ésta llegue en mayores números a más regiones del país.
- Invertir en etapas tempranas de emprendimientos innovadores.

Un México como la primera potencia de turismo

El impulso y la solidez del turismo son destacables y, seguramente, así pudiera seguir el sector por un tiempo. Sin embargo, su potencial sigue creciendo en el país, por lo que podría convertirse en la primera potencia turística. Esto requiere una amplia estrategia para mantener y mejorar las zonas turísticas que durante años han atraído a millones de personas en el mundo hacia nuestro país. También se destinará para el desarrollo de nuevas áreas, con la finalidad de aumentar la capacidad de captar más turistas que, además, se queden por más tiempo para explorar el país. Finalmente, se invertirá en la construcción de la infraestructura que conecte estas zonas y facilite los trayectos.

En este proceso, se fortalecerá la recaudación de impuestos y derechos federales, en particular del llamado “derecho de visitante”, el cual podrá proveer más de 6,000 millones de pesos anuales, que se destinarán al desarrollo de los proyectos turísticos.

Vinculada con la política exterior de México, diseñaremos una poderosa estrategia que dará presencia a nuestro país en cada continente y que, a la vez, mostrará al mundo la imagen del México que nos orgullece y permitirá sembrar una percepción distinta de la que actualmente se tiene de él. La promoción se orientará por una visión más amplia del turismo, que integra los muchos motivos para visitar nuestro territorio como, por ejemplo, el interés por nuestra cultura, la naturaleza, la gastronomía o, incluso, por razones médicas. En este sentido, la estrategia se dirigirá a la amplia variedad de tipos de turismo que nuestra espléndida nación ofrece.

Se buscará que nos visiten más de 65 millones de viajeros anualmente, lo que deberá ir acompañado de la responsabilidad de

crear un entorno de seguridad en las zonas turísticas, con iniciativas que se diseñarán con base en el movimiento del turismo por el país, desde su entrada y hasta el regreso a su lugar de origen. Con ese propósito, crearemos una red nacional de protección, que coordinará a los actores del sector con las instancias de seguridad, y se identificará la viabilidad de volver a crear y capacitar a una policía nacional enfocada y especializada en el turismo.

La experiencia internacional muestra que el turismo puede afectar negativamente al medio ambiente y las comunidades locales, generando desgaste y daños. El gobierno que se plantea fomentará un turismo nacional e internacional que tenga la sostenibilidad como criterio transversal para su desarrollo. Esto implica que la sostenibilidad deberá ser integrada en cada proyecto relacionado con el turismo, garantizando que siga siendo un beneficio para el futuro de nuestro país y no un daño.

Con el fortalecimiento del sector, el incremento de visitantes y la ampliación de las zonas y atracciones turísticas, aumentarán las fuentes de empleo para la población mexicana, incrementarán los ingresos, y el dinero que se genere se distribuirá y utilizará en nuestro país. Además, implementaremos programas diseñados especialmente para la población que trabaja en actividades relacionadas con el turismo, por ejemplo, personal de restaurantes, guías, transportistas, desarrolladores y comerciantes.

Para el gobierno que prioriza la prosperidad del país, el turismo es también un medio para unir personas, culturas y costumbres. En los encuentros se construyen puentes de comunicación que superan las dificultades de idiomas y creencias distintas. Con infraestructura se conectan regiones y pueblos. El turismo fortalece

el conocimiento y las experiencias que tenemos en nuestro propio país, su grandeza y su gente, al igual que la creatividad y la innovación. Nos permite valorar nuestra diversidad. En este sentido, el turismo es un proyecto de reconciliación y de nación.

La política exterior es patrimonio de todas y todos

En la visión de reconciliación de México se han planteado grandes e innovadoras iniciativas para activar nuestra diversidad, aumentar la productividad y la generación de empleo; para que la educación se oriente a necesidades del futuro, así como para fortalecer la industria manufacturera, el campo y el turismo. También planteamos la necesidad de un cambio importante en la estrategia de combate a la inseguridad.

Cada una de estas áreas que forman nuestra visión está estrechamente vinculada a la relación de México con el mundo. Es la dinámica global la que influye sobre lo que las y los niños requieren aprender para estar preparados ante los nuevos trabajos del futuro. Son los tratados y las leyes internacionales que definen nuestra exportación e importación, y es el consumo en los países alrededor del planeta el que determina qué tipo de producción y empleos están a nuestro alcance. Las relaciones que tiene México con otros países influyen también sobre nuestra capacidad de resolver los problemas que enfrentamos. Más que nunca, la política exterior resulta imprescindible para el desarrollo del país.

Por ello, la visión de México desde la reconciliación ubicará a la política exterior como central para lograr nuestro objetivo de un país próspero y con justicia social. En otras palabras, la política exterior es nuestro patrimonio.

Una visión clara de la política exterior

Se realizará un profundo análisis de cómo debemos moldear el rol de México en el mundo para poder cumplir con la visión planteada para la nación. Desde hace décadas no se ha desarrollado este tipo de estudio en su más amplio sentido. México tiene urgencia de una estrategia internacional de altos vuelos, vinculada a los anhelos, los valores, las necesidades y preocupaciones de lo que queremos ser. ¿Qué tipo de alianzas requiere el país? ¿Qué imagen se busca que tenga en el mundo? ¿Qué tratados nos conviene negociar y suscribir?

México es una de las naciones que posee una mayor interacción con todas las regiones y los grandes temas que ocupan al mundo. Somos miembros de los organismos y mecanismos de concertación más relevantes del planeta, desde el G-20 hasta la ONU misma y, por supuesto, los sistemas de financiamiento al desarrollo más importantes del orbe. Somos un país de pertenencias múltiples: enclavado en América del Norte, pero de raíz y cultura latinoamericana y caribeña; con relaciones históricas con el continente europeo e integrante de las principales organizaciones de cooperación Asia-Pacífico. En realidad, contamos con una geografía que nos proporciona una gran ventaja comparativa. Tenemos a la mano la posibilidad de conectarnos con todo el planeta para ofrecer lo mejor de México y obtener a cambio lo mejor del mundo.

Una estrategia para el fortalecimiento y la diversificación de nuestras relaciones internacionales

Los signos más relevantes de la realidad mundial de nuestro tiempo son un reflejo del reacomodo del balance del poder entre las

grandes potencias. Las estrategias que aplican Estados Unidos, China y Rusia marcan de manera preponderante la actual dinámica internacional. En buena medida, la interacción entre estas tres grandes naciones está determinando la dinámica mundial, provoca el realineamiento de otros países y constituye el principal riesgo a la paz y la seguridad del planeta.

La defensa y promoción de los intereses de México exigen definir cómo posicionarnos en este nuevo escenario y generar el debate y el análisis de la diplomacia que nuestro país debe conducir en ese entorno. Es parte importante para ubicar las demás relaciones con países y organismos internacionales; otra parte que domina fuertemente la política exterior es nuestra ubicación como país vecino de Estados Unidos. Ambos factores requieren que prioricemos de manera renovada la diversificación de nuestras relaciones internacionales para tener mayores oportunidades de actuar a favor del país, de modo tal, que se pueda equilibrar la dependencia respecto a la Unión Americana.

Enfocaremos este esfuerzo en lograr aliados en lo político y en lo económico, en forma prioritaria, pero también en temas selectos e importantes para el futuro del país, como es la tecnología, la infraestructura, la protección del medio ambiente y la conectividad.

Un primer paso consistiría en promover la construcción de un grupo multirregional de países afines, que sea capaz de presentar una agenda común en foros multilaterales y de generar sinergias de beneficio colectivo para cada una de las partes. De esta forma podríamos lograr que nuestra voz alcance a un número amplio y significativo de naciones.

Además, el fortalecimiento de nuestras relaciones estratégicas, implicará:

1. Maximizar la posición que ocupa México en el contexto internacional, en materia de seguridad, comercio, finanzas, conectividad y como uno de los cinco países megadiversos más importantes del mundo.
2. Tomar el liderazgo de un proyecto de desarrollo mesoamericano, que permita a Centroamérica alcanzar niveles sostenibles de estabilidad social, seguridad interna y desarrollo económico.
3. Generar un nuevo aliento a la integración e identificación de coincidencias con América Latina, a efecto de que la región obtenga un mayor peso específico en la toma de decisiones globales, mostrar una óptica propia y desplegar las potencialidades de una mejor coordinación política y presencia en la economía mundial.
4. Encabezar un proyecto para la construcción del Gran Caribe, abriendo alternativas de desarrollo al sureste mexicano y, a la vez, presentando alternativas a ese conjunto de naciones respecto a su dependencia de Estados Unidos.

México y Estados Unidos

México muestra una excesiva concentración de sus relaciones internacionales en Estados Unidos. Estos vínculos marcan y distorsionan una buena parte de la realidad actual de nuestro país. Por ejemplo, el desequilibrio regional que acusa obedece en buena medida al diseño de la política exterior de las últimas dos a tres décadas. Este hecho exhibe la íntima relación que existe entre los contrastes nacionales y la aplicación de una diplomacia orientada indefectiblemente hacia el norte del país.

Los intereses primordiales de Estados Unidos respecto a México continúan concentrándose, como ha sucedido por décadas, en torno a cuatro temas: frontera, migración, comercio y tráfico de drogas.

Se priorizará lograr un cambio en esta percepción, para que el esfuerzo de crear un México próspero sea un propósito común. Un México próspero sería un mejor aliado de Estados Unidos; tendría recursos para combatir el narcotráfico; sería más benéfico para los negocios estadounidenses y podríamos compartir una frontera moderna, mejor interconectada, más eficiente y segura. Los dos países podrían generar proyectos conjuntos de desarrollo para Centroamérica y el Caribe, de donde provienen algunos de los problemas comunes más acuciantes. Desde un punto de vista económico y comercial, las dos naciones podrían aprovechar cabalmente sus diferencias climáticas, culturales y productivas.

Visibilidad y valoración de las y los migrantes paisanos en Estados Unidos

Es momento de fomentar una forma distinta de percibir a las mexicanas y los mexicanos que han construido una vida en Estados Unidos. Tienen poca visibilidad en el debate público y con frecuencia son vinculados con aspectos negativos como, por ejemplo, de traición a la patria.

Deberán saberse reconocidos y valorados por su país. Si México no reconoce su talento y sus capacidades, se dificulta aún más que los estadounidenses les otorguen el lugar y la reputación que merecen. Además, tienen experiencias, habilidades y conocimientos que pueden tener un rol más activo para estimular e impulsar dinámicas sociales, culturales y económicas en nuestro país.

En la visión de reconciliación, es prioritario crear una unión más orgánica de las comunidades mexicanas dentro y fuera del país; que será una de las piezas más relevantes de la nueva estrategia internacional de México.

Esto también incluirá impulsar un sistema de incentivos (como lo hacen Turquía e Irlanda) para que, además de sostener a sus familiares, tengan opciones preferentes de inversión. De esta forma, México convertiría a sus migrantes en el socio económico más relevante del mundo.

El PIB de la comunidad mexicana en Estados Unidos se encuentra por encima de la economía de nuestro país y la posiciona como la decimosegunda o decimotercera del mundo. Los rangos del PIB paisano oscilan entre los 650,000 y los 1,050 miles de millones de dólares de producción anual. El dato más relevante para México es que las remesas representan apenas entre el 2 y el 3 por ciento del producto y la riqueza que generan las y los connacionales en Estados Unidos.

Crear lazos a través de incentivos para inversión es al mismo tiempo una muestra de su importancia, una manera de facilitar que siembren raíces y un camino para que el país y su gente fuera del territorio nacional crezcan juntos.

Mayor enfoque en los Derechos Humanos de las y los migrantes en México

Además de la revaloración de nuestras y nuestros paisanos en el exterior, un tema que no podemos seguir eludiendo es la atención de las personas migrantes que atraviesan por México como territorio de tránsito rumbo a Estados Unidos. En términos estrictamente

internos, el país confeccionará una política integral para la recepción de las y los migrantes, que estará basada en un enfoque de derechos humanos que garantice su protección ante situaciones a las que son más propensas, incluida la trata de personas, secuestros por parte del crimen organizado, explotación laboral y sexual, maltrato, entre otras. Se pasará de una política de contención a una política garantista, cuyo centro será el respeto a los derechos fundamentales de la persona migrante.

Asimismo, reforzaremos los puntos de paso más importantes de los flujos migratorios, a fin de brindar seguridad, alimentación y atención médica y jurídica. Estas medidas serán ejemplo de lo que hemos exigido a Estados Unidos para nuestros paisanos, considerando nuestra propia historia migratoria y teniendo en cuenta lo que han vivido en carne propia las y los mexicanos al dejar nuestro país.

Más allá de nuestro papel hacia el interior, tenemos que lograr acuerdos comunes con Estados Unidos para beneficios comunes. Para ello, impulsaremos con mayor fuerza un plan bilateral que abarque dos pilares esenciales: atajar las causas estructurales de la migración y lograr un plan de inversión y creación de empleo para Centroamérica, el territorio de origen de la gran mayoría de las y los migrantes.

Presencia fortalecida en los organismos internacionales

México tiene una presencia muy importante en diversos organismos internacionales, aunque todavía existen áreas de oportunidad para tener un papel más relevante y visible en el juego internacional. Para lo cual, se emplearán estos espacios para impulsar causas

como la paz, los derechos humanos, la protección de las y los migrantes y las acciones ante el cambio climático.

Una de las prioridades será la formulación de un plan de acción mundial en contra del crimen organizado transnacional, pues la naturaleza de este fenómeno, que tan gravemente afecta a México, solamente puede afrontarse de manera colectiva. Por eso, la colaboración internacional será un pilar en la estrategia del combate a la inseguridad.

Al mismo tiempo, las propuestas de México ante los organismos internacionales mandarán señales claras de que existe la voluntad y estabilidad política para atender los temas que más afectan a la imagen de nuestro país, pero también para ser un fuerte promotor de una agenda sobre los temas que aquejan a toda la comunidad internacional en conjunto, como es el caso del cambio climático. Estas señales también serán importantes para contribuir a la inversión en México, para animar el turismo, así como para lograr un rol de liderazgo que corresponda con el tamaño y la importancia de México.

Estrategia global de promoción de México

La renovada y fortalecida presencia de México a nivel internacional se reflejará en estrategias de comunicación dirigidas al turismo, así como al cambio de la penosa imagen que se tiene del país por los problemas que enfrentamos en materia de corrupción, inseguridad y desigualdad. Estas acciones de promoción se enfocarán en la vasta cultura de México, que representa un poder real a pesar de no haber sido promovida anteriormente con un sentido estratégico ni

con un apoyo decidido. Será otro cambio relevante que se realizará para aprovechar el gran potencial de México a favor de su gente.

Un servicio exterior de estructura y excelencia

Como se ha aclarado, los planteamientos formulados para una política exterior clave en la lucha por crear un México próspero con justicia social requieren romper con tendencias históricas conducidas durante décadas. A estos cambios se agregará una iniciativa para, por primera vez en décadas, fortalecer la estructura del servicio exterior, priorizar los altos estándares de su profesionalización e invertir en la diplomacia.

La proporción del presupuesto federal asignado a estas tareas prácticamente no se ha modificado en los últimos 30 años, a pesar de que las demandas sobre su actuación, el número de foros internacionales y las labores consulares en el extranjero se multiplicaron de manera exponencial. La plantilla misma del servicio exterior mexicano se mantuvo prácticamente estática durante ese mismo periodo, pero su fortalecimiento deberá reflejar su importancia en la creación de un México que activa su potencial para beneficio de su gente.

Con una política exterior estratégica, clara y fuerte, construiremos un país reconciliado donde las brechas sociales ya no nos separarán, y donde habrá mexicanas y mexicanos con un futuro esperanzador.







ÍNDICE

Prólogo.....	5
I. Tierra de los pensamientos libres	13
Hoy no se hizo nada	24
Las enseñanzas del campo y de su gente.....	26
Una experiencia (más) de injusticia	29
II. Futuro en la mira	37
Los sueños de los demás	46
Jóvenes en movimiento.....	49
Brotos creciendo en ruinas.....	52
III. ¡Escucha! Los cambios siempre se anuncian.....	57
Preparación en acción	65
La ruptura con la imposición	67
Los primeros pasos para un nuevo México.....	72
Siempre juntos	77
El MURO 98 se derrumba.....	81
IV. Rebeldía y corrientes	85
V. Gobernar para la gente y con la gente.....	99
Zacatecas, 1998	105
Delegación Cuauhtémoc, Ciudad de México, 2014.....	107
Una obra de todas y todos.....	112
El corazón de la Ciudad de México	125

VI. “Al andar se hace camino”	143
Manteniendo el curso	153
Pérdidas	159
Pruebas y cuestionamientos	164
¿Y nosotros?	172
VII. Contrapeso y equilibrio	175
Equilibrios	190
El espacio entre presiones	198
Convicciones y decisiones	207
Lo que sigue	212
Posdata	216
Epílogo	221
 Mi visión de México.	
Un proyecto en construcción	
México inclusivo e igualitario.	
Avancemos con diversidad	233
México colaborativo.	
Las mejores soluciones surgen de la colaboración	243
México justo.	
Por una potencia con piso parejo y justicia social	249
México seguro.	
Recuperemos el rumbo y la vida en comunidad	259
México verde.	
Cambio responsable para un futuro sustentable	269
México próspero.	
Un México productivo que destaca en el mundo	277

Una oportunidad *real*

se terminó en la Ciudad de México durante
el mes de julio del año 2023.

La edición digital estuvo al cuidado
de la oficina litotipográfica de la
casa editora.



De haber seguido el rumbo que parecía ser el mío, probablemente viviría de cultivar la tierra o estaría buscando la forma de integrar nuevas tecnologías para el ahorro del agua. O quizá, como tanta gente, hubiera migrado al país vecino en busca de oportunidades. Pero no es así, escribo en un momento de madurez personal y profesional que me permite sentirme preparado para ser presidente de México.

He decidido hacerlo porque las y los mexicanos parecemos estar cada vez más alejados y divididos. Aunque siempre han existido diferencias y desigualdades, ahora es distinto: en lugar de exigir cambios que generen justicia, nos enfrentamos usando como argumento nuestro origen, tono de piel, nivel socioeconómico, género, preferencia sexual y opinión política.

Escribo porque mi vida se ha desplegado justamente entre grupos que pudieran parecer opuestos, así como entre situaciones y aspectos contrastantes. Este libro contiene ejemplos del porqué debemos tener confianza en las capacidades que, como mexicanas y mexicanos, buscamos para alcanzar grandes cambios.

Es momento de volver a vernos, escucharnos, de actuar en conjunto para vencer lo que nos divide. En otras palabras, es tiempo de la RECONCILIACIÓN MEXICANA.

RMÁ



**RICARDO
MONREAL**

ricardomonrealavila.com

 @ricardomonreal

  @RicardoMonrealA



  /maporrúa  @MAPorrúa
maporrua.com.mx